

85

NON

DAD AU

ÓNCE

PQ6455

A17

1634

c. 1

010192



1080021882

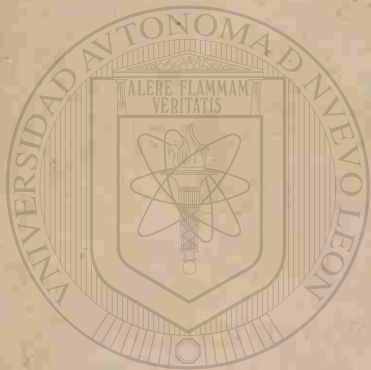


EX LIBRIS

HEMETHERII VALVERDE TELLEZ

Episcopi Leonensis

504



RIMAS

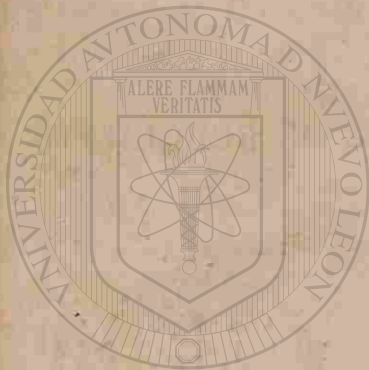
DEL LICENCIADO

TOMÉ DE BURGUILLOS.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

®



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

RIMAS

DEL LICENCIADO

TOMÉ DE BURGUILLOS.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
Biblioteca Valeriano y Torres
PARIS,

IMPRENTA DE JULIO DIDOT MAYOR,

CALLE DEL PUENTE DE LODI, N° 6.

1828

46534

P. 26455

A 17

1234



FONDO EXTERNO
VALVERDE Y TELLEZ

ADVERTENCIA

DEL EDITOR.

Quando Lope de Vega publicó en Madrid, en 1634, en 1 tomo en 4^o las Rimas del Licenciado Tomé de Burguillos, dijo en su advertencia lo siguiente: « Cuando se fue á Italia el Licenciado Tomé de Burguillos, le rogué é importuné que me dejase alguna cosa de las muchas que habia escrito en este género de poesía faceciosa, y solo pude persuadirle á que me diese la Gatomauquia, poema verdaderamente de aquel estilo singular y notable, como vuesa merced lo podrá experimentar leyéndole. Animado con esto inquirí, y busqué entre

010192

« los amigos algunas Rimas á diferentes
 « sugetos: de suerte que se pudiese hacer,
 « aunque pequeño, este libro que sale á luz
 « como si fuera espósito, por donde cono-
 « cerá el lector cuál es el ingenio, humor
 « y condicion de su dueño, y en muchas
 « partes los realces de sus estudios entre las
 « sombras de sus donaires, á la traza que el
 « Bosco encubria con algunas figuras ridí-
 « culas é imperfectas las moralidades filo-
 « sóficas de sus celebradas pinturas, y sabrá
 « tambien que no es persona supuesta, como
 « muchos presumen, pues tantos aquí le
 « conocieron y trataron, particularmente
 « en los premios de las justas, aunque él
 « se recataba de que le viesen, mas por el
 « deslucimiento de su vestido, que por los
 « defectos de su persona; y asimismo en
 « Salamanca donde yo le conocí, y tuve
 « por condiscípulo; siéndolo entrambos
 « del doctor Pichardo, el año que llevó la
 « cátedra el doctor Vera. Fue general en las
 « humanas, y no particular en alguna cien-

« cia, á cuyas noticias le ayudaron las len-
 « guas comunes, que fuera de la griega
 « sabia, y que nunca quiso estudiar, porque
 « decia que hacia mas soberbios que doc-
 « tos á muchos que apenas pasaban de sus
 « principios. Parecia filósofo antiguo en el
 « desprecio de las cosas que el mundo estima:
 « humilde y de buena intencion; tanto,
 « que preguntándole yo un dia, que en qué
 « lugar le parecia que estaba su ingenio
 « con los que en España habian escrito y
 « escribian: me respondió: háced una lista
 « de todos, y ponedme el último. Ejemplo
 « grande para tantos que se prometen el
 « primero, despeñados de una lengua bár-
 « bara á la eterna escuridad de sus escritos,
 « como algunos, que faltándoles opinion para
 « sí, piensan que la pueden dar á los otros,
 « y olvidados de la verdad, hacen prin-
 « cipes de mentira. Desfavoreció á nuestro
 « Tomé la fortuna, cuanto él se burlaba de
 « ella, tolerando con prudencia sus trabajos,
 « y las plumas y lenguas de sus enemigos,

« que en muchas ocasiones engañaron los
 « oídos de los príncipes con testimonios
 « para que no le estimasen; y aunque era
 « naturalmente triste, nadie le comunicó
 « que no le hallase alegre: su fisonomía dirá
 « ese retrato que se copió de un lienzo en
 « que le trasladó al vivo el catalan Rivalta,
 « pintor famoso, entre españoles, de la pri-
 « mera clase. Quanto á la señora Juana, su-
 « geto de la mayor parte de estos epigramas,
 « he sospechado que debia de ser mas alta
 « de lo que aquí parece, porque como otros
 « poetas hacen á sus damas pastoras, él la
 « hizo lavandera, ó fuese por encubrirse, ó
 « porque quiso con estas burlas olvidarse
 « de mayores cuidados. Y cuando sea verdad
 « que fue el jabon y la esportilla su ejerci-
 « cio, Xerxes amó á un árbol, y aquel man-
 « cebo ateniense la estatua pública: fuera
 « de que el alma no se halla entre la tela y
 « el oro, sino en la simple lealtad, que ni
 « hace tiros ni causa zelos, ni empeña mayo-
 « razgos, y siendo tan cierto en el fin de

« todo amor el arrepentimiento, menos
 « tendrá que el sentir el que perdió menos.
 « No doy disculpa de sacar estas Rimas á
 « luz, porque fué mandado, y porque no
 « era justo que no las gozasen los que
 « saben agradecer los estudios agenos, y
 « hallar con entendimiento entre la corteza
 « aristofánica la verdad platónica. Si el
 « estilo es mas castellano que culto, per-
 « donen los que lo son, porque este poeta
 « decia: que como duran poco las nove-
 « dades, andando el tiempo caerian los
 « hombres en la verdad, y se volveria á
 « usar la propia lengua. »

Apesar de lo que afirma este prólogo, no
 vaciló Don Nicolas Antonio en su Biblioteca
 Española en atribuir al mismo Lope de Vega
 estas poesías, no nombrando á Burguillos
 sino en el artículo relativo á aquel poeta,
 añadiendo que se habia servido del nombre
 de Burguillos para publicar sus poesías
 burlescas. Don Diego Garcia Coronel en dos
 décimas que preceden á la edicion de 1674

dice positivamente, que su autor es Lope de Vega; y aun este mismo dió á entender que eran suyas cuando dijo en la portada, *no sacadas de biblioteca ninguna*, y lo mismo manifiesta el tono que guardó en la dedicatoria. De la propia opinion que Garcia Coronel y Don Nicolas Antonio fue Quevedo, puesto que en la aprobacion de este libro dijo: « El estilo es bien parecido al que
 « solamente ha florecido sin espinas en los
 « escritos de Frey Lope de Vega Carpio,
 « cuyo nombre ha sido universalmente
 « proverbio de todo lo bueno, prerogativa
 « que no ha concedido la fama á otro nombre.»

Todos estos antecedentes junto con la tradicion constante, de ser el Licenciado Tomé de Burguillos un ente supuesto, bajo cuyo nombre publicó Lope de Vega sus poesías burlescas, no fue parte para que Don Ramon Fernandez al publicarlas en el tomo XI de la coleccion de varios poetas españoles, se sometiese á esta general creencia. Lejos

de esto, sostiene en su prólogo lo contrario espresándose en estos términos. «Para hacer
 « ver á los que no creen, que el Licenciado
 « Tomé de Burguillos fue hombre real y no
 « fingido, y que sus obras no son de Frey
 « Lope Felix de Vega Carpio: se ha trabajado
 « una disertacion, en que se demuestra con
 « bastante evidencia la vida de este autor y el
 « mérito de sus obras. Como muchos de los
 « aplicados á este bello ramo de literatura
 « no gustan de prólogos, y ser el que está
 « trabajado para esta obra demasiado voluminoso, he creido complacer á todos,
 « dándole solo con el retrato del autor.»

Hemos hecho las mas vivas diligencias para obtener la disertacion de que se trata arriba, pero no solamente no la hemos hallado, sino que por las noticias que hemos procurado tomar sobre el particular resulta que no llegó á ver la luz pública, lo que nos es muy sensible, pues tal vez aquel documento nos hubiera sacado de una duda tan importante que nos deja en la alterna-

tiva de disputar á Lope de Vega la propiedad del inimitable poema épico-cómico de la Gatomaquia, ó de privar al Parnaso español de un poeta mas del mérito reconocido de Tomé de Burguillos, si es que ha existido. Entre tanto que otros esclarecen esta duda, diremos solamente que Don Manuel José de Quintana y otros poetas de este tiempo, encuentran tal semejanza entre los versos de Lope y los de Burguillos, que no dudan en tener al primero por verdadero autor de las obras que corren bajo el nombre del segundo.

El cuidado que hemos puesto en que la presente edición salga correcta, habiendo cotejado el testo de las diferentes de que hemos podido disfrutar en este país, nos hace esperar que merecerá la aceptación del público.

LA GATOMAQUIA,

POEMA BURLESCO.

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

®

tiva de disputar á Lope de Vega la propiedad del inimitable poema épico-cómico de la Gatomaquia, ó de privar al Parnaso español de un poeta mas del mérito reconocido de Tomé de Burguillos, si es que ha existido. Entre tanto que otros esclarecen esta duda, diremos solamente que Don Manuel José de Quintana y otros poetas de este tiempo, encuentran tal semejanza entre los versos de Lope y los de Burguillos, que no dudan en tener al primero por verdadero autor de las obras que corren bajo el nombre del segundo.

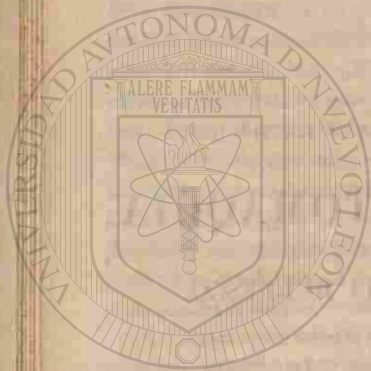
El cuidado que hemos puesto en que la presente edición salga correcta, habiendo cotejado el testo de las diferentes de que hemos podido disfrutar en este país, nos hace esperar que merecerá la aceptación del público.

LA GATOMAQUIA,

POEMA BURLESCO.

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

®



LA GATOMAQUIA,

POEMA BURLESCO.

SILVA PRIMERA.

Yo aquel que en los pasados
Tiempos canté las selvas y los prados,
Estos vestidos de árboles mayores,
Y aquellas de ganados y de flores:
Las armas y las leyes
Que conservan los reinos y los reyes;
Agora en instrumento menos grave
Canto de Amor suave
Las iras y desdenes,
Los males y los bienes,
No del todo olvidado
El fiero taratántara templado.

Con el silvo del pífano sonoro.
 Vosotras, Musas del Castalio coro,
 Dadme favor en tanto,
 Que con el genio que me disteis, canto
 La guerra, los amores y accidentes
 De dos gatos valientes;
 Que como otros estan dados á perros,
 O por agenos ó por propios yerros,
 Tambien hay hombres que se dan á gatos
 Por olvidos de principes ingratos,
 O porque los persigue la fortuna
 Desde el columpio de la tierna cuna.

Tú, Don Lope, si acaso
 Te deja divertir por el Parnaso
 El Holandés pirata,
 Gato de nuestra plata,
 Que infesta las marinas
 Por donde con la armada peregrinas;
 Suspende un rato aquel valiente acero,
 Con que al asalto llegas el primero,
 Y escucha mi famosa Gatomaquia:
 Asi desde las Indias á Valaquia
 Corra tu nombre y fama,
 Que ya por nuestra patria se derrama

Desde que viste la morisca puerta
 De Tunez y Biserta,
 Armado y niño en forma de Cupido,
 Con el marqués famoso
 Del mejor apellido,
 Como su padre por la mar dichoso;
 No siempre has de atender á Marte airado;
 Desde tu tierna edad ejercitado,
 Vestido de diamante;
 Coronado de plumas arrogante:
 Que alguna vez el ocio
 Es de las armas cordial socrocio,
 Y Vénus en la paz, como San Telmo,
 Con manos de marfil le quita el yelmo.
 Estaba sobre un alto caballete
 De un tejado sentada
 La bella *Zapaquila* al fresco viento,
 Lamiéndose la cola y el copete;
 Tan fruncida y mirlada,
 Como si fuera gata de convento:
 Su mesmo pensamiento
 De espejo la servía,
 Puesto que un roto casco le traía
 Cierta urraca burlona,

Que no dejaba toca, ni valona,
 Que no escondía por aquel tejado,
 Confin del corredor de un licenciado.
 Ya que lavada estuvo,
 Y con las manos que lamidas tuvo,
 De su ropa de martas aliñada,
 Cantó un soneto en voz medio formada
 En la arteria bocal, con tanta gracia,
 Como pudiera el músico de Tracia,
 De suerte, que cualquiera que la oyera,
 Que era solfa gatuna conociera,
 Con algunos cromáticos disones,
 Que se daban al diablo los ratones.
 Asomábase ya la primavera
 Por un balcon de rosas y alelís,
 Y Flora con dorados borceguís
 Alegraba risueña la ribera:
 Tiestos de Talavera
 Prevenía el verano,
 Cuando *Marramaquíz*, gato romano,
 Aviso tuvo cierto de *Maulero*,
 Un gato de la Mancha su escudero,
 Que al sol salía *Zapaquilda* hermosa,
 Cual suele amanecer purpúrea rosa

Entre las hojas de la verde cama,
 Rubí tan vivo, que parece llama;
 Y que con una dulce cantilena,
 En el arte mayor de Juan de Mena,
 Enamoraba el viento.

Marramaquíz atento

A las nuevas del page,
 Que la fama enamora desde lejos,
 Que fuera de las naguas de pellejos
 Del campanudo traje,
 Introduccion de sastres y roperos,
 Doctos maestros de sacar dineros,
 Alababa su gracia y hermosura
 Con harta melindrifera mesura,
 Pidió caballo, y luego fue traída
 Una mona vestida
 Al uso de su tierra,
 Cautiva en una guerra
 Que tuvieron las monas y los gatos.
 Púsose borceguís y zapatos
 De dos dediles de segar abiertos,
 Que con pena calzó por estar tuertos:
 Una euchar de plata por espada,
 La capa colorada

A la francesa, de una calza vieja,
 Tan igual, tan lucida y tan pareja,
 Que no será lisonja
 Decir que Adonis en limpieza y gala,
 Aunque perdone Venus, no le iguala;
 Por gorra de Milan media toronja,
 Con un penacho rojo, verde y bayo
 De un muerto por sus uñas papagayo,
 Que diciendo: *¿quién pasa?* cierto día,
 Pensó que el rey venia,
 Y era *Marramaquiz* que andaba á caza,
 Y halló para romper la jaula traza:
 Por cuera dos mitades, que de un guante
 Le ataron por detras y por delante;
 Y un puño de una niña por valona.
 Era el gatazo de gentil persona,
 Y no menos galan que enamorado:
 Bigote blanco, y rostro despejado,
 Ojos alegres, niñas mesuradas,
 De color de esmeraldas diamantadas;
 Y á caballo en la mona parecia
 El paladin Orlando, que venia
 A visitar á *Angélica* la bella.
 La recatada ninfa, la doncella,

En viendo el gato, se mirló de forma,
 Que en una grave dama se trasforma;
 Lamiéndose á manera de manteca
 La superficie de los labios seca;
 Y con temor de alguna carambola
 Tapó las indecencias con la cola;
 Y bajando los ojos hasta el suelo,
 Su mirlo propio la sirvió de velo:
 Que ha de ser la doncella virtuosa
 Mas recatada mientras mas hermosa.
Marramaquiz entonces, con ligeras
 Plantas batiendo el Tetüan caballo,
 Que no era *pie de hierro*, ó *pie de gallo*,
 Le dió cuatro carreras,
 Con otras gentilezas y escarceos,
 Alta demostracion de sus deseos;
 Y la gorra en la mano
 Acercóse galan y cortesano,
 Donde le dijo amores.
 Ella con las colores
 Que imprime la vergüenza,
 Le dió de sus guedejas una trenza,
 Y al tiempo que los dos marramizaban,
 Y con tiernos singultos relamidos

Alternaban sentidos ;
 Desde unas claraboyas, que adornaban
 La azotea de un clérigo vecino,
 Un bodocazo vino,
 Disparado de súbita ballesta
 Mas que la vista de los ojos presta ;
 Que dándole á la mona en la almohada,
 Por de dentro morada,
 Por defuera pelosa,
 Dejó caer la carga, y presurosa
 Corrió por los tejados,
 Sin poder los lacayos y criados
 Detener el furor con que corría.

No de otra suerte, que en sereno día
 Balas de nieve escupe, y de los senos
 De las nubes relámpagos y truenos
 Súbita tempestad en monte ó prado ;
 Obligando que el tímido ganado
 Atónito se esparza,
 Ya dejando en la zarza
 De sus pungentes laberintos vana
 La blanca ó negra lana,
 Que alguna vez la lana ha de ser negra,
 Y hasta que el sol en arco verde alegra

Los campos que reduce á sus colores,
 Ni vuelven á los prados, ni á las flores ;
 Asi los gatos iban alterados
 Por corredores, puertas y terrados,
 Con trágicos maullos,
 No dando como tórtolas arrullos ;
 Y la mona la mano en la almohada,
 La parte occidental descablada,
 Y los húmidos polos circunstantes
 Bañados de medio ámbar como guantes.

En tanto que pasaban estas cosas,
 Y el gato en sus empresas discurría,
 Con ansias amorosas,
 Porque no hay alma tan helada y fria,
 Que amor no agarre, prenda y engarrafe,
 Y el mas alto tejado enternecia,
 Aunque fuesen las tejas de Getafe,
 Y ella con ñifi, ñafe,
 Se defendía con semblante airado ;
 Aquel de cielo y tierra monstro alado,
 Que vestido de lenguas y de ojos,
 Ya decrepito viejo con anteojos,
 Ya lince penetrante,
 Por los tres elementos se pasea,

Sin que nadie le vea;
 Con la forma elegante
 De *Zapaquilda*, discurrió ligero
 Uno y otro emisfero,
 Aunque con las verdades lisonjera,
 Y en cuanto baña en la terrestre esfera,
 Sin escepcion de promontorio alguno,
 El cerúleo Neptuno,
 Plasmante universal de toda fuente,
 Desde Bootes á la austral corona,
 Y de la Zona frígida á la ardiente.
 Esto dijo la fama, que pregona
 El bien y el mal; y en viendo su retrato
 Se erizó todo gato,
 Y dispuso venir con esperanza
 Del galardón que un firme amor alcanza.
 Los que vinieron por la tierra en postas
 Trujeron, por llegar á la ligera,
 Solo plumas y banda, calza y cuera.
 Los que habitaban de la mar las costas,
 Tanto pueden de amor dulces empresas,
 Vinieron en artesas;
 Mas no por eso menos
 Hasta la cola de riquezas llenos:

Y otros por bazaría,
 Para mostrar despues la gallardía,
 En cofres y baules,
 Surcando las azules
 Montañas de Anfitrite;
 Y alguno, que á disfraces se remite,
 Por no ser conocido,
 En una caja de orinal metido.
 Con esto en muchos siglos no fue vista,
 Como en esta conquista,
 Tanta de gatos multitud famosa
 Por *Zapaquilda* hermosa.
 Apenas hubo teja ó chimenea
 Sin gato enamorado,
 De bodoque tal vez precipitado,
 Como Calisto fue por Melibea;
 Ni ratón parecia,
 Ni el balbuciente hocico permitia
 Que del nido saliese:
 Ni queso, ni papel agujeraba
 Por costumbre, ó por hambre que tuviese;
 Ni poeta por todo el universo
 Se lamentó que le royesen verso:
 Ni gorrion saltaba,

Ni verde lagartija
 Salía de la cóncava rendija:
 Por otra parte el daño compensaba,
 Que de tanto gatazo resultaba,
 Pues no estaba segura
 En sábado morcilla, ni asadura,
 Ni panza, ni cuajar, ni aun en lo sumo
 De la alta chimenea
 La longaniza al humo,
 Por imposible que alcanzarla sea,
 Exento á la porfía en la esperanza,
 Que tanto cuanto mira, tanto alcanza.

Entre esta generosa ilustre gente
 Vino un gato valiente,
 De hocico agudo, y de narices romo,
 Blanco de pecho y pies, negro de lomo,
 Que *Mizifuf* tenia
 Por nombre, en gala, cola y gallardía,
 Célebre en toda parte,
 Por un Zapinarciso y Gatimarte.
 Este, luego que vió la bella gata,
 Mas reluciente que fregada plata,
 Tan perdido quedó, que noche y día
 Paseaba el tejado en que vivia,

Con pages y lacayos de librea,
 Que nunca sirve mal quien bien desea;
 Y sucedióle bien, pues luego quiso,
 ¡O gata ingrata! á *Mizifuf* Narciso,
 Dando á *Marramaquiz* zelos y enojos.
 No sé por cuál razon puso los ojos
 En *Mizifuf*, quitándole al primero,
 Con súbita mudanza,
 El antiguo favor y la esperanza.
 ¡O cuánto puede un gato forastero,
 Y mas siendo galan y bien hablado,
 De pelo rizo y garbo ensortijado!
 Siempre las novedades son gustosas:
 No hay que fiar de gatas melindrosas.
 ¿Quién pensara que fuera tan mudable
Zapaquilda cruel é inexorable,
 Y que al galan *Marramaquiz* dejara
 Por un gato que vió de buena cara,
 Despues de haberla dado
 Un pie de puerco hurtado,
 Pedazos de tocino y de salchichas?
 ¡O cuán poco en las dichas
 Está firme el amor y la fortuna!
 ¿En qué muger habrá firmeza alguna?

¿Quién tendrá confianza,
 Si quien dijo muger, dijo mudanza?
Marramaquiz con ansias y desvelos
 Vino á enfermar de zelos,
 Porque ninguna cosa le alegraba.
 Finalmente *Merlin*, que le curaba,
 Gato de cuyas cauas, nombre y ciencia
 Era notoria á todos la experiencia,
 Mandó que se sangrase;
 Y como no bastase,
 Vino á verle su dama,
 Aunque tenia en un desvan la cama,
 Adonde la carroza no podia
 Subir por alta y por estrecha via;
 Pero en fin apeada,
 Entró de su escudero acompañada:
 Mirándose los dos severamente
 Despues de sosegado el accidente,
 Él con maullo habló, y ella con miclo,
 Que fuera harto mejor pegarla un chirlo;
 Pero por alegralle la sangria
 Le trujo su criada *Bufalia*,
 Una pata de ganso y dos ostiones:
 Él se quejó con tímidas razones

En su lenguaje mizo,
 A que ella con vergüenza satisfizo:
 Quejas, que traducidas dél y della,
 Asi, decian: *Zapaquilda* bella,
 ¿Porqué me dejas tan injustamente?
 ¿Es *Mizifuf* mas sabio, es mas valiente,
 Tiene mas ligereza, mejor cola?
 ¿No sabes que te quise elegir sola
 Entre cuantas se precian de mirladas,
 De bien vestidas y de bien tocadas?
 ¿Esto merece que un invierno helado
 De tejado en tejado
 Me hallara el alba al madrugar el dia
 Con espada, broquel y bizarría,
 Mas cubierto de escarcha,
 Que soldado español, que en Flandes marcha
 Con arcabuz y frascos?
 Si no te he dado telas y damascos,
 Es porque tú no quieres vestir galas—
 Sobre las naturales martingalas,
 Por no ofender, ingrata á tu belleza,
 Las naguas que te dió naturalca:
 Pero en lo que es regalos, ¿quién ha sido
 Mas cuidadoso, como tú lo sabes,

En cuanto en las cocinas atrevido
 Pude garrafiñar de peces y aves?
 ¿Qué pastel no te truje, qué salchicha?
 ¿O terrible desdicha!
 Pues no soy yo tan feo,
 Que ayer me ví, mas no como me veo,
 En un caldero de agua, que de un pozo
 Sacó para regar mi casa un mozo,
 Y dije: ¿esto desprecia *Zapaquilda*?
 ¡O zelos! ó impiedad! ó amor! reñilda.
 No suele desmayarse al sol ardiente
 La flor del mismo nombre, y la arrogante
 Cerviz bajar humilde, que la gente
 Por la loca altitud llamó gigante:
 Ni queda el tierno infante
 Mas cansado despues de haber llorado,
 De su madre en el pecho regalado,
 Que el amante quedó sin alma. ¡O cielos!
 ¡Qué dulce cosa amor, qué amarga zelos!
 Ella, como le vió que ya exhalaba
 Blandamente el espíritu en suspiros,
 Y que piramizaba
 Entre dulces de amor fingidos tiros,
 Porque no se le rompa vena ó fibra,

El mosqueador de las ausencias vibra,
 Pasándole dos veces por su cara;
 Volvióle en sí, que aquel favor bastara
 Para libralle de la muerte dura;
 Y luego con melifera blandura
 Le dijo en lengua culta:
 Si tu amor dificulta
 El que me debes, en tu agravio piensas
 Tan injustas ofensas:
 Que aunque es verdad que *Mizifuf* me quiere
 Y dice á todos, que por mí se muere,
 Yo te guardo la fe como tu esposa.
 Cesó con esto *Zapaquilda* hermosa,
 Sellando honestas las dos rosas bellas:
 Que siempre hablaron poco las doncellas,
 Que como las viudas y casadas
 No estan en el amor ejercitadas.
 Bajaba ya la noche,
 Y las ruedas del coche
 Tachonadas de estrellas,
 Brilladores diamantes y centellas,
 Detrás de las montañas resonaban:
 Los pájaros callaban,
 Dejando el campo yermo;

Cuando los pages del galan enfermo
 En el alto desvan hachas metian,
 Que alumbrar la carroza prevenian:
 Entonces los amantes,
 (Que son los cumplimientos importantes)
 Ella por irse, y él quedarse á solas,
 Se hicieron reverencia con las colas.

SILVA SEGUNDA.

Convaleciente ya de las heridas
 De los crueles zelos
 De *Mizifuf Marramaquiz* valiente:
 Aquellos que han costado tantas vidas,
 Y que en los mismos cielos
 A Júpiter, señor del rayo ardiente,
 Con disfraz indecente
 Fugitivo de Juno,
 Su rigor importuno
 Tantas veces mostraron,
 Que en fuego, en cisne, en buey le trasformaron
 Por Europa, por Leda y por Egina:
 Con pálida color y banda verde,
 Para que la sangría se le acuerde,
 Que amor enfermo á condoler se inclina,
 Paseaba el tejado y la buharda
 De aquella ingrata, cuanto hermosa fiera.

Quien ama fieras, ¿qué firmeza espera,
 Qué fin, qué premio aguarda?

Zapaquilda gallarda

Estaba en su balcon, que no atendia
 Mas de á saber si *Mizifuf* venia;

Cuando *Garraf* su page,
 Si bien de su linage,

Llegó con un papel y una bandeja:

Ella la cola y el contin despeja,

Y la bandeja toma,

Sobre negro color labrada de oro

Por el Indio oriental, y con decoro

Mira si hay algo, que primero coma:

Ofensa del cristal de la belleza,

Propia naturaleza

De gatas, ser golosas,

Aunque al tomar se finjan melindrosas;

Y antes de oir al page,

Ve las alhajas que el galan envia,

Qué joya, qué invencion, qué nuevo trage:

En fin vió que traia

Un pedazo de queso

De razonable peso,

Y un relleno de hnevos y tocino:

Atis en fruta, que produce el pino

Entre menuda rama

En la falda del alto Guadarrama,

Por donde van al bosque de Segovia;

Y luego en fe de que ha de ser su novia,

Dos cintas, que se sirvan de arracadas:

Gala que solo á gatas regaladas,

Cuando pequeñas, las mugeres ponen,

Que de rosas de nacar las componen.

Tomó luego el papel, y con sereno

Rostro, apartando el queso y el relleno,

Vió que el papel decia:

« Dulce señora, dulce prenda mia,

Sabrosa, aunque perdone Garcilaso,

Si el consonante mismo sale al paso,

Mas que la fruta del cercado ageno;

Ese queso, mi bien, ese relleno,

Y esas cintas de nacar os envio,

Señas de la verdad del amor mio. »

Aqui llegaba *Zapaquilda*, cuando

Marramaquiz zeloso, que mirando

Estaba desde un alto caballete

Tan gran traicion, colérico arremete,

Y echa veloz, de ardiente furia lleno,

Una mano al papel, y otra al relleno:
Garraf se pasma, y queda sin sentido,
 Como el que oyó del arcabuz el trueno
 Estando divertido;
 A quien él ofendido
 Tiró una manotada con las fieras
 Uñas, de suerte que formando esferas,
 Por la region del aire vagaroso
 Le arrojó tan furioso,
 Que en el claro cristal de sus espejos
 Pudo cazar vencejos,
 Menos apasionado, y mas ocioso.
 No de otra suerte el jugador ligero
 Revuelve la pelota al que la saca,
 Herida de la pala resonante;
 Quejase el aire que del golpe fiero
 Tiembla, hasta tanto que el furor se aplaca,
 Y chaza el que interviene el pie delante;
 El gatazo arrogante,
 Sin soltar el relleno, despedaza
 El papel que en los dientes
 Con la espuma zelosa vuelve estraza,
 Y á *Zapaquilda* atónita amenaza.
 Como se suele ver en las corrientes

De los undosos rios quien se ahoga,
 Que asiéndose de rama, yerba ó sogá,
 La tiene firme, de sentido ageno;
 Asi *Marramaquiz* tiene el relleno:
 Que ahogándose en congojas y desvelos,
 No soltaba la causa de los zelos.
 ¡O cuánto amor un alma desespera,
 Pues cuando ya se ve sin esperanza,
 En un relleno tomará venganza!
 ¿Mas quién imaginara, que pudiera
 Dar zelos el amor en ocasiones
 Con rellenos de huevos y piñones?
 ¡Mas ay de quien le había
 Hecho para la cena de aquel dia!
 Huyóse al fin la gata, y con el miedo
 Tocó las tejas con el pie tan quedo
 Que la Amazona bella parecia,
 Que por los trigos pálidos corria,
 Sin doblar las espigas de las cañas:
 Que de tierras estrañas
 Tales gazapas las historias cuentan.
 Los miedos, que á la gata desalientan,
 La hicieron prometer, si la libraba,
 Al niño Amor un arco y una aljaba

De aquel zeloso Rodamonte fiero,
 Hasta pasar las furias del enero;
 El cual juró olvidarla, y en su vida,
 Desnuda ni vestida
 Volver á verla, ni tener memoria
 De la pasada historia,
 Y buscar algun sabio
 Para satisfaccion de tanto agravio:
 Pero fueron en vano sus desvelos,
 Que amor no cumple lo que juran zelos;
 Y tanto puede una muger, que llora,
 Que vienen á reñirla, y enamora,
 Creyendo el que ama en sus zelosas iras
 Por una lagrimilla mil mentiras;
 Y como Ovidio escribe en su Epistolio,
 No me acuerdo del folio,
 Estas heridas del amor protervas,
 Ne se curan con yerbas:
 Que no hay para olvidar á amor, remedio
 Como otro nuevo amor, ó tierra en medio.
Garraf, en tanto que esto se trataba,
 Estropéado á *Mizifuf* llegaba,
 Mayando tristemente
 En tono hipocondríaco y doliente;

Como suelen andar los galloferos
 Para sacar dineros,
 Manqueando de un brazo,
 Colgado de un retazo,
 Y débiles las piernas,
 Una cerrando de las dos linternas,
 Por mirar á lo vizco:
 Luego en el corazon le dió un pellizco
 La mala nueva, que adelanta el daño,
 Haciendo el aposento al desengaño,
 Y díjole: ¿Qué tienes,
Garraf amigo, que tan triste vienes?
 Entonces él, moviendo tremolante
 Blanda cola detras, lengua delante,
 Le refirió el suceso,
 Y que *Marramaquiz* papel y queso
 Y relleno tambien le habia tomado,
 Como zeloso airado,
 Como agraviado necio,
 Con infame desprecio,
 Con descortes porfía;
 Y que de tan estraña gatería
Zapaquilda admirada
 Huyó por el desvan, la saya alzada:

Que lo que en las mugeres son las naguas
 De raso, tela, ó camelote de aguas,
 Es en las gatas la flexible cola,
 Que *ad libitum* se enrosca, ó se enarbola.
 Contóle que de aquella manotada
 Con su cuerpo afligido,
 De miedo helado, y de licor teñido,
 Descalabró los aires,
 Y con otros agravios y desaires,
 Que prometió vengarse por la espada,
 De haberle enamorado á *Zapaquilda*,
 Y hablarla en el tejado de Casilda,
 Una tendera, que en la esquina estaba;
 Y dijo que pensaba
 En desprecio y afrenta de sus dones,
 Hacer de los listones
 Cintas á sus zapatos.
 ¡O zelos! si entre gatos
 De burlas ó de veras
 Formais tales quimeras,
 ¿Qué hareis entre los hombres
 De hidalgo proceder y honrados nombres?
 No estuvo mas airado
 Agamenon en Troya,

Al tiempo que metiendo la tramoya
 Del gran Paladion de armas preñado,
 Echaron fuego á la ciudad de Eneas
 De ardientes hachas y encendidas teas;
 Causa fatal del miserable estrago
 De Dido y de Cartago,
 Por quien dijo Virgilio,
 Que llorando decia,
 Destituida de mortal auxilio:
 « ¡Ay dulces prendas cuando Dios queria! »
 Ni Barbaroja en Tunez,
 Ni el fuerte Pirro, ni Simon Antunez,
 Este bravo Español, y Griego el otro,
 Que *Mizifuf*, como si fuera potro,
 Relinchando de cólera en oyendo
 El fiero y estupendo
 Furor de su enemigo;
 Mas prometiendo darle igual castigo,
 Se fue á trazar el modo
 De vengarse de todo:
 Que á un pecho noble, á un ínclito sugeto,
 Mayor obligacion, mas celo alcanza,
 De poner en efeto
 Desempeñar su honor con la vengauza.

Marramaquiz en tanto
 Desesperado por las selvas iba,
 Para buscar al sabio *Garfínanto*,
 Al tiempo que la Aurora, fugitiva
 De su cansado esposo,
 Arrojaba la luz á los mortales,
 Y el sol infante, en líquidos pañales
 De celages azules
 Mandaba recoger en sus baules,
 Para poder abrir los de oro y rosa,
 El manto de la noche temerosa,
 Aunque era todo el manto de diamantes,
 En el zafiro nítido brillantes
 Ojos del sueño, el hurto y el espanto.
 Este gatazo y sabio *Garfínanto*,
 Cano de barba y de mostachos yerto,
 De un ojo resmellado, y de otro tuerto;
 Bien que de ilustre cola venerable,
 Y que sabia con rigor notable
 Natural y moral filosofía,
 Por los montes vivia
 En una cueva oculta,
 Cuya entrada á las fieras dificultá,
 Como el de Polifemo un alto risco:

No se le daba un prisco
 De riquezas del mundo, que estimaba
 Solo el sol que Alejandro le quitaba
 A aquel, que de los hombres puesto en fuga
 Metido en un tonel era tortuga.
 ¡ Bien haya quien desprecia
 Esta fábula necia
 De honores, pretensiones y lugares
 Por estudios ó acciones militares!
 Sabia *Garfínanto* astrología;
 Mas no pronosticaba,
 Que decía, que el cielo gobernaba
 Una sola virtud que le movia,
 A cuya voluntad está sujeto
 Cuanto crió, que todo fue perfeto:
 No sacaba almanaques,
 Ni decía, que en Troya y los Alfaques
 Verian abundancia
 De pepinos y brebas,
 Muchas lentejas en Paris y en Tebas;
 Y que cierta cabeza de importancia,
 Sin decirnos adónde, faltaria:
 Que por mugeres Vénus prometia
 Pendencias y disgustos,

Como si por sus zelos ó sus gustos
 Fuese en el mundo nuevo.
 Pero volviendo á nuestro sabio Febo
 Despues de consultado,
 Dijo á *Marramaquí*, que su cuidado
 En vano á *Zapaquilla* pretendia:
 Y que solo seria
 Remedio, que pusiese en otra parte,
 Vengándose con arte,
 Los ojos, divirtiendo el pensamiento,
 Que amar era cruel desabrimiento
 Mas que traer un aspid en las palmas,
 En no reciprocándose las almas:
 Que amor se corresponde con *Antheros*,
 Y mas si lo negocian los dineros.
 Destituido el gato
 Ya de mortal socorro,
 Se fue calando el morro,
 Y dióle una salchicha,
 Por no mostrarse á *Carfianto* ingrato:
 Que no pagar la ciencia,
 Es cargo de conciencia;
 Mas dicen que de sabios es desdicha.
 Pensando en quien pusiese finalmente.

De toda la gatesca bizzaría
 La dulce enamorada fantasía,
 Para verse de amor cónvalciente,
 Se le acordó, que enfrente
 De su casa vivia un boticario,
 De cuyo cocinante vestuario
 Una gata salia,
 Que la bella *Mizilda* se decia,
 Y sentada tal vez en su tejado,
 Miraba como dama en el estrado
 Los nidos de los sabios gorriones,
 Dejando pulular los embriones;
 Y en viendo abiertos los maternos huevos,
 Comia algunos de los ya mancebos.
 Admitiendo este nuevo pensamiento,
 Mas que su voluntad su entendimiento,
 Que amor en las venganzas se resfria,
 Emprende mucho, y ejecuta poco,
 Por entonces templó la fantasía:
 Que aquello es cuerdo lo que duerme un loco.
 Estaba el sol ardiente
 Una siesta de mayo calurosa,
 Aunque amorosamente,
 Plegando el nacar de la fresca rosa,

Que producen los niños abrazados,
 Huevos del cisne y huevos estrellados
 Pues que los hizo estrellas;
 Cuando *Mizilda* con las manos bellas
 La cara se lavaba y componia,
 No lejos del tejado en que vivia
Marramaquit, que ya con mas cuidado
 La miraba y servia
 En fe del *Garfnanto* consultado;
 Cuando al mismo tejado
Zapaquilda llegó por accidente:
 El gato viendo la ocasion presente
 Para que su deseo
 La diese zelos con el nuevo empleo;
 Llegándose mas tierno y relamido
 A *Mizilda*, que ya de vergonzosa
 Estaba mas hermosa,
 Y equívoco fingiendo
 Falso desprecio, descuidado olvido,
 En su venganza misma padeciendo
 Amorosos deseos,
 Tales son del amor los devaneos,
 Requebrando á *Mizilda*, á quien pensaba
 Ofrecer los despojos

De aquella guerra, paz de sus enojos,
 A *Zapaquilda* á lo traidor miraba,
 En las intercadencias de los ojos;
 Tan extraño sentido,
 Que es menos entendido,
 Mientras que mas parece que se entiende,
 Pues siempre con engaños se defiende:
 Que si las luces de los ojos miras,
 Basta ser niñas para ser mentiras.
Mizilda, á quien tocaba en lo mas vivo
 El amor primitivo,
 Porque, como doncella, fácilmente,
 A lo que entonces siente
 La tierna edad, se rinden y avasallan
 Hablando con los ojos cuando callan,
 De buena gana dió fácil oido
 A los requiebros del galan fingido;
 Con que ya andaban de los dos las colas
 Mas turbulentas que del mar las olas.
Zapaquilda sentida,
 De aquella libertad (que es propio efeto
 De la que fue querida,
 Sentir desprecio donde vió respeto)
 Murmurando entre dientes,

Amenazaba casos indecentes
 Entre personas tales,
 En calidad y en nacimiento iguales.
 Como se ve gruñir perro de casa,
 Mirando el que se entró de fuera enfrente,
 Estando en medio de los dos el hueso,
 Que ninguno por él de miedo pasa,
 Parando finalmente
 Las iras del canículo suceso,
 En que ninguno de los dos le come;
 Obligando á que tome
 Un palo algun criado,
 Que los desparte airado,
 Y deja divididos,
 Quedando el hueso en paz y ellos mordidos;
 Asi feroz gruñia,
 Zapaquilda envidiosa:
 Efecto de zelosa,
 Aunque al gallardo *Mizifuf* queria:
 Que hay mugeres de modo,
 Que aunque no han de querer, lo quieren todo,
 Porque otras no lo quieran;
 Y luego que rindieron lo que esperan,
 Vuelven á estar mas tibias y olvidadas.

Finalmente las gatas encontradas,
 Siendo *Marramaquiz* el hueso en medio,
 Tal suele ser de zelos el remedio;
 A pocos lances de mirarse airadas,
 Vinieron á las manos, dando al viento
 Los cabellos y faldas;
 Y en tanto arañamiento,
 Turbadas de color las esmeraldas,
 Maullando en tiple y el gatazo en bajo
 Cayeron juntas del tejado abajo;
 Con ligereza tanta,
 Aunque decirlo espanta,
 Por ser como era el salto
 Cinco suelos en alto,
 Hasta el alero, del tejado fines,
 Que no perdió ninguna los chapines:
 Quedando el negro amante,
 Despues de tan estraños desconsuelos,
 Muerto de risa en acto semejante:
 Tan dulce es la venganza de los zelos.

SILVA TERCERA.

Distaba de los Polos igualmente
 La máscara del sol, y Cinosura
 Primera cuadrilátera figura,
 Con la estrella luciente
 Que mira el navegante,
 Bordaba la celeste arquitectura:
 Velaba todo amante
 Por el silencio de la noche oscura,
 Y en el indiano clima el sol ardía,
 En dos mitades dividido el día;
 Cuando gallardo *Mizifuf* valiente
 Paseaba el tejado de su dama,
 Que sangrada en la cama
 La tuvo el accidente
 Dos días, que faltó sol al tejado
 Y estuvo la cocina sin cuidado,
 No por la altura de los siete cielos,

Mas por el sobresalto de los zelos.
 Iba galan y bravo,
 Un cucharon sin cabo,
 Destos de hierro de sacar buñuelos,
 Por casco en la cabeza,
 Que en ella tienen la mayor flaqueza;
 Pues no suelen morir de siete heridas,
 Por quien dicen que tienen siete vidas,
 Y un golpe en la cabeza los atonta,
 Y así la tienen á desmayos pronta.
 Broquel de cobertera,
 Espada de á caballo, que antes era
 Cuchillo viejo de limpiar zapatos,
 Que él solia llamar *timebunt* gatos;
 Y por las manchas de los pies y el auca
 Natural media blanca,
 Y capa de un bonete colorado,
 Abierto por un lado:
 Plumas de un pardo gorrion cogido
 Por ligereza, pero no por arte.
 Así rondaba el nuevo Durandarte,
 Galan favorecido:
 Porque son los favores de la dama
 Guarnicion de las galas de quien ama.

Dos músicos traian instrumentos,
 A cuyo son y acentos
 Cantaban dulcemente;
 Y así llegando del balcon enfrente
 De *Zapaquilda* bella,
 Cantaron un romance, que por ella
 Compuso *Mizifuf*, poeta al uso,
 Que él tampoco entendió lo que compuso;
 Mas puesta á la ventana,
 Con serenero de su propia lana,
 Hasta que *Bufalia*
 Le trujo un rocambo,
 Que por mas gravedad y fantasía,
 Sirvió de capirote y serenero;
 En medio de lo grave
 Del romance suave,
 Les dijo con despejo,
 Pareciéndole versos á lo viejo,
 Que jácara cantasen picaresca,
 Y así cantaron la mas nueva y fresca:
 Que para que lo heróico y grave olviden,
 Hasta las gatas jácaras les pidén,
 ¡Tanto el mundo decrepito delira!
 Aquí se revolvió la dulce lira,

Y en dos lascivos ayes,
 Andolas, guirigayes,
 Y otras tales bajezas,
 Cantaron pues las bárbaras proezas,
 Y hazañas de rufianes:
 Que estos son los valientes capitanes,
 Que celebran poemas,
 De aquellos que en estremas
 Necesidades viven arrojados
 Al vulgo, como perros á leones:
 Que la virtud y estudios mal premiados
 Mueren por hospitales y mesones:
 Verdes laureles de Virgilio y Enios,
 Perecer la virtud y los ingenios.
 ¿Mas quién le mete á un hombre licenciado
 Mas que en hablar de solo su tejado?
 Que no le dió la escuela mas licencia,
 Que es todo lo demas impertinencia.
 Cuando aquesto pasaba,
Marramaquí estaba
 Inquieto y acostado,
 Treguas pidiendo á su mortal cuidado;
 Pero como el amor le desvelaba,
 Dió, de sentido falto,

Desde la cama un salto,
 Compuesta de pellejos,
 Otro tiempo conejos,
 Que en el Pardo vivian,
 Y en la cola sus cédulas traian
 Para seguridad de sus personas;
 Mas ay ¡ muerte cruel! ¿á quién perdonas?
 Saltó en efeto, como el conde Claros;
 Y armándose de ofensas y reparos,
 Vino de ronda al puesto por la posta,
 Por ver si habia Moros en la costa;
 Y no salió ilusión el pensamiento,
 Que del alma el primero movimiento
 Pocas veces engaña.
 No suele débil caña,
 En las espadas verdes esparcidas
 Del aire sacudidas,
 Hacer manso ruido
 Con mas veloz sonido,
 Como rugió los dientes;
 Ni entre los accidentes
 Del erizado frio
 Al enfermo sucede
 Aquel ardor contrario,

Como de ver tan loco desvario
 Que apenas les concede
 Entre uno y otro pensamiento vario
 Respiracion y aliento
 De la vida instrumento;
 Helado y abrasado
 Entre ardores y hielos,
 Al frio de los zelos
 Frigido fuego sucedió mezclado,
 Que con distinto efeto,
 En un mismo sugeto
 Viven, siendo contrarios:
 La causa es una, y los efectos varios.

Miraba á *Zapaquilda* en la ventana,
 Hablando con su amante,
 Sin miedo de la luz de la mañana,
 Que coronaba el último diamante
 Del manto de la noche, que iba huyendo,
 Y cantando y tañendo
 Los músicos con tanto desenfado,
 Como si fuera su tejado el prado:
 Que nunca los amantes
 Previnieron peligros semejantes.
 Asi los embeleca

Amor de ceca en meca,
 Como olvidado Antonio con Cleopatra,
 La gitana de Menfis que idolatra,
 Que ciego de su gusto no temia
 El César, que signiéndole venia;
 Porque si fue romano Octaviano,
 Tambien *Marramaquiz* era romano;
 Y si valiente César y prudente,
 No menos fue él prudente, que valiente:
 Que en su tanto, los méritos mirados,
 César pudiera ser de los tejados.

Como detras del árbol escondido,
 Mira y advierte con atento oido
 El cazador de pájaros el ramo,
 Donde tiene la liga y el reclamo,
 Para en viendo caer el inocente
 Gilguero, que los dulces silvos siente
 Del amigo traidor, que le convida
 A dura cárcel con la voz fingida;
 Y apenas ve las plumas revolando
 Entre la liga, cuando
 Arremete y le quita, no piadoso,
 Sino fiero y cruel; así el zeloso
Marramaquiz atento

Esperaba el primero movimiento
 Del venturoso amante, que decia
 Con dulce miramiento:
 Dulce, señora mía,
 ¿Cuándo será de nuestra boda el dia?
 ¿Cuándo querrá mi suerte que yo pueda,
 Llamaros dulce esposa,
 Que entonces para mí será dichosa?
 ¡Ay! tanto bien el cielo me conceda;
 Mas fue nuestra fortuna,
 Que Júpiter jamas por Ninfa alguna,
 Aunque se trasformaba
 En buey, que el mar pasaba,
 En sátiro y en águila y en pato,
 Nunca le vieron trasformarse en gato;
 Porque si alguna vez gatiquisiera,
 De los amantes gatos se doliera.
 Con voz enamorada,
 Doliente y desmayada
 La gata respondia:
 Mañana fuera el dia
 De nuestra alegre boda;
 Pero todo mi bien desacomoda
 Aquel infame gato fementido,

Marramaquiz, zeloso de mi olvido;
 Que en llegando á saber mi casamiento,
 Hubiera temerario arañamiento,
 Y estimar vuestra vida
 Me tiene temerosa y encogida,
 Que es robusto y valiente,
 Y en materia de zelos impaciente:
 Mejor será matalle con veneno.
 Aquí, de furia lleno,
 Respondió *Mizifuf*: ¿por un villano
 Pierdo el favor de vuestra hermosa mano?
 ¿Él, señora, lo estorba?
 ¿Es por ventura mas que yo valiente?
 ¿Tiene la uña corva
 Mas dura que la mia,
 O mas agudo y penetrante el diente?
 Entre la mostachosa artillería,
 ¿Qué hueso de la pierna ó espinazo
 Se me resiste á mí? ¿qué fuerte brazo?
 ¿Yo no soy *Mizifuf*? ¿yo no diciendo
 Por línea recta, que probar pretendo,
 De *Zapiron*, el gato blanco y rubio,
 Que despues de las aguas del diluvio
 Fue padre universal de todo gato?

¿Pues cómo agora con desden ingrato
 Teneis temor de un maullador gallina,
 Valiente en la cocina,
 Cobarde en la campaña,
 Y referis por invencible hazaña
 Dar á *Garraf*, un gato mi escudero,
 Que fuera de ser gato forastero,
 Es agora tan mozo,
 Que apenas tiene bozo,
 Una guantada con las uñas cinco,
 Si de repente dió sobre él un brinco?
 ¿Qué Cipion del Africano estrago?
 ¿Qué Anibal de Cartago?
 ¿Qué fuerte Pero Vazquez Escamilla,
 El bravo de Sevilla?
 Por esos ojos, que á la verde falda
 De las selvas hurtaron la esmeralda,
 Que si entonces me hallara en el tejado,
 Que no llevara, como se ha llevado,
 El queso y el relleno:
 ¿Y quereis que le mate con veneno?
 Esa es muerte de príncipes y reyes,
 Con quien no valen las humanas leyes:
 No para un gato bárbaro, cobarde,

Cuyas orejas os traeré esta tarde;
 Y de cuyo pellejo,
 Si no me huye con mejor consejo,
 Haré para comer con mas gobierno
 Una ropa de martas este invierno.
 Aquí *Marramaquiz* desatinado,
 Cual suele arremeter el jarameno
 Toro feroz, de media luna armado,
 Al caballero, con airado ceño,
 Andaluz ó estremeño,
 Que la patria jamas pregunta el toro,
 Y por la franja del bordado de oro
 Caparazon, meterle en la barriga
 Dos palnos de madera de tinteros,
 Acudiendo al socorro caballeros
 A quien la sangre ó la razon obliga,
 Del caballo inocente, que pensaba,
 Cuando le vió venir, que se burlaba:
 Gallina *Mixifuf*, dijo furioso,
 El hocico limpiándose espumoso,
 Blasonar en ausencia
 No tiene de mugeres diferencia:
 Yo soy *Marramaquiz*, yo noble al doble
 De todo gato de ascendiente noble:

Si tú de *Zapiron*, yo de *Malandro*,
 Gato del Macedon Magno Alejandro,
 Diciendo, como tengo en pergamino,
 Pintado de colores y oro fino,
 Por armas un morcon y un pie de puerco,
 De Zamora ganados en el cerco:
 Todo campo de golas,
 Sangriento mas que rojas amapolas,
 Con un cuartel de quesos asaderos,
 Roéles en Castilla los primeros.
 No fueron en cocinas mis hazañas,
 Sinó en galeras, naves y campañas:
 No con *Garraf* tu page,
 Con gatos moros las mejores lanzas;
 Que yo maté en Granada á *Tragapanzas*,
 Gatazo Abencerrage,
 Y cuerpo á cuerpo en Córdoba á *Murcifo*,
 Gato que fue del regidor Rengifo;
 Y de dos ñaradas
 Deshice á *Golosillo* las quijadas,
 Por gusto de una *Miza*, mi respeto;
 Y le quité una oreja á *Boquifeto*,
 Gato de un albañil de Salobreña:
 La cola en Fuentidueña

Quité de un estiron á *Lameplatos*,
 Mesonero de gatos,
 Sin otras cuchilladas que he tenido,
 Y la que di á *Garrido*,
 Que del corral de los naranjos era
 Por la espada primera
 Único gaticida;
 Pero es hablar en cosa tan sabida,
 Decir, quel el tiempo vuela y no se para:
 Que no hay cara mas fea, que la cara
 De la necesidad; y la mas bella
 Aquella del nacer con buena estrella:
 Que alumbra el sol, y que la nieve enfria,
 Que es oscura la noche y claro el dia.
 Esa gata cruel, que me ha dejado
 Por tu poco valor, verá muy presto,
 Siendo aqueste tejado
 El teatro funesto,
 Como te doy la muerte, que mereces,
 Porque mi vida á *Zapaquilda* ofreces;
 Llevando tu cabeza presentada
 A *Mizilda*, que es ya mi prenda amada:
Mizilda, que es mas bella,
 Que al vespertino sol cándida estrella

Vénus, que rutilante
 Es de su anillo espléndido diamante:
 Esta sí que merece la fe mia,
 Mi constancia, mi amor, mi bizzaría,
 Que no gatas mudables,
 Que si por su hermosura son amables,
 Son por su condicion aborrecibles,
 Amigas de mudanzas y imposibles.
 Aquí sacó la espada ruginosa
 De la vaina mohosa,
 Y á los golpes primeros
 Se llamaron fulleros,
 Si bien no hay deshonor, desenvainada;
 Y *Zapaquilda* huyendo,
 Del súbito temor la sangre helada,
 Dejóse el serénero en el tejado.
 Los músicos, en viendo
 El belicoso duelo comenzado,
 Huyeron, como suelen:
 Que no hay garzas que vuelen
 Tan altas por los vientos;
 Dicen, que por guardar los instrumentos,
 Y mil razones tienen,
 Pues que solo á cantar con ellos vienen:

Que mal cantara un hombre, si supiera,
 Que habia luego de sacar la espada,
 Que tanto el pecho altera;
 Ni pudiera formar la voz turbada:
 Que hay mucha diferencia, si se mira,
 De dar en los broqueles ó en las cuerdas;
 Pasar la espada el pecho, ó por la lira
 El arco, hiriendo las pegadas cerdas.

Andaba entonces *Guruguz* de ronda
 Con una escuadra vil de sus esbirros,
 Cuyo abuelo, nacido en *Trapisonda*,
 Curaba hipocondriacos y cirros;
 Y viéndolos andar á la redonda,
 Como si fueran Césares ó Pirros
 Los dos valientes gatos,
 Con fuerte anhelo descansando á ratos,
 Llegaron á ponerse de por medio,
 Que fue difícil, pero fue remedio.

Mas como respetar á la justicia,
 De gente principal respèto sea,
 Y lo contrario bárbara malicia,
 Luego *Marramaquiz* rindió la espada:
 ¿Quién habrá que lo crea?
 Mas viendo *Guruguz*, que no queria,

Que el amistad quedase confirmada,
 Sino permanecer en su porfía;
 Llevólos á la cárcel enojado
 Cuando Febo dorado
 Asomaba la frente
 Por las ventanas del rosado Oriente,
 Como si azúcar fuera, y de colores
 En campo verde iluminó las flores.

SILVA CUARTA.

Quien dice que el amor no puede tanto,
 Que nuestro entendimiento
 No pueda sujetarle, es imposible
 Que sepa qué es amor, que reina en cuanto
 Compone alguna parte de elemento
 En el mundo visible.
 ¡O fuerza natural incomprendible,
 Que en todo cuanto tiene
 Una de las tres almas,
 A ser el alma de sus almas viene!
 ¿Quién no se admira de mirar las palmas
 En la región del Africa desnuda,
 Cuando su fruto en oro el color muda
 Con solo aquel ardor vegetativo,
 Amarse dulcemente?
 Que en lo demás que siente,
 No es mucho que de amor el fuego vivo

Imprima sentimiento,
 Y natural deseo,
 Con lazos de pacífico himeneo.
 La fiera, el ave, el pez en su elemento,
 Todos aman y quieren
 Por la razón de bien lo que es amable,
 Pues ama lo que es solo vegetal:
 Si de ningún sentido el bien infieren.
 Entre las cosas, que por él adquieren
 Algun conocimiento,
 Perdonen cuantas aves y animales
 De su distinto gozan elemento,
 Ningunas son iguales
 En amor á los gatos,
 Exceptuando las monas,
 Que hasta en esto se precian de personas,
 Y ya que no en esencia, en ser retratos;
 Porque acontece con el hijo al pecho
 Abrazalle con lazo tan estrecho,
 Que le hacen exhalar la sensitiva
 Alma vital: así el amor les priva,
 Que fue en la estimativa conocido
 Del natural sentido;
 Y si por opinión crítico alguno

010192

Tiene, que amor tan loco
 No puede haber en animal ninguno,
 Váyase poco á poco
 Al Africano Tetüan, adonde
 Verá como á los árboles trepando
 Esta del hombre semejanza propia,
 De que hay allí gran copia,
 Ya sale con el hijo, ya se esconde,
 Y á los que van ó vienen caminando,
 Con risa de monesco regocijo
 Muestra el peloso hijo;
 Mas fuera disparate,
 Si no es que en ellas trate,
 Ir por ver una mona
 Hasta el Africa un hombre:
 Que si de Tito Livio llevó el nombre
 Muchos hombres á Roma, fue corona
 De los historiadores:
 Que solo aquellas cosas superiores,
 Dignas por fama de admirable espanto,
 Es bien qué cuesten tanto:
 Como ver á Venecia,
Perche chi non la vede non la prezia,
 Que al cielo desde el agua se avecina,

Y en góndolas por coches se camina.
 Los gatos en efeto
 Son del amor un índice perfeto,
 Que á los demas prefiere;
 Y quien no lo creyere,
 Asíguese á un tejado
 Con frias noches de un invierno helado,
 Cuando miren las Helices noturnas
 Las estrelladas urnas
 Del frígido Acüario,
 Verá de gatos el concurso vario,
 Por los melindres de la amada gata,
 Que sobre tejas de escarchada plata
 Su estrado tiene puesto,
 Y con mirlado gesto
 Responde á los maullos amorosos
 De los competidores,
 No de otra suerte oyendo sus amores
 Que Angélica la bella,
 De Ferragut y Orlando,
 Amantes belicosos,
 Cuando andaban por ella
 Sin comer ni dormir, aeuchillando
 Franceses y Españoles,

De que no se le dió dos caracoles.
 ¿Qué cosa puede haber con que se iguale
 La paciencia de un gato enamorado,
 En la canal metido de un tejado
 Hasta que el alba sale,
 Que en vez de rayos coronó el Oriente
 De carambanos frigididos la frente;
 Pues sin gaban, abrigo, ni sombrero
 Febo oriental le mirará primero,
 Que él deje de obligar con tristes quejas
 Las de sus gataricidas orejas,
 Por mas que el cielo llueva
 Mariposas de plata, cuando nieva?
 Mas dejando cansadas digresiones,
 Que el retórico tiene por viciosas,
 Aunque en breves paréntesis gustosas;
 Presos los dos gatíferos campeones
 Por no querer hacer las amistades,
 Y responder soberbias libertades,
 Dicen, que *Zapaquilda*
 Y la bella *Mizilda*,
 Tapadas de medio ojo
 Con sus mantos de humo,
 Que es llegar á lo sumo,

De un amoroso antojo,
 Fueron á ver sus presos,
 Que en tanta autoridad tales escesos
 Parecen desatino.
 En fin *Mizilda* enamorada vino,
 Con que á toda objecion amor responde:
 Asi la infanta Doña Sancha al conde
 Garcí Fernandez preso visitaba
 En la oscura prision del rey su padre,
 Dicen que con deseos de ser madre,
 Que habia días que sin él estaba.
 Cada cual de las dos imaginaba,
 Que la otra venia
 Por el que ella queria;
 Y con este engañado pensamiento,
 Que nunca tienen mucho fundamento
 Los zelos, comenzaron á mirarse,
 En manifestacion de sus enojos,
 Tirándose relámpagos los ojos.
 ¡O quién las viera entonces levantarse
 Sobre los pies derechas,
 A ver si eran verdades las sospechas,
 Y de ser descubiertas recatarse!
 Condicion de los zelos, esconderse,

Quererse declarar, y no atreverse:
 Que como son desprecio del paciente,
 Huye de que se entienda lo que siente:
 Que amar siempre se tuvo por nobleza,
 Y los zelos por acta de bajaça;
 Como si amor pudiese estar sin zelos,
 Que mas pueden estar sin sol los cielos:
 Testigo Juno y Pocris, á quien llora
 Céfalo por los zelos de la Aurora.
 En fin, despues de sufrimiento tanto,
 Quitó *Mizilda* de la cara el manto
 A la siempre zelosa *Zapaquilla*;
 Y ella echando las uñas á *Mizilda*,
 Con el rebozo el moño.

No suele por los fines del otoño
 Quedar la vid nudosa en los sarmientos,
 De los marchitos pámpanos robada
 Sin resistencia á los primeros vientos,
 Que con nevado soplo y boca helada,
 Yerto dejó cadáver con la fiera
 Mano que floreció la primavera,
 Como las dos quedaron en la rifa;
 Ni Fátima y Jarifa
 Por el Abencerrage Abindarraez;

Ni por Martin Pelaez,
 Que del Cid heredó la valentía,
 Doña Urraca y María de Meneses,
 Aquella, á quien pedía
 Con palabras corteses
 Las nueces su galan, si no bailaba,
 Asi zeloso amor las provocaba.
 En fin, á puros tajos y reverses
 De las rapantes uñas aguileñas,
 Desmoñadas las greñas,
 Y el soliman raído,
 Quedaron desmayadas sin sentido,
 Haciendo cada cual la gata-morta.
 No fue con esto la prision mas corta;
 Pero salieron de ella finalmente,
 Que el tiempo con los bienes ó los males,
 Dejando siempre atras todo accidente,
 Que fue final accion de los mortales,
 Vuela sin detenerse,
 Dejándose llegar para perderse.
 Asi pasó la gloria de Numancia,
 Y la brava arrogancia
 De la fuerte Sagunto,
 Porque la tierra toda es solo un punto

De la circunferencia de los cielos.
 ¿Pero qué desatino de las Musas
 Me lleva á tan estrañas garatusas?
 Las iras del amor y de los zelos
 Pasaron adelante
 En uno y otro amante;
 Pero *Marramaquiz* aconsejado
 De sus amigos, remitió el cuidado
 Al amor de *Mizilda*:
 Mas como el que tenia á *Zapaquilda*,
 Era del alma verdadero efeto,
 Aunque disimulaba á lo discreto,
 Andaba triste y de congojas lleno:
 Misero del que vive en cuerpo ageno,
 Y por un amoroso desvarío
 Pierde la libertad del albedrío,
 Que no la compra el oro,
 Porque es de todos el mayor tesoro.
 Tenia las mandíbulas de suerte,
 Que era un retrato de la muerte fiera;
 Aunque es yerro pintarle calavera,
 Porque aquella es el muerto, y no la muerte:
 La muerte ha de pintarse una figura
 Robusta, de cruel semblante airado:

Los fuertes pies en una piedra dura,
 Fino sepulero en pórfido labrado;
 Con reyes y monarcas,
 Hasta el que calza rústicas abarcas:
 Damas que sujetaron capitanes,
 Y en ásperas naciones
 Por bárbaras regiones
 De fieros Mamelucos y Soldanes;
 Y pintadas al uno y otro lado
 La enfermedad, la guerra y la desgracia:
 Parcas, que tantas muertes han causado
 Por tantos desconciertos:
 Que huesos ya no es muerte, sino muertos.
 No aprovechaba la hermosura y gracia
 De *Mizilda* á quitar al pobre amante
 La memoria tenaz, que amor escribe
 Con la flecha cruel en el diamante
 Del alma, donde vive,
 Y compitiendo con el tiempo, quiere
 Que viva en ella, cuando el cuerpo muere.
 En estos medios *Mizifuf* intenta,
 A su competidor viendo remoto,
 Por medio de *Garrullo* su compadre,
 Que habia sido gato en una venta,

Pedirla por muger á Ferramoto,
 De Zapaquilda padre.
 Propúsole Garrullo,
 Con prudente maullo,
 Las partes de su amigo,
 Como de ellas testigo,
 Sin otras consecuencias,
 Que atajaban zelosas diferencias.
Ferramoto era un gato
 De buen entendimiento y de buen trato,
 Cano de barba, y negro de pellejo:
 Persona, que en la verde primavera
 De sus años jamas en la ribera
 De Manzanares se le fue conejo;
 Porque sirvió de galgo
 A cierto pobre y miserable hidalgo,
 Que con él se alumbraba;
 Y de suerte de noche relumbraba,
 Que pensando una moza, que era lumbre
 Las niñas de los ojos, que brillantes
 En la ceniza estaban relumbrantes,
 Yendo al hogar, como era su costumbre,
 Sin pensar darle enojos,
 Le metió la pajueta por los ojos.

Nunca sin esto gato marquesote
 Oposicion le hizo:
 Oyó de buena gana lo propuesto,
 Y del novio galan se satisfizo;
 Aunque llegando á concertar el dote,
 De seca mimbre un cesto
 Dijo que le daria,
 Que de cama de campo le servia:
 Seis sábanas de lienzo de narices,
 Con algunos fragmentos por tapices
 De viejos reposteros:
 Cuatro quesos añejos casi enteros,
 Y una mona cautiva, que tenia,
 Que hablaba en lengua culta y la entendia,
 Sin otras menudencias.
 Con estas conveniencias
 Las capitulaciones se firmaron,
 Y el dia de la boda concertaron.

Marramaquíx estaba
 En ocasion tan triste,
 Como por burla y chiste,
 Jugando á la pelota
 Con un raton, á quien pescó de paso,
 Que de un banl de versos del Parnaso

A una maleta rota,
 Aunque llena de pleitos y escrituras,
 Pasaba haciendo gestos y figuras.
 Tal suele acontecer un triste caso
 En medio de la vida,
 (Que no hay seguridad en cosa humana):
 Ya con veloz corrida
 Daba esperanza vana
 Al mísero animal, ya le volvía,
 Ya le arrojaba en alto,
 Mojado de temor, de aliento falto,
 Y en medio del camino le cogía,
 Como quien tira al vuelo,
 Diciendo: tente, como al agua el hielo;
 Ya con las manos mizas
 Le daba por los lados
 Algunos bofetones regalados:
 Cuando llegó *Tomizas*,
Tomizas su escudero, y sin aliento
 Le dijo el casamiento concertado
 De *Mizifuf* y *Zapaquilda* ingrata;
 Y sintiendo perder su dulce gata,
 Dejó el pobre animal, que desmayado,
 Apenas acertaba con la vida,

Mas puesto en fuga la libró perdida:
 Que quien no ha de morir, si la fortuna
 Revoca la sentencia,
 Nunca le falta diversion alguna.
 En aquella dichosa intercadencia
 A *Tomizas* en fin la diligencia
 Valió una manotada con la zurda,
 Que cuando no le aturda,
 No es poco para zurda manotada,
 Que le dejó la cara desgatada.
 Esto gana traer del mal albricias.
 ¡O cuánto amor de la razon desquicias
 Un noble caballero!
 Por eso ningun page, ni escudero
 Se fie en la privanza,
 Que es fácil en señores la mudanza,
 Y el sol es gran señor y nunca para.
 En rueda mas mudable á la fortuna
 Se parece la dama Doña Luna,
 Que nunca vemos de una misma cara.
 Dejando la pelota el triste amante,
 De zelos y de amor perdido y loco,
 Que la vida y la honra tiene en poco,
 Vino á su casa con tristeza tanta,

Que se metió debajo de una manta;
 Y luego, provocado á mayor furia,
 De una carrera se subió al tejado.
 Asi desnudo Orlando, provocado
 De no menor injuria,
 Cuando leyó los rótulos del Moro,
 Que decian: (Amor, ¡ qué sin decoro
 En la buena fortuna te gobiernas!)
 « Aquí gozó de Angélica Medoro, »
 En el papel de las cortezas tiernas
 De aquellos olmos, de su bien testigos,
 Para el frances Orlando cabrahigos.
 Bajó *Marramaquiz* desesperado,
 Y entrando en la cocina,
 Sin respeto de Paula y de Marina,
 Esclavas del ausente licenciado,
 Como laureles y álamos los mira,
 (Donde Climene por Faeton suspira:)
 Los pucheros y cántaros quebraba:
 Vertió la olla en la sazón que hervía,
 Y llamando á Borbon borbor decia;
 Y á tauto mal llegó su desatino,
 Que sacó media libra de tocino,
 Que andaba como nave en las espumas,

Y si no se le quitan, se le mama:
 Tanto pueden los zelos de quien ama.
 Una perdiz con plumas
 Quiso tragarse; y no dejaba cosa
 Que no la deshiciese,
 Por alta que estuviese:
 Trepaba la lustrosa
 Reluciente espetera,
 Derribando sartenes y asadores;
 Y con estas demencias y furoros,
 En una de fregar cayó caldera
 (Trasposicion se llama esta figura)
 De agua, acabada de quitar del fuego,
 De que salió pelado.
 Pero viniendo luego
 El señor licenciado,
 Dijo, que era veneno, que tendria
 Algun vecino, que matar queria
 Ratones de su casa,
 Hecha de rejalgar traidora masa,
 Y á su servicio ingrato,
 Por matar los ratones, mató el gato;
 Y dijo bien; segun los aforismos
 De Nicandro, que son los zelos mismos

Un veneno tan súbito, que apenas
 Toca la lengua, cuando ya las venas
 Y el corazón abrasan:
 Tan presto al centro de la vida pasan;
 Que no hay frias cicutas, ni anapelos,
 Como solo un escrúpulo de zelos.
 En fin, de ver el gato lastimado,
 Que le había criado,
 Envió por triaca,
 Que todo venenoso ardor aplaca,
 De la magna, que hacen en Valencia,
 De que tenía una redoma sola,
 Cierta Farmacopola.
 El gato con paciencia,
 Por respeto á su dueño,
 Tomó dos onzas y rindióse al sueño.

SILVA QUINTA.

¡O tú, Don Lope! si por dicha agora
 Por los mares Antárticos navegas,
 O surto en tierra, cuando al puerto llegas,
 Preguntas á la Aurora
 Que nuevas trae de la bella España,
 Donde tus prendas amorosas dejas,
 Y por regiones bárbaras te alejas;
 O miras en los golfos
 De la naval campaña,
 Por donde vino Júpiter á Europa,
 Encima de la popa,
 Sin velas de Mauricios, ni Rodolfos,
 Mas traidores que fue Vellido de Olfos,
 Sereno el rostro en la dormida Thetis,
 De la airada Anfitrite,
 Mas que en Sevilla corre humilde el Betis
 Cuando á la mar permite

La luna Varquerola,
 No por las nubes de color de angola,
 Una punta á la tierra y otra al cielo,
 De pocas luces salpicando el velo:
 Escucha en voz más clara que confusa
 Mi gáñfera Musa;
 Y no permitas, Lope, que te espante,
 Que tal sugeto un licenciado cante
 De mi opinion y nombre,
 Pudiendo celebrar mi lira un hombre
 De los que honraron el valor hispano,
 Para que al resonar la trompa asombre
Arma virumque cano,
 Que como no se usa
 El premio, se acobarda toda Musa;
 Porque si premio hubiera,
 Del Tajo la ribera
 Oyera en trompa bélica sonora
 Divinos versos, hijos del Aurora:
 Por esto quiere mas que ver ingratos,
 Cantar batallas de amorosos gatos;
 Fuera de que escribieron muchos sabios,
 De los que dice Persio, que los labios
 Pusieron en la fuente Cabalina,

En materias humildes grandes versos.
 Mira si de Virgilio fueron tersos,
 Cuya princesa pluma fue divina,
 Cuando escribió el mortero que en la lengua
 De Castilla decimos *almodrote*,
 Sin que por él le resultase mengua,
 Ni por pintar el picador mosquito.
 ¿Y quién habrá que note,
 Aunque fuese satírico Aristarco,
 De Ulises el Diálogo á Plutarco?
 La calva en versos alabó Sinesio,
 Gran defecto Tartesio;
 Quiere decir, que hay calvos en España
 En grande cantidad, que es cosa estraña,
 O porque nacen de cerebro ardiente;
 Y tambien escribió del trasparente
 Camaleon Demócrito,
 Y las cabañas rústicas Teócrito:
 Y tanta filosófica fatiga
 Diocles puso en alabar el nabo,
 Materia apenas para un vil esclavo:
 El rábano Marcion, Fama la ortiga,
 Y la pulga Don Diego de Mendoza,
 Que tanta fama justamente goza;

Y si el divino Homero
 Cantó con plectro á nadie lisonjero
 La Batrachomyomachia,
 ¿Porqué no cantaré la Gatomaquia?
 Fuera de que Virgilio conocia,
 Que á cada cual su genio le movia.

Ya todo prevenido
 Para el tálamo estaba,
 Y el día estatuido
 La posesion llamaba
 A la esperanza de los dos amantes;
 Mas muchas veces con peligro toca
 El vidrio lleno de licor la boca.
 Alegres los vecinos circunstantes,
 Convidados los deudos y parientes,
 Y escrito á los ausentes:
 Que en tales ocasiones mas atentos
 Estan que á la verdad los cumplimientos;
 Solo *Marramaquiz*, gato furioso,
 Lamentaba zeloso
 Sus penas y cuidados
 Por altos caballeros de tejados,
 En que su voz resuena,
 Cual suele por las selvas Filomena,

Que ha perdido su dulce compañía,
 Con triste melodía
 Esparcir los acentos de su pena,
 Trinando la dulcisima garganta,
 Que á un tiempo llora y canta;
 O como perro braco,
 Que ha perdido su dueño,
 O Flamenco ó Polaco,
 Que ni se rinde al sueño,
 Ni el natural sustento solicita,
 Aunque en cantar no imita
 Al ruiseñor suave:
 Que una cosa es el perro y otra el ave:
 Y cada cual su propio oficio cuadra,
 Porque si canta el ave, el perro ladra.
 Tenia ya *Ferrato*
 En un zaquizami curiosamente
 La sala aderezada
 De uno y otro retrato
 De belicosa, cuanto ilustre gente,
 Que las efigies son de los mayores
 El mas heróico ejemplo,
 De la perpetuidad glorioso templo.
 Como se ven del Tamerlan y Eneas,

Y en Calvo el de las fuerzas gigantes,
 En Juan de Espera en Dios, y el Transilvano
 En Pirro griego, y Scevola romano.
 Allí estaba *Gafurio*,
 Que ganó la batalla de las monas,
 De grave gesto y de nacion Ligurio,
 Y otros gatos con civicas coronas,
 Navales y murales,
 Y al laurel de los Césares iguales.
 No faltaban el *Tumire* y el *Mocho*,
 Ni con el descolado *Hociquimocho*,
 Que asistia en las casas del cabildo,
 El armado *Mufildo*
 Mas de valor que acero,
 Ni *Garavillos*, gato perulero.
 Estaba el rico estrado
 De dos pedazos de una vieja estera
 Hecha la varandilla,
 De ricas almohadas adornado
 En tarimas de corcho, y por de fuera
 El grave adorno de una y otra silla,
 Con tanta maravilla,
 Que si un culto le viera,
 Es cierto que dijera,

Por únicos, retóricos pleonasmos:
Pestañeando asombros guiñó pasmos.
 Ya las sombras cayendo
 De los mayores montes,
 A los humildes valles
 Enlutaban los claros horizontes,
 Y el mecánico estruendo
 En las vulgares calles
 Cesaba á los oficios:
 Tráfgos y bullicios
 Encerraba el silencio en mudos pasos;
 Y á diferentes casos
 La ronda y los amantes prevenian
 Las armas que tenian,
 Cuando á la luz huyendo la tiniebla,
 De alegres deudos el salon se puebla.
Vino Calvillo, de fustan vestido,
 De patas de conejos guarnecido
 Gregüesco, y saltambarca,
 Mas amante de Laura que el Petrarca,
 Por una gata de este nombre propio,
 Aunque parezca en gatas nombre impropio.
 Pero si llaman á una perra Linda,
 Diana, Rosa, Fátima y Celinda,

Bien se puede llamar Laura una gata,
De pie bruñido como tersa plata.

Maus de bocaí trujo gregüesco,
Cuera de cordóban, gorrón tudesco,
Y de negro, con mucha bizzaría:

Zurron, gato mirlado,
De medias y de estómago colchado:

Ranillos, que bajó de Andalucía

De conejo en conejo

Por la Sierra Morena,

A ver del Tajo la ribera amena,

Con el cano *Alcubil* su padre viejo:

Grünillos y *Cacharro*,

La nata y flor del escuadron bizarro:

Marrullos y *Malvillo*,

Uno de raso azul y otro amarillo:

Garron, *Cerote* y *Burro*,

Gatos de un zapatero.

¿Mas para qué discurso

Con verso torpe y proceder grosero,

Cuando lo menos de lo mas refiero?

Si me aguardan las damas, que aquel día

Mostraron cuidadosa bizzaría?

Vino *Miturria* bella,

Motrilla y *Palomilla*,

La flor de la canela y de la villa,

Y cada cual en la opinion doncella:

Cosa dificultosa;

Por eso es bien que la muger hermosa,

Cuando honesta se llama,

Tenga por obras conservar la fama;

Y entre todas fue rara la hermosura,

De la bella y discreta *Gatifura*;

Y vestida de nácar *Zarandilla*,

La gata mas golosa de Castilla.

Ocupadas las sillas y el estrado,

Salió *Trevejos*, gato remendado,

Y sacando á la bella *Gatiparda*,

Comenzaron los dos una gallarda,

Como en Paris pudiera *Melisendra*;

Y luego con dos cáscaras de almendra,

Atadas en los dedos, resonando

El eco dulce y blando,

Bailaron la chacona

Trapillos y *Maimona*

Cogiendo el delantal con las dos manos,

Si bien murmuracion de gatos canos.

Mas ya, Musas, es justo

Que me deis vuestro aliento y vuestro gusto
 Canoro sí, mas claro,
 Que parezca de un nuevo Sanazaro,
 Denme vuestros cristales en los labios,
 Que de ignorantes me los vuelvan sabios,
 Que *Zapaquilda* de la mano sale
 De Doña *Gotosilla* su madrina,
 Saya entera de tela columbina,
 De perlas arracadas,
 En listones de nácar enlazadas:
 La cabeza, de rosas primavera,
 Mas estrellada que se ve la esfera:
 El blanco pelo rubio á pura gualda,
 Y un alma en cada niña de esmeralda,
 De cuyos garavatos
 Colgar pudieran las de muchos gatos:
 Chapines de tabí con sus virillas,
 Entre una y otra descubriendo espacios
 De la roja color de los topacios,
 De nuestra edad y siglo maravillas:
 Que lo que ser solia
 Un medio celemin con atagía,
 Un pirámide es hoy de tela de oro,
 Y cuestan sus adornos un tesoro,

Que ponen miedo de casarse á un hombre,
 Subiendo el dote á un número sin nombre
 Si piensa sustentar trage tan rico.
 Sentóse al fin, mirándose de hocico,
 Y prosiguió la fiesta de la danza
 Contra la posesion de la esperanza;
 ¡Mas quién dijera que saliera incierta!
Marramaquiz entrando por la puerta,
 Vencido de un frenético erotismo,
 Enfermedad de amor ó el amor mismo:
 Suspenso y como atónito el senado
 De ver de acero y de furor armado
 Un gato en una boda,
 Donde es propia la gala y no el acero,
 Alborotóse todo,
 Y *Zapaquilda*, viéndole tan fiero,
 Humedeció el estrado, y con mesura
 Comunicó su miedo á *Gatifura*;
 Si bien consideraba,
 Que entonces *Mizifuf* ausente estaba,
 Porque solo esperaban que viniese,
 Y que la mano práctica le diése,
 De que ya la teórica sabia,
 Que confirmase tan alegre dia.

En esta suspension todos turbados,
Marramaquiz abrió los encendidos
 Ojos, vertiendo de furor centellas,
 Los dejó temerosos y admirados,
 Y imprimiendo esta voz en sus oídos
 Al aliento feroz de sus querellas:
 Villanos descorteses,
 Mas falsos y traidores,
 Que Moros y Holandeses;
 Porque siendo fautores,
 No sois en las maldades inferiores:
 Escuadron de gallinas,
 Junta de gatos viles,
 Que no de bien nacidos:
 Bajos habitadores de cocinas,
 Entre asadores, ollas y candiles,
 Donde como á cobardes y abatidos,
 La mas humilde esclava os apalea,
 No trocando jamas la chimenea
 Por la guerra marcial y sus rebatos,
 Lamiendo lo que sobra de los platos,
 Y durmiendo el invierno, cuando eriza
 Los cabellos el hielo,
 Revueltos en la cálida ceniza,

Hasta que ardiente el sol corona el cielo:
 Yo soy *Marramaquiz*, yo soy, villanos,
 El asombro del orbe,
 Que come vidas y amenazas sorbe:
 Aquel, de cuyos garfios inhumanos,
 Leon en el valor, tigre en las manos,
 Hoy tiemblan justamente
 Las repúblicas todas,
 Que desde el Norte al Sur por varios mares
 Miran de Febo la dorada frente;
 Y el que ha de hacer que tan infames bodas,
 Y con tantos azares
 Sean las de Hipodamia,
 Esta en vosotros resultando infamia.
 ¡O Musas! este gato habia leído
 A Ovidio, y por ventura
 De la fábula de Hércules queria
 El ejemplo tomar, pues atrevido
 Hércules se figura,
 Y los gatos Centauros, que aquel día
 Murieron á sus manos,
 Porque no fueron pensamientos vanos
 Los de sus zelos locos,
 Pues de sus manos se escaparon pocos,

Llamándoles traidores Mauregatos:
 Y levantando una cuchar de hierro,
 A eterno condenándolos destierro
 Fue Tamerlan de gatos,
 Haciendo mas estrago su arrogancia,
 Que en Cartago y Numancia
 El Romano famoso.
 A un gato, que llamaban el *Raposo*,
 Mas que por el color, por el oficio,
 La cara, que no tuvo reparada,
 Quitó de una valiente cuchillada,
 Imposible quedando al beneficio;
 Y de un reves que sacudió á *Garrullo*,
 Dió el último maullo:
 Cortó una pierna al mísero *Trevejos*,
 Gran cazador de gansos y conejos:
 Desbarató el estrado,
 Que pensaron guardar gatos bisoños
 Con cucharas de palo por espadas,
 Que de galas quedó todo sembrado,
 Naguas, jaulillas, guantes, ligas, moños,
 Rosetas, gargantillas y arracadas,
 Chapines, orejeras y zarcillos;
 Y por que defendió llegar *Malvillos*

A robar á la novia, dió dos caves,
 Como Hércules á Licas,
 Y quebrando con él á dos boticas
 Desde una claraboya,
 Cuanto componen purgas y jarabes;
 Ni á vista de sus naves
 Fue mas furioso Aquiles, cuando en Troya
 Le dijeron la muerte de Patroclo;
 Ni con mazo y escoplo
 Tantas hastillas quita el carpintero,
 Como vidas quitó zeloso y fiero;
 Ni mas sangriento Nero
 La mísera plebeya
 Gente miró quemar desde Tarpeya.
 En fin, llegando donde ya tenia
Zapaquilda la vida por segura,
 Le dijo: Tente, ¿dónde vas, perjura?
 Ella temblando, respondió turbada:
 Huyendo el filo de tu injusta espada,
 Que se quiere vengar de mi inocencia,
 Con tan fiera insolencia,
 Quitándome mi esposo;
 Pero yo me sabré quitar la vida,
 Polifemo de gatos.

Ojos hermosos siempre, y siempre ingratos,
 Le respondió furioso,
 ¿Desa manera hablais en mi presencia?
 ¿O gata la mas loca y atrevida!
 Yo solo soy tu esposo, fementida:
 Y al villano que piensa así sacarte
 Con este casamiento, será parte
 Destas enamoradas uñas mías,
 Que vencen las Harpías:
 Verás, si no me huye,
 Y el bien que me quitó me restituye,
 Como le mato, y desollando el cuero,
 Le vendo para gato de dinero.
 Si tú, le respondió, mi dulce esposo,
 Me matarés tirano,
 Yo con mi propia mano
 Me quitaré la vida.
 Furioso entonces, sobre estar zeloso,
 De donde estaba ¡ay misera! escondida,
 Trasladóla á sus brazos inhumano,
 Cual suele hiedra, á los del olmo asida,
 Trepar lasciva á la pomposa copa,
 Vistiendo el tronco de su verde ropa
 De verdes lazos y corimbos llena.

Así París robó la bella Elena,
 Las naves aguardando en la marina;
 Y así fiero Pluton á Proserpina.
 Ella entonces llamaba
 A *Mizifuf* á voces,
 Que no la oia, porque ausente estaba.
 Al fin tirando coces,
 Se le cayó un zapato;
 Mas ni por eso se dolió el ingrato,
 Viendo correr las lágrimas por ella;
 Y él corriendo con ella,
 Que ni deudo, ni amigo la socorre,
 La puso de su casa en una torre,
 Como tuvo Galvan á Moriana:
 Tal es del mundo la esperanza vana;
 Porque quien mas en los principios fia
 No sabe dónde ha de acabar el dia.

SILVA SESTA.

Cuando el soberbio bárbaro gallardo,
 Llamado *Rodamonte*,
 Porque rodó de un monte,
 Supo que le llevaba *Mandricardo*
 La bella *Doralice*,
 Como *Ariosto* dice
 A diez y seis de agosto,
 Que fue muy puntual el *Ariosto*,
 Cuenta que dijo cosas tan estrañas,
 Que movieran de un bronce las entrañas,
 Prometiendo arrogante
 No ver toros jamas, ni jugar cañas,
 Aunque se lo mandasen *Agramante*,
Rugero y *Sacripante*,
 Ni comer á manteles,
 Ni correr sin pretal de cascabeles,
 Ni pagar, ni escuchar á quien debiese,

Porque mas el enojo encareciese,
 Ni dar á censo, ni tomar mohatra,
 Ni pintar con el aspid á *Cleopatra*.
 Y lo mismo decia, cuando el rapto
 De *Elena* fermentida,
 El Griego rey *Atrida*
 Contra el pastor para traiciones apto,
 Que dió en el monte *Ida*,
 En favor de *Acidalia* la sentencia,
 Que hay muchas de la vera de *Plasencia*,
 Que vienen mas tempranas,
 Si las hacen los ojos
 De juveniles bárbaros antojos,
 Que aun no repara en canas
 Esto que todos llaman apetito;
 Y mas donde no tienen por delito,
 Que la santa verdad corrompa el premio.
 Mas todo este proemio
 Quiere decir en suma,
 Aunque era campo de estender la pluma, (R)
 Lo que el valiente *Mixifuf* oyendo
 El suceso estupendo
 Del robo de su esposa,
Elena de las gatas,

Dijo, con voz furiosa,
 Cuando galan venia á desposarse,
 Tan imposible ya de remediarse:
 De las tremantes ratas
 Fugitivo escuadron, con pies ligeros,
 Temeroso ocupó los agujeros;
 Y arrojando la gorra,
 Que fue de un ministril de Calahorra,
 Hizo temblar la tierra,
 A fuego y sangre prometiendo guerra.
Ferrato, ya perdida la esperanza,
 Mesándose las barbas y cabellos
 Blancos, que nunca blancos fueron bellos,
 Culpaba su tardanza;
 Porque las dilaciones
 Pierden las ocasiones,
 Porque en la calva tienea un copete,
 Que solo se le coge el que acomete;
 Porque aguardar á que la espalda vuelvas
 Es seguir un venado por la selva,
 Que alcanzarle no fuera maravilla
 Quien le fuera siguiendo por la villa.
Mizifuf la tardanza disculpaba,
 Con que lejos vivia

El zapatero, que esperando estaba,
 ¡O cuántos males causa un zapatero!
 Y que despues calzarle no podia,
 Aunque los dientes remitiese al cuero,
 Las botas justas, que con calza larga
 Era la gala entonces, que por fresco
 Dicen autores que mató el gregüesco,
 Por quitar la opresion de tanta carga.
 ¡O quién para olvidar melancolías,
 De las que no se acaban con los dias,
 Un gato entonces viera,
 Con bota y calza entera!
 Pero dónde me llevan niñerías,
 Que en Italia se llaman bagatelas,
 Inquiriendo novelas
 En tan funestos casos,
 Mas dignos de Marinos y de Tasos,
 Que de Helicon son solos y soles,
 Que de mis versos rudos españoles.
 Lloraba *Mizifuf*, lloraba fuego,
 Que fuego lloran siempre los amantes,
 Arrojando los guantes,
 A quien los cultos llaman quirotecas.
 ¡O bien hayan Illescas y Ballecas!

Sin admitir un punto de sosiego
 Como en Paris el Moro, en Troya el Griego.
 No suele de otra suerte pasarse
 Quien tiene algún extraño desconcierto,
 Sin que pueda apartarse
 Del negocio que trata,
 Pálido el rostro, de sudor cubierto,
 Como ya por su honor, ya por su gata,
 Inquieto *Mizifuf* se condolia
 Por dilatar de su venganza el día.
 En tanto pues que amigos y parientes
 Consultaban el modo
 Como acabar del todo
 Agravios tan infames é insolentes,
Marramaquiz estaba
 Solicitando el pecho
 De *Zapaquilda*, de diamantes hecho,
 Que en la dura prisión perlas lloraba
 A guisa de la Aurora,
 Que parece mas bella, cuando llora:
 Que la muger hermosa,
 Cuando baña la rosa
 De las megillas con el tierno llanto,
 Aumenta la hermosura,

Si no da voces y en el llanto dura.
Marramaquiz en tanto,
 Produciendo concetos
 De su locura efetos,
 Ya en prosa, ya en poesía,
 Desvelado la noche y triste el día,
 Se alambicaba el mísero cerebro:
 No dejaba requiebro,
 Que no imitase tierno á los Orates,
 Que el mundo amantes llama,
 Y de la tierna dama
 Amores y cariños:
 Hasta los disparates,
 Que les dicen las amas á los niños,
 Cuando les dan el pecho las mañanas
 Con intrínseco amor, diciendo ufanas:
 Mi rey, mi amor, mi duque, mi regalo,
 Mi Gonzalo; mas esto solamente
 Si se llama Gonzalo,
 Porque fuera requiebro impertinente,
 Si se llamara Pedro, Juan, ó Hernando,
 Que convienen las flores con los frutos,
 Y á las cosas tambien sus atributos.
 Estaba el sol apenas matizando

Las plumas de las alas de los vientos,
 Dando á los dos primeros elementos
 Esmeraldas al uno, al otro plata,
 Cuando salia por su amada gata
 Al soto de Luzon el triste amante,
 Sin respetar el arcabuz tronante,
 A buscar el gazapo entre las venas
 De la tierra, que apenas
 Salir al campo osaba,
 Y de una manotada le pescaba.
 No habia pez, ni pieza
 De vaca en la cocina,
 Que en volviendo Marina
 A buscar otra cosa la cabeza,
 No caminase ya por los tejados
 Para el dueño cruel de sus cuidados:
 Tan ligero y veloz, tan atrevido,
 Que no paraba sin hacer ruido,
 Hasta sacar la carne de la olla,
 Del asador la polla,
 Aunque sacase por estar ardiendo,
 O pelada la mano, ó con ampolla,
Fufu, fufu diciendo.
 ¡O amor! ¡y cuántas veces

De la misma sartén sacó los peces,
 Sin cuchares de hierro, ni de plata,
 Y la cruel á mas amor mas gata!
 ¿Es posible, decia
 Con lastimosas quejas,
 ¡O mas dura que marmol á mis quejas!
 (Porque el gato las Églogas sabia)*
 Y al amoroso fuego que me enciende,
 Mas helada que nieve, Galatea,
 Que de mi fuego el hielo te defiende
 De ese pecho cruel, que me desea
 La muerte, que antes vea
 La de tu Adonis, *Mizifuf* cobarde,
 Que gozarás, cruel, ó nunca ó tarde,
 Que no te duelen tantas penas mias,
 Ni el verte tantos dias
 Cautiva en esta torre,
 Que ni te viene á ver, ni te socorre,
 Que para aborrecerle te bastaba?
Mizilda me buscaba,
Mizilda me queria,
 Por tí la aborrecia:
 Siendo gata de bien, siendo estimada
 Por honesta doncella, y retirada

De amigas, de papeles y paseos,
 Que clandestinos trazan himeneos.
 ¿Qué no dejé por tí? que te has casado
 Con un gato afrentado, que si fuera
 Afrenta entre los hombres el ser gato,
 Que la costumbre toda ley altera,
 Solo este fuera gato por ingrato.
 No te canses, la gata respondia
 Con ojos zurdos de Neron romano,
Marramaquiz tirano,
 Que siendo como es justa mi porfia,
 Ni he de temer tus daños,
 Ni me podrás vencer con tus engaños.
 ¿Qué obstinacion, qué furia
 Te obliga, *Zapaquilda*, á tanta injuria?
 Mira que la nobleza
 De tu zeloso amante,
 Siendo tan arrogante,
 A su misma cruel naturaleza
 Se rebela, teniéndote respeto,
 Añadiendo al ser noble el ser discreto.
 Este apóstrofe ha sido
 Justamente advertido
 A la gata cruel desamorada,

Por lo que á los retóricos agrada
 Que adornan la oracion con voces puras,
 Y sacan un retablo de figuras,
 Que cuanto á mí, jamas me atravesara
 Con gente de uñas y de mala cara.

Ya *Mizifuf* en casa de *Ferrato*
 Juntaba deudos, provocaba amigos,
 De su dolor testigos,
 Acusando el cruel bárbaro trato
 Del comun enemigo, que este nombre
 Como al turco le daba:
 Y porque mas de su maldad se asombre,
 El robo de su esposa exageraba,
 Que cada cual en su dolor y pena,
 Hasta una gata puede hacer Elena.
 Estando pues sentados en secreto
 En el zaquizamí de su posada,
 Dijo á la noble junta lastimada,
 Con triste voz, de su desdicha efeto:
 Aquel justo conceto,
 Que de vuestro valor tengo formado,
 Me escusa de retóricos ambages,
 Amigos y parientes,
 Si estuvisteis presentes

A la dura ocasion de mi cuidado
 De que tan tarde me avisaron pages:
 Que siempre llegan tarde los avisos
 A los que son para su bien remisos.
 ¿Con qué podré moverlos?
 ¿Con qué podré obligarlos?
 ¿O qué podré decirlos,
 Que pueda enterneceros,
 Que pueda provocaros,
 Si no son los suspiros,
 Medias voces del alma,
 Cuando con el dolor la lengua calma?
 Este, que aquí no esplico,
 Está diciendo el pálido semblante
 Lo que con muda lengua significo;
 Pues cuando mas le encumbre y adelante,
 Mas corto he de quedar, que los enojos
 Remiten la retórica á los ojos,
 Que la muda tristeza muchas veces
 El Demóstenes fue de la elocuencia,
 Y mas donde son sabios los jueces,
 Que escusan de captar benevolencia,
 Pues no pudiera Grecia en su Liceo
 Ver mas doctrina, que en vosotros veo.

Todos Platones sois, todos Catones:
 Mas podrá la razon que las razones.
 Yo viue provocado de la fama
 A ver de *Zapaquilda* la hermosura,
 Por alta mar, del hado conducido,
 Donde en sus ojos se encendió mi llama
 Fuego de Fenix, que á los siglos dura
 Opuestos á la muerte y al olvido.
 Si fui favorecido,
 Si agradeció mi amor y pensamiento,
 Bien lo dice el tratado casamiento,
 Pues que nos veis con la ocasion perdida,
 Ella sin libertad, y yo sin vida:
 Cortés la quise sin violencia alguna,
 Que nunca fue violenta la fortuna:
 Cuando pagó mi amor, yo no sabia,
 Como quien era gato forastero,
 Que este tirano á *Zapaquilda* amaba:
 Con esto la primera luz del dia,
 Y con ella su cándido lucero,
 En mis ojos brillaba
 Primero que en las flores
 A su ventana repitiendo amores.
 Allí tambien en su primera estrella

La noche me buscaba divertido,
 Adorando las tejas
 De sus balcones rejas,
 Y dulce elevación de mi sentido,
 Hasta que hablar con ella,
 Envidioso, traidor y fementido
 Me vió en su celosía,
 Donde probó mi amor su valentía.
 Resultó la prision; y es tan villano,
 Que ha engañado á *Mizilda*,
 Y dándola su fe, palabra y mano
 De que será su esposo,
 Siendo cumplirla el acto mas honroso:
 Cuando me vió casar con *Zapaquilda*
 En afrenta de todos los parientes
 Y aiaigos, que presentes
 Estuvieron atónitos al caso,
 Echando los mas graves por la tierra,
 Como estaban de boda y no de guerra,
 Padeciendo mi sol tan triste ocaso,
 Se la llevó con atrevido paso;
 Zeloso el corazon, la vista airada,
 Hiriendo á quien delante se le puso;
 Tanto que con *Garraf* de una guantada

Los botes y redomas descompuso
 De un boticario, que vivia enfrente;
 Y como de repente
 En un perol cayese desde un banco,
 Todo le revistió de unguento blanco:
 Vertió una melecina,
 Y paró medio muerto en la cocina.
 En ocasion tan dura,
 En ocasion tan triste,
 Que es mármol quien las lágrimas resiste...
 Mas quiero epitomar mi desventura:
 Mi esposa me han robado,
 Sin honra estoy: aquí si no fue mengua,
 Fue el silencio la voz, los ojos lengua;
 Porque la grave pena
 Cortando la razon, dejóle mudo.
 Enternecióse el inclito senado,
 Haciendo propia la desdicha agena,
 Luego que vió que proseguir no pudo;
 Y respondió *Panzudo*,
 Un gato venerable de persona,
 Aunque pelado de cabeza estaba,
 Cosa que á muchos buenos acontece,
 Si bien esto no fue lo que parece,

Cuando á un amante viene la pelona;
 Mas golpe que le dió cierta fregona,
 Que de un menudo, que lavar pensaba
 Cuando menos atenta le miraba,
 Asido del principio de una tripa,
 Que á la vista las manos anticipa,
 La fue desenvolviendo hasta el tejado,
 Como cordel de un cabo y otro atado,
 Del oyo de sebo el laberinto,
 Y cada cual de todos participa
 Deste dolor, como si propio fuera;
 Dijo con el semblante mesurado,
 En prudentes palabras desatado:
 Con justa causa *Mizifuf* espera
 Verse favorecido,
 Y vengado tambien del atrevido
 Que le robó su esposa,
 Fatal desdicha de muger hermosa;
 Y respondió *Tomillo*,
 Propia razon de gato mozalvillo,
 Por mí ya lo estuviera,
 Porque con estas uñas se la diera;
 Pero *Zurron*, que le miraba enfrente;
 Le dijo: Con un gato el mas valiente,

Que han visto los tejados de esta villa,
 Mejor es á la usanza de Castilla
 Escribirle un papel de desafio.
 No es ese el voto mio,
Garrullo replicó, ni que se intente
 Venganza de vitoria contingente:
 Que siempre ha estado en varias opiniones
 Si ha de haber desafio en las traiciones:
 Soy de voto que tome el agraviado
 Un arcabuz, y aguarde
 Al gato mas valiente ó mas cobarde:
 Castigo del que vive descuidado,
 Sin miedo del que agravia,
 Y propio efeto de la noche oscura.
 Si se pudiera ejecutar segura,
 Fuera venganza sabia,
 Dijo *Chapuz* valiente,
 Gato de buenas partes;
 Mas son tantas las artes
 Dese *Marramaquíz*, gato insolente,
 Que no dará ocasion que se ejecute,
 Por mucho que la noche el rostro enlute;
 Y de mí parecer mejor seria
 Querellarse del robo y castigalle

Por términos jurídicos, y dalle
 Muerte, que corresponda á la osadia.
 Dirán que es cobardía,
Trevejos replicó, ni esa querella
 Está bien al honor de una doncella,
 Que es poner su defensa en opiniones,
 Que se averigua mal con las razones
 Aquello que la causa pone en duda:
 Que no hay para mugeres lengua muda,
 Que ha dado el mundo en bárbaras querellas,
 No pudiendo excusar el nacer dellas.
 Pleitos aun no son buenos para gatos,
 Porque es gastar la vida y la paciencia:
 No hay que tratar de tratos, ni contratos,
 Ni andar en pruebas, ni esperar sentencias;
 Si aquesta injuria ha de quedar vengada,
 Remitase á la pólvora ó la espada.
 Bien dice, respondió *Raposo*, haciendo
 Debido acatamiento al gran senado,
Trevejos, y no es justo,
 Aunque se pruebe lo que estais diciendo,
 Y quede á vuestro gusto sentenciado,
 Que deis al pueblo gusto,
 Al teatro sacando neciamente

Un gato con capuz y caperuza;
 Y no menor locura que se intente,
 No siendo *Mizifuf* el moro Muza,
 Tratar de desafíos
 Con quien sabeis que tiene tantos brios.
 Perdóneme *Zurron*, *Chapuz* perdone;
 Y aunque la edad le abone,
 Me perdone *Panzudo*,
 Si de su parecer mi intento mudo,
 Que el mio es juntar gente
 Para tan grave empresa conveniente;
 Y formando escuadrones
 De caballos, y armada infantería
 De toda la parienta gatería,
 Hacer guerra al traidor, cercar la tierra,
 Y asestándole tiros y cañones,
 Batirle la muralla noche y dia,
 Hasta saber qué gente le socorre;
 Porque si el campo *Mizifuf* le corre,
 Y el sustento le quita,
 Y él que deje la plaza necesita,
 O en forma de batalla
 Asalta la muralla,
 Él se dará á partido,

O le castigareis siendo vencido.
 Sacad banderas pues, tóquense cajas,
 Haciendo las baquetas
 Los pergaminos rajas:
 Terciad las picas, disparad cometas,
 Que así cobró su esposa en Troya el Griego,
 Publicando la guerra á sangre y fuego.
 Calló *Raposo*, y luego del senado
 El voto conferido,
 En la guerra quedó determinado,
 Por ser de todos el mejor partido,
 Mas justo y mas honroso;
 Y dando *Mizifuf*, como era justo,
 Los brazos y las gracias á *Raposo*,
 Brotando humor adusto,
 A hacer la leva de la gente parte.
 Perdona, Amor, que aquí comienza Marte,
 Y sale Tesifonte
 A salpicar de fuego el horizonte:
 Suspende entre las armas los concetos,
 Pues das la causa, escucha los efetos.

SILVA SÉPTIMA.

Al arma toca el campo *Mizigriego*
 Contra *Marramaquiz*, gato troyano:
 Violento sube, aunque oprimido en vano,
 A la region elemental el fuego:
 Inquietan de los aires el sosiego,
 Con firme agarro de la uñosa mano,
 Banderas, que con una y otra lista,
 Trémulas se defienden á la vista;
 No permitiendo, pues no dejan verse,
 Que las colores puedan conocerse,
 Respondiéndose á coros
 Las cajas y los pifanos sonoros;
 Y al paso que se alternan,
 Siguiendo el son marcial los que gobiernan,
 Y luego los soldados,
 De acero y de ante y de valor armados,
 Agujas del cabello por espadas,

O le castigareis siendo vencido.
 Sacad banderas pues, tóquense cajas,
 Haciendo las baquetas
 Los pergaminos rajas:
 Terciad las picas, disparad cometas,
 Que así cobró su esposa en Troya el Griego,
 Publicando la guerra á sangre y fuego.
 Calló *Raposo*, y luego del senado
 El voto conferido,
 En la guerra quedó determinado,
 Por ser de todos el mejor partido,
 Mas justo y mas honroso;
 Y dando *Mizifuf*, como era justo,
 Los brazos y las gracias á *Raposo*,
 Brotando humor adusto,
 A hacer la leva de la gente parte.
 Perdona, Amor, que aquí comienza Marte,
 Y sale Tesifonte
 A salpicar de fuego el horizonte:
 Suspende entre las armas los concetos,
 Pues das la causa, escucha los efetos.

SILVA SÉPTIMA.

Al arma toca el campo *Mizigriego*
 Contra *Marramaquiz*, gato troyano:
 Violento sube, aunque oprimido en vano,
 A la region elemental el fuego:
 Inquietan de los aires el sosiego,
 Con firme agarro de la uñosa mano,
 Banderas, que con una y otra lista,
 Trémulas se defienden á la vista;
 No permitiendo, pues no dejan verse,
 Que las colores puedan conocerse,
 Respondiéndose á coros
 Las cajas y los pifanos sonoros;
 Y al paso que se alternan,
 Siguiendo el son marcial los que gobiernan,
 Y luego los soldados,
 De acero y de ante y de valor armados,
 Agujas del cabello por espadas,

Y solo descubriendo las celadas,
 Por delante mostachos,
 Y por detrás plumíferos penachos,
 Marchando con tal orden, que la planta,
 Donde el que va delante la levanta
 Estampa el que le sigue,
 Sin que el baston del capitan le obligue;
 Y al son de las trompetas resonantes
 Las picas á los hombros los infantes,
 En quien la variedad y los colores
 Formaban un jardin de varias flores,
 A la manera que el abril le pinta
 En cultivada quinta;
 Las picas de los bravos marquesotes
 De varas de medir, y de virotos,
 Y las de los plebeyos
 Baquetas de Babiecas y Apuleyos:
 Sin escuadras gallardas,
 Que llevaban en forma de alabardas
 Aquellos cucharones,
 Con que suelen sacar alcaparrones,
 Y con las palas, como medias lunas,
 Las sabrosas de Córdoba aceitunas,
 Córdoba donde nacen Andaluces

Góngoras y Lucanos;
 Y encendidas las cuerdas en las manos;
 No de Milan, dorados arcabuces
 Llevaba la lucida infantería;
 Mas de huesos de piernas de carnero,
 Que gatos de uno y otro pastelero
 Trujeron á porfia,
 (Que no fueron de gato de ventero,
 Sospechosos en tales ocasiones)
 Y de huesos de vaca los cañones,
 Para batir la torre.
 Con esto *Mizifuf* el campo corre,
 Y pone cerco al muro,
 Armado de un arnés cóncavo y duro
 De un galápago fuerte,
 Que sin salir de sí le halló la muerte:
 La cabeza adornada
 De un sombrero, la falda levantada,
 De un trencellin ceñido:
 El pasador y hebilla guarnecido
 Con pluma verde oscura,
 Señales de esperanza con tristeza,
 Aunque la justa causa le asegna.
 Con tanta gentileza

Al caballo arrimaba
 La estrella de la espuela,
 Y con la negra rienda le animaba
 A la obediencia del dorado freno
 De espuma y sangre lleno,
 Que sin tocar los céspedes volaba.
 Ni es nuevo el ver que vuela,
 Pues que pintan con alas al Pegaso,
 Volando por las cumbres del Parnaso,
 Que vemos en Orlando al hipogrifo,
 Monstruo compuesto de caballo y grifo.

Mas si dudare alguno de que hubiese
 Caballos tan pequeños,
 Pareciéndole sueños
 Y á la naturaleza le quisiese
 Quitar de milagrosa el atributo;
 Aunque sea sin fruto,
 La tácita objecion quedará llana
 Con irse de aquí á Tracia una mañana
 Que esté desocupado
 De los negocios de mayor cuidado,
 Y verá los Pigmeos
 Que en la region de Trogloditas feos
 Tambien los pone Plinio,

Que hizo destos monstruos escrutinio;
 Y en las lagunas del Egipcio Nilo
 Otros autores por el mismo estilo,
 Que escriben, que trayendo de Etiopia
 Donde hay bastante copia,
 Dos Pigmeos á Roma (gente grave),
 Se murieron de cólera en la nave.
 Homero les da patria al mediodia,
 Con su intérprete Eustacio:
 Mela de Arabia en el ardiente espacio,
 Que el sol Fenix mayores monstruos cria,
 Puesto que aunque confiesa tales nombres,
 Aristóteles niega que son hombres.
 Ni en su ciudad de Dios pasó en olvido
 El divino Africano los Pigmeos,
 Y Juvenal *Umbripides* los llama;
 Sin otros, que han negado y defendido
 Esta opinion, que divulgó la fama.
 Pero pues pintan monstruos semi-deos,
 Que por los montes van de rama en rama,
 Las poéticas trullas,
 Diciendo, que batallan con las grullas,
 No será mucho que haya semi-hombres.
 Estos con cierta patria y ciertos nombres,

En la misma region caballos tienen,
 De donde nuestros gatos se previenen:
 Que á hacer de solo un codo
 Hombres naturaleza,
 Como pintor, que muestra la destreza
 A un naípe todo un cuerpo reducido,
 Y los caballos no del propio modo,
 Mayor monstruosidad hubiera sido
 De su instrumento ilustre y poderoso:
 Que mal pudiera andar hombre muñeca,
 En el lomo espacioso
 De un gigante Babieca:
 Asi que la objeccion no es de provecho,
 Pues queda el argumento satisfecho:
 Demas de que el lector puede, si quiere,
 Creer lo que mejor le pareciere;
 Porque si se perdiere la mentira
 Se hallaria en poéticos papeles,
 Como se ve en Homero, describiendo
 A la casta Penelope que admira,
 Por los amantes necios y crueles,
 Tejiendo y destejiendo,
 Sin dejarla dormir de puro casta;
 Y lo contrario para ejemplo basta:

Haciendo deshonesta
 Virgilio á Dido Elisa por Eneas,
 Como le riñe Ansonio;
 Aunque logró tan falso testimonio,
 Menos las aguas que pasó Leteas,
 Donde escribió Merlin con cuales iras
 Castigan al poeta sus mentiras.

Mas vuelve, ¡ó Musa! tú, para que pueda
 Ayudarme el favor de tu Gimnasio:
 Que para lo que queda,
 Aunque parece poco
 Al señor Anastasio
 Pantaleon de la Parrilla invoco,
 Porque de su tabaco
 Me dé siquiera cuanto cubra un tacho.
Marramaquiz, aunque lo supo tarde,
 Habia ya hecho alarde
 De sus gatos amigos,
 Y halló que para tantos enemigos
 Era su gente poca,
 Mas como la defensa le provoca,
 Las armas al asalto prevenia,
 Supuesto que tenia
 Poco sustento para cerco largo;

Y cuidadoso de su nuevo cargo,
 Mas triste y desabrido,
 Que poeta afligido,
 Que ha parecido mal comedia suya,
 O bien la de su cómico enemigo,
 Andaba por la torre;
 Y viendo que su esposo la socorre,
Zapaquilda mas llena de aleluya,
 Mas alegre, contenta y mas quieta
 Que aquel mismo poeta,
 Si ha parecido mal, siendo él testigo,
 La del mayor amigo.
 Prevenido en efeto
 De toda defension y parapeto,
 Sacó sus gatos animoso al muro,
 Por todas las almenas y troneras
 Vestido de banderas,
 Que en alto y de diversos tornasoles
 Eran entre las nubes arreboles;
 Y coronado de diversos tiros
 Soldados de valor, y archimargiros,
 Opuestos á la furia del contrario,
 Como se mira altivo campanario
 De aldea donde hay viñas,

Para bajar despues á las campiñas,
 Cubierto por el tiempo de las ubas
 Del escuadron de tordos,
 Que en aquella sazón estan mas gordos,
 Cuando los labradores
 Limpian lagares y aperciben cubas;
 Asi la negra cúpula tenia
 De soldados, de tiros y atambores,
 No menos valerosa gatería.
 Quien viera el pie, que el escuadron ceñia,
 De *Mizifuf*, y el chapitel armado
 De uno y otro gatífero soldado,
 Dijera, que tal vista no fue vista
 De Dario, ni de Xerxes:
 Ni tanto perdigon haciendo asperges
 En ninguna conquista,
 Ni la vió Cipión, ni el rey Ordoño,
 Como en Cartago aquel, este en Logroño;
 Aunque entre la de Ostende,
 Pero sin *nobis domine* se entiende:
 Ver tanto gato negro, blanco y pardo
 En concurso gallardo,
 De dos colores y de mil remiendos,
 Dando juntos maullos estupendos.

¿A quién no diera gusto,
 Por triste que estuviera,
 Aunque perdido injustamente hubiera
 Un pleito, que es disgusto
 Despues de muchos pasos y dineros,
 Para leones fieros?
 Prevenidos en fin para el asalto,
 Mueyen á sobresalto
 Los ánimos valientes
 Las retumbantes cajas:
 Previenen uñas, y acicalan dientes,
 Calando juntas las celadas bajas,
 Que en las frentes bisoñas
 Mas eran de sarten, que de Borgoñas,
 Pero en silencio los clarines roncós,
 Que sonaban á modo de zampoñas,
 Puesto á la márgen de unos verdes troncos,
 Que no importa saber de lo que fueron,
 De pies en uno Mizifuf, bizarro,
 Cuando del sol el carro,
 Que Ethontes y Elegon amanecieron,
 Atras iba dejando el mediodía,
 Dijo á su belicosa infantería,
 Que atenta le escuchaba,

Que aunque era gato, Cicerón hablaba:
 « Generosos amigos,
 De mis afrentas y dolor testigos,
 La honra que los ánimos produce
 A tan ilustre empresa me conduce:
 Esta sola me anima:
 Quien no sabe que es honra, no la estima:
 Miente el que dijo, y miente el que lo estampa,
 Que *un bel fugir tutta la vita escampa*;
 Pues mejor viene agora,
 Que *un bel morir tutta la vita honora*.
 Es la virtud del hombre
 La que le inclina á los ilustres hechos:
 Digna es la fama de valientes pechos:
 Hoy habeis de ganar glorioso nombre:
 Ninguna fuerza, ni amenaza asombre
 El que teneis de gatos bien nacidos,
 Que estos viles alardes,
 (Porqué en siendo traidores, son cobardes)
 Ya estan medio vencidos
 Con solo haber llegado á sus oidos,
 Que yo soy quien os guia.
 A Anibal preguntó Cipion un dia,
 Que cual era del mundo el mas valiente:

Y él respondió feroz con torva frente:
 Alejandro el primero,
 El segundo fue Pirro, y yo el tercero:
 Si entonces yo viviera,
 Cuarto lugar me diera.
 Al arma, acometed, yo voy delante,
 Y el no tener escalas no os espante,
 Que no son necesarias las escalas,
 Si en vuestra ligereza tenéis alas.
 Dijo, y vibrando un fresno en la ñudosa
 Mano, al muro arremete,
 Y con él mata siete,
 Maís, Zurrón, Maufrido, Garrafosa,
 Hociquimocho, Zambo y Colituerto,
 Gatazo, que de roja piel cubierto
 Crió la mondonguifera Garrida,
 Aunque toda su vida
 Mas enseñado á manos y cuajares,
 Que á nobles ejercicios militares.
 Mas son tan eficaces las razones
 Formadas de los ínclitos varones,
 Como Aleíato escribe, cuando asido
 Llevaba de una cuerda de los labios
 El Anfitrióniades Alcides

Cuantos hombres prestaban los oídos
 A la elocuencia de los hombres sabios.
 Pero ya los agravios
 De *Mizifuf* la guerra comenzaban:
 Ya los gatos trepaban
 La torre por escalas de sus ñúas,
 Mas fuertes garavatos,
 Que los de tundidores y garduñas:
 Ya por la piedra entre la cal metidas,
 Sin estimar las vidas,
 Subían gatos y bajaban gatos,
 Los unos como bueyes agarrados,
 Que clavan en las cuestras las pesuñas:
 Los otros como bajan despeñados
 Fragmentos de edificio que derriban,
 Que de su mismo asiento se derrumba.
 A cual sirven de tumba
 Despues que del vital aliento privan,
 Las losas que le arrojan:
 A cual de vida y alma le despojan
 En medio del camino.
 No despide en oscuro remolio
 Mas balas tempestad de puro hielo,
 Que bajan plomos de la torre al suelo.

Allí murió *Galvan*, allí *Trevejos*,
 Que le acertó la muerte desde lejos,
 Dándole con un cántaro en los cascos,
 Y otros con ollas, búcaros y frascos.
 Así suelen correr por varias partes
 En casa que se quema los vecinos,
 Confusos sin saber adónde acudan:
 No valen los remedios, ni las artes,
 Arden las tablas, y los fuertes pinos
 De la tea interior el humor sudan:
 Los bienes muebles mudan:
 En medio de las llamas
 Estos llevan las arcas y las camas,
 Y aquellos con el agua los encuentran:
 Estos salen del fuego, aquellos entran:
 Crece la confusion, y mas si el viento
 Favorece al flamígero elemento.
 Mas como el alto Júpiter mirase
 Desde su Olimpo y estrellado asiento
 La batalla cruel de sangre llena,
 Temiendo que quedase
 En competencia tan feroz y airada
 La máquina terrestre desgatada:
 Justo remedio á tanto mal ordena,

Dioses, no es justo, dijo, que la espada
 Sangrienta de la guerra
 Se muestre aquí tan fiera y rigurosa
 Aunque es la misma de la Griega hermosa,
 Y que muertos los gatos, esta tierra
 Se coma de ratones,
 Porque se volverán tan arrogantes,
 Que ya, considerándose gigantes,
 No teniendo enemigos de quien huyan,
 Y el número infinito disminuyan,
 Serán nuevos Titanes,
 Y querrán habitar nuestros desvanes.
 Con esto luego envia,
 De oscuras nieblas una selva espesa,
 Y la batalla cesa,
 Revuelto en sombras de la noche el día;
 Y desde aquel con inmortal porfia
 Los unos y los otros prosiguieron,
 Aquellos en la ofensa,
 Y estos en la defensa;
 Pero durando el cerco, no tuvieron
 Remedio, ni sustento los cercados,
 Tanto, que á *Zapaquilda* desfigura
 La hambre la hermosura:

Vueltas las rosas nieve,
 Por onzas come, por adarnes bebe.
Marramaquiz, que ya morir la via,
 Con amante osadía,
 Pero sin que le viesen los soldados,
 Salió por un resquicio á los tejados
 De una tronera, que en la torre habia,
 Para coger algunos pajarillos.
 Iba con *el Malvillos*,
 Que á este solo fió su atrevimiento,
 Y por partir la caza y el sustento;
 Y estando, ¡ó dura suerte!
 Acechando á la punta de un alero
 Un tordo que cantaba,
 La inexorable muerte
 Flechando el arco fiero,
 Traidora le acechaba:
 ¿Qué prevenciones, qué armas, qué soldados
 Resistirán la fuerza de los hados?
 Un príncipe, que andaba
 Tirando á los vencejos
 (Nunca hubieran nacido,
 Ni el aire tales aves sostenido)
 Le dió un arcabuzazo desde lejos:

Cayó para las guerras y consejos,
 Cayó súbitamente
 El gato mas discreto y mas valiente,
 Quedando aquel feroz aspecto y bulto
 Entre las duras tejas insepulto;
 Pero muerto tambien, como era justo,
 A las manos de un César siempre agosto.

Llevó *Malvillos* pálido la nueva,
 Que de su fe y amor llorando en prueba
 Se mesaban las barbas á porfia,
 Como *Tudescos*, muerto el que los guia:
 Mas deseando verse satisfechos
 Del sustento forzoso,
 Rindieron las almenas y los pechos
 Al héroe sin vitoria vitorioso;
 Y *Mizifuf* con todos amoroso,
 Porque le prometieron vasallage,
 Hizo luego traer de su bagage,
 Con mano liberal, peces y queso.
 Alegre *Zapaquilda* del suceso,
 Mudó el pálido luto en rico trage:
 Dióle sus brazos, y á su padre amado,
 Y el viejo á ella en lágrimas bañado;
 Y para celebrar el casamiento

Llamaron un autor de los famosos,
 Que estando todos en debido asiento,
 En versos numerosos
 Con esta acción dispuso el argumento,
 Dejando alegre en el postrero acento
 Los ministriles, y de cuatro en cuatro
 Adornado de luces el teatro.

EPITAFIO

A la sepultura de MARRAMAQUIZ, gato famoso, en lengua
 culta, que es la que ellos entienden.

SONETO.

Este, si bien sarcófago, no duro
 Pórfido, aquel cadáver bravo observa,
 Por quien de mures tímida caterva
 Recondita cubrió terrestre muro:

La Parca, que ni al jóven, ni al maturo,
 Su destinado límite reserva,
 Ministrándole pólvora superba,
 Mentido rayo disparó seguro.

Ploren tu muerte Henares, Tajo, Tormes,
 Que el patrio Manzanares, que eternizas,
 Lágrimas mestas libará conformes:

Y no le faltarán á tus cenizas,
 Pues viven tantos gatos multiformes
 De lenguas largas y de manos mizas.

DE DOÑA TERESA VERECUNDIA

AL LIC. TOMÉ DE BURGUILLOS.

SONETO.

Con dulce voz y pluma diligente,
 Y no vestida de confusos caos,
 Cantais, Tomé, las bodas, los saraos
 De Zapaquilda y Mizifuf valiente.

Si á Homero coronó la ilustre frente
 Cantar las armas de las griegas naos,
 A vos de los insignes Marramaos
 Guerras de amor, por súbito accidente:

Bien merecis un gato de doblones,
 Aunque ni Lope celebreis, ó el Taso,
 Ricardos, ó Gofredos de Bullones;

Pues que por vos, segundo Gatilaso,
 Quedarán para siempre de ratones
 Libres las Bibliotecas del Parnaso.

SONETOS.

DE DOÑA TERESA VERECUNDIA

AL LIC. TOMÉ DE BURGUILLOS.

SONETO.

Con dulce voz y pluma diligente,
 Y no vestida de confusos caos,
 Cantais, Tomé, las bodas, los saraos
 De *Zapaquilda* y *Mixifuf* valiente.

Si á Homero coronó la ilustre frente
 Cantar las armas de las griegas naos,
 A vos de los insignes Marramaos
 Guerras de amor, por súbito accidente:

Bien merecis un gato de doblones,
 Aunque ni Lope celebreis, ó el Taso,
 Ricardos, ó Gofredos de Bullones;

Pues que por vos, segundo Gatilaso,
 Quedarán para siempre de ratones
 Libres las Bibliotecas del Parnaso.

SONETOS.

SONETOS.

SONETO I.

Desconfianza de sus versos.

Los que en sonoro verso y dulce rima
Haceis conceto de escuchar poeta
Versificante en forma de estafeta,
Que á toda dirección número imprima:

Oid de un caos la materia prima,
No culta como cifras de receta,
Que en lengua pura, fácil, limpia y neta
Yo invento, amor escribe, el tiempo lima.

Estas en fin reliquias de la llama
Dulce, que me abrasó, si de provecho
No fueren á la venta, ni á la fama;

Sea mi dicha tal, que á su despecho
Me traiga en el carton quien me desama,
Que basta por laurel su hermoso pecho.

SONETO II.

Propone lo que ha de cantar en fe de los méritos
del sugeto.

Celebró de Amarilis la hermosura
Virgilio en su Bucólica divina,
Propercio de su Cintia, y de Corina
Ovidio en oro, en rosa, en nieve pura:

Catulo de su Lesbia la escultura
A la inmortalidad pórvido inclina,
Petrarca por el mundo peregrina
Constituyó de Laura la figura.

Yo pues Amor me manda que presuma
De la humilde prision de tus cabellos
Poeta montañes, con ruda pluma;

Juana, celebraré tus ojos bellos,
Que vale mas de tu jabon la espuma,
Que todas ellas, y que todos ellos.

SONETO III.

Dedicatoria de la lira, con que piensa celebrar su
belleza.

A tí la lira, á tí de Delfo y Delo
Juana la voz, los versos y la fama,
Que mientras mas tu hielo me desama,
Mas arde amor en su inmortal desvelo:

Críome ardiente salamandra el cielo
Como sirena á tí, menos la escama,
Para ser mariposa no eres llama,
Fuerza será mariposar en hielo.

Mi amor es fuego elemental segundo,
De Scitia tu desden los hielos bebe,
Tal imposible á mi esperanza fundo,

Pues á decir que fuéramos se atreve
(Cuando no los hubiera en todo el mundo)
Yo amor, Juana desden, su pecho nieve.

SONETO IV.

Disculpa la humildad del estilo con la diversion
de alguna pena.

Versos de almibar y de miel rosada,
Amor me pide siempre que me topa,
Y dame acibar en la dulce copa
De un partido clavel, gloria penada.

Yo cantaré con lira destemplada,
O sirena bellissima de Europa,
Tu enfaldo ilustre, tu jabon, tu ropa,
Del patrio río en su cristal bañada.

Quien no me entiende, como yo me entiendo,
Sepa, dejando lo Aristarco aparte,
Que del profano vulgo me defiendo:

Bien fuera justo del flamenco Marte
Cantar las iras, pero yo pretendo
Templar tristezas, despreciando el arte.

SONETO V.

Cuenta el poeta la estimacion que se hace en este
tiempo de los laureles poéticos.

Llevóme Febo á su Parnaso un dia,
Y ví por el cristal de unos canceles
A Homero y á Virgilio con doseles
Leyendo filosófica poesía.

Ví luego la importuna infantería
De poetas fantásticos noveles,
Pidiendo por principios mas laureles
Que anima Dafnes, y que Apolo cria.

Pedíle yo tambien por estudiante,
Y díjome un bedel: Burguillos, quedo,
Que no sois digno de laurel triunfante:

¿Porqué? le dije. Y respondió sin miedo,
Porque los lleva todos un tratante
Para hacer escabeches en Laredo.

SONETO VI.

Pésale de ser poeta, y se le debe creer, habla con
el Parnaso.

Escelso monte, cuya verde cumbre
Pisó difícil poca planta humana,
Aunque fuera mejor que fuera llana
Para subir con menos pesadumbre;

Tú que del sol á la celeste lumbre
Derrites loco la guedeja cana,
Y por la yerba de color de rana
Deslizas tu risueña mansedumbre:

A tu fuente conducen mi persona
Poeta en pelo, mientras tengo silla,
Vanos deseos de inmortal corona;

Que para Don Quijote de Castilla
Desdichas me trujeron á Helicon
Pudiéndome quedar en la Membrilla.

SONETO VII.

No se atreve á pintar su dama muy hermosa por no
mentir, que es mucho para poeta.

Bien puedo yo pintar una hermosura,
Y de otras cinco retratar á Elena,
Pues á Filis tambien, siendo morena,
Angel, Lope llamó, de nieve pura:

Bien puedo yo fingir una escultura,
Que disculpe mi amor, y en dulce vena
Convertir á Filene en Filomena
Brillando claros en la sombra oscura.

Mas puede ser, que algun letor estrañe
Estas Musas de amor hiperboleas
Y viéndola despues se desengañe:

Pues si ha de hallar algunas partes feas, ^(R)
Juana, no quiera Dios, que á nadie engañe;
Basta que para mí tan linda seas.

SONETO VIII.

Alude á la saeta de Filipo, padre de Alejandro, que le sacó de los ojos Cristobolo excelente médico.

Púsose Amor en la nariz el dedo
Jurando por la vida de Acidalia,
Castigar mi rigor, aunque á Tesalia
Fuese por yerbas para algun enredo:

Y Juana por la puente de Toledo,
Mas en holanda que en tabí de Italia,
Pasó con cuatro puntos de sandalia,
Máteme amor, si medio punto escedo.

Del pie á mis ojos, de su pie despojos,
Tal flecha de oro entonces enerbola
Como la que á Filipo daba en ojos:

Pero halló el Macedon farmacopola,
Yo no, que con la flecha por los ojos
Remedio espero de la muerte sola.

SONETO IX.

Dice el mes en que se enamoró.

Érase el mes de mas hermosos dias,
Y por quien mas los campos entretienen,
Señora, cuando os ví, para que penen
Tantas necias de amor filaterías:

Imposibles esperan mis porfias,
Que como los favores se detienen,
Vos triunfareis cruel, pues á ser vienen
Las glorias vuestras, y las penas mias.

No salió malo este versillo octavo,
Ninguna de las Musas se alborote
Si antes del fin el sonetazo alabo.

Ya saco la sentencia del cogote,
Pero si como pienso, no le acabo,
Echaréle despues un estrambote.

SONETO X.

Describe un monte, sin que, ni para que.

Caen de un monte á un valle entre pizarras
 Guarnecidas de frágiles helechos
 A su márgen carámbanos deshechos,
 Que cercan olmos y silvestres parras:

Nadan en su cristal Ninfas bizarras
 Compitiendo con él cándidos pechos,
 Dulces naves de amor, en mas estrechos
 Que las que salen de españolas barras.

Tiene este monte por vasallo á un prado,
 Que para tantas flores le importuna
 Sangre las venas de su pecho helado.

Y en este monte y líquida laguna,
 Para decir verdad como hombre honrado,
 Jamas me sucedió cosa ninguna.

SONETO XI.

Túrbase el poeta de verse favorecido.

Dormido Manzanares discurría
 En blanda cama de menuda arena,
 Coronado de juncia y de verbena,
 Que entre las verdes alamedas cría:

Cuando la bella pastoreilla mía,
 Tan sirena de amor, como serena,
 Sentada y sola en la ribera amena,
 Tanto cuanto lavaba, nieve hacia.

Pedile yo que el cuello me lavase,
 Y ella sacando el rostro del cabello,
 Me dijo, que uno de otro me quitase:

Pero turbado de su rostro bello
 Al pedirme que el cuello le arrojase,
 Así del alma por asir del cuello.

SONETO XII.

Satisfacciones de zelos.

Si entré, si ví, si hablé, señora mía,
Ni tuve pensamiento de mudarme,
Máteme un necio á puro visitarme,
Y escuche malos versos todo un día:

Cuando de hacerlos tenga fantasía
Dispuesto el genio, para no faltarme,
Cerca de donde suelo retirarme
Un menestril se enseñe á chirimía.

Carquen los ojos que os estan mirando
Legiones de poéticos mochuelos,
De aquellos que murmuran imitando.

¡Oh si os mudasen de rigor los cielos!
Porque no puede ser (ó fue burlando)
Que quien no tiene amor, pidiese zelos.

SONETO XIII.

Lo que hiciera Páris, si viera á Juana.

Como si fuera cándida escultura
En lustroso marfil del Bonarrotta
A Páris pide Vénus en pelota
La debida manzana á su hermosura:

En perspectiva Palas su figura
Muestra por mas honesta, mas remota
Juno sus altos méritos acota
En parte de la selva mas oscura.

Pero el pastor á Vénus la manzana
De oro le rinde mas galan, que honesto,
Aunque saliera su esperanza vana.

Pues cuarta diosa en el discorde puesto
No solo á tí te diera, hermosa Juana,
Una manzana, pero todo un cesto.

SONETO XIV.

A la ira con que una noche le cerró la puerta.

¿Qué estrella saturnal, tirana hermosa,
Se opuso en vez de Venus á la luna?

¿Qué me respondes grave é importuna
Siendo con todos fácil y amorosa?

Cerrásteme la puerta rigurosa
Donde me viste sin piedad alguna,
Hasta que á Febo en su dorada cuna
Llamó la Aurora en la primera rosa.

¿Qué fuerza imaginó tu desatino,
Aunque fueras de vidrio de Venecia
Tan fácil delicado y cristalino?

O me tienes por loco, ó eres necia,
Que ni soberbio soy para Tarquino
Ni tú Romana para ser Lucrecia.

SONETO XV.

A un peine que no sabia el poeta si era de box, ó
de marfil.

Sulca del mar de amor las rubias ondas
Barco de Barcelona, y por los bellos
Lazos navega altivo aunque por ellos
Tal vez te muestres, y tal vez te escondas.

Ya no flechas amor, doradas ondas
Teje de sus espléndidos cabellos,
Tú con los dientes no le quites dellos,
Para que á tanta dicha correspondas.

Desenvuelve los rizos con decoro,
Los paralelos de mi sol desata,
Box, ó cólmillo de elefante moro,

Y en tanto que esparcidos los dilata,
Forma por la madeja sendas de oro
Antes que el tiempo los convierta en plata.

SONETO XVI.

Quéjase del poco respeto que Juana tiene á sus letras,
en que se ve la necesidad de los que aman.

Aquí de amor, que mata la dureza
De Juana, sin respeto de su grado,
Al mas impertinente licenciado,
Que en sus leyes formó naturaleza:

Lo de menos valor es la corteza
En cuantas cosas vemos que ha criado,
Y á tí al contrario el corazon te ha dado
De dura piedra en exterior belleza.

Pues no pueden mis quejas ablandarte
Bien mereceras, Juana rigurosa,
Suceder en el marmol de Anaxarte:

¿Pero en qué piedra, para ser mi losa,
Pudiera el dulce Ovidio trasformarte,
Si ya eres jaspe de azucena y rosa?

SONETO XVII.

Pregónase el poeta porque no se halla en sí mismo

Quien supiere, señores, de un pasante,
Que de Juana á esta parte anda perdido,
Duro de cama, y roto de vestido,
Que en lo demas es blando como un guar

De cejas mal poblado, y de elefante
De teta la nariz, de ojos dormido,
Despojado de boca, y mal ceñido,
Neron de sí, de su fortuna atlante.

La que del dicho Bártulo supiere
Por las señas estrínsecas que digo,
Vuélvase al dueño y el hallazgo espere.

¿Mas qué sirven las señas que prosigo,
Si no le quiere el dueño, ni él se quiere?
Tan bien está con él, tan mal consigo.

SONETO XVIII.

Prometieron favorecerle para cuando tuviese seso.

Señora mía, vos habeis querido
A cautela de amor entretenerme,
De suerte que ya estoy para perderme
Al mayor imposible reducido:

Para el tiempo que cobre mi sentido
Piadosa prometéis favorecerme,
Si fuistes vos quien pudo enloquecerme,
¿Dónde hallaré lo que he por vos perdido?

Vos sois la culpa, vos la causadora
Deste deliquio y amoroso esceso,
Tanto vuestra hermosura me enamora:

Pero si está mi seso, y mi suceso
En el que me quitáis, dulce señora
Dejad de ser hermosa, y tendré seso.

SONETO XIX.

Dice como se engendra amor, hablando como filósofo.

Espíritus sanguíneos vaporosos
Suben del corazon á la cabeza,
Y saliendo á los ojos su pureza
Pasan á los que miran amorosos.

El corazon opuesto los fogosos
Rayos sintiendo en la sutil belleza,
Como de agena son naturaleza,
Inquiétase en ardores congojosos.

Esos puros espíritus que envía
Tu corazon al mio, por estraños
Me inquietan como cosa que no es mía.

¡Mira Juana qué amor, mira qué engaños!
Pues hablo en natural filosofía
A quien me escucha jabonando paños.

SONETO XX.

Envidia á un sastre, que tomaba la medida de un
vestido á una dama.

Mas eres sol que sastre ¡extraño caso!
Jaime, pues solo el sol, dicen, que ha sido
Quien á la Aurora le cortó vestido
Con randas de oro en turquesado raso:

Tú le mides el pecho aunque de paso,
Y yo en mis versos mis desdichas mido
Cortando galas en papel perdido
A manera de sastre del Parnaso.

Este soneto, Jaime, cosa es clara,
Que si dijese aquí lastre ó arrastre,
El consonante dice en lo que para:

Mas si envidiar un sastre no es desastre
Cuando te acerques á su hermosa cara
Sé tú el poeta, y déjame ser sastre.

SONETO XXI.

Por las señas de este soneto consta que se hizo
por Navidad.

Juana, para sufrir tu armado brio,
Ya no hay defensa en Bártulo ni en Baldo,
Juana ¿qué olla te vertí? ¿qué caldo?
Que tratas como á perro el amor mio:

Juana, si tus estampas sigo al río
Cargas de piedras el honesto enfaldo;
Juana, antenoche te pedí aginaldo,
Y me llamaste licenciado frío.

Cruel naturaleza en nieve pura
La fábrica exterior del cuerpo informa
Alma tan criminal, áspera y dura.

¡Qué mal el cuerpo al alma se conforma
Pues fue de tan hermosa arquitectura!
La materia cristal, bronce la forma.

SONETO XXII.

A las fugas de Juana en viendo al poeta, con la fábula
de Dafne.

Como suele correr desnudo atleta
En la arena marcial al palio opuesto,
Con la imaginacion tocando el puesto,
Tal sigue á Dafne el fulgido planeta:

Quitósele al coturno la soleta
Y viéndose alcanzar, turbó el incesto,
Vuelto en laurel su hermoso cuerpo honesto,
Corona al capitan, premio al poeta.

Si corres como Dafne, y mis fortunas
Corren tambien á su esperanza vana
En seguirte anhelantes y importunas:

¿Cuándo serás laurel, dulce tirana,
Que no te quiero yo para aceitunas,
Sino para mi frente, hermosa Juana?

SONETO XXIII.

A Don Juan de Valdés, caballero de la órden de S. Esteban
de Florencia, excelente jurisconsulto.

Digna siempre será tu docta frente,
Alciato español, del verde engaste,
Venciste para mí, Don Juan, triunfaste,
Y mi fortuna lo contrario intente.

¡Qué claro, qué erudito, qué elocuente
Al senado católico informaste!
En cuya heroica magestad mostraste
Tus letras y elocuencia ilustremente.

Premio tendrás, que hables, ó que escribas,
Del senado real, cuando á sus puertas
El parabien de vencedor recibas:

Las leyes vivas siempre fueron ciertas;
¿Mas qué importan, Don Juan, las leyes vivas
En pleito donde estan las dichas muertas?

SONETO XXIV.

A la molestia de los pleitos.

Pleitos, á vuestros dioses procesales
Confieso humilde la ignorancia mia,
Cuando será de vuestro fin el día,
Que sois como las almas inmortales:

Hasta lo judicial perjudiciales,
Haceis de la esperanza notomía,
Que no vale razon contra porfia
Donde sufre la ley trampas legales.

¡O monte de papel y de invenciones!
Si pluma te hace y pluma te atropella,
¿Qué importan Dinós, Baldos y Jasones?

¡O justicia, ó verdad, ó vírgen bella!
¿Cómo entre tantas manos y opiniones,
Puedes llegar al tálamo doncella?

SONETO XXV.

A un avariento rico.

Aquí con gran placer de su heredero
Un avariento miserable yace,
Requiescat in bello, que no *in pace*,
Pues no supo gozar de su dinero:

Nunca pensó llegar al fin postrero
Punto fatal del que á la vida nace,
Mas ya las esperanzas satisface,
Que en largos años le negó primero.

O juventud lozana, desperdicia
La plata, el oro con la arena iguala,
Y en sus doblones pálidos te envicia.

Lascivo con tus damas te regala,
Véngate liberal de su avaricia,
Y mas que él lo guardó, consume y tala.

SONETO XXVI.

A un palillo que tenia una dama en la boca.

En un arco de perlas una flecha
Puso el amor con un coral por mira
(Si es que en los arcos por coral se mira)
Vista que fue de dos corales hecha:

Ninguna de morir me dió sospecha
Como esta de su boca dulce vira,
Entre cuantas de plumas como tira,
Que se me vino al corazon derecha.

Viendo que el hurto á tantos obligara,
Con lanza en ristre amor os ha guardado,
Juana, las perlas, porque nadie osara:

Yo las codicio y veo el arco armado,
¿Mas qué dicha mayor si yo quedara,
Flechas de amor, á vuestro palo atado?

SONETO XXVII.

Quedóle mas que decir, y prosigue en la misma materia.

Si palos dais con ese palo hermoso,
Ya no es afrenta dar de palos, Juana,
La ley del duelo bárbara inhumana
Ya es gloria militar, ya es acto hermoso:

Aquel toro de Europa fabuloso
Volviera tal garlocha en forma humana:
Si tal fuera el venablo de Diana,
¡Quién fuera entonces jabalí cerdoso!

Yo te ofrezco oraciones desde luego
Si me das por poeta entre los malos
Con ese palo, amor, palo de ciego.

En Tesalia los tuvo por regalos
El asno de oro que compuso el Griego,
Tu bestia soy, amor, dame de palos.

SONETO XXVIII.

Cortando la pluma, hablan los dos.

Pluma, las Musas de mi genio autoras
Versos me piden hoy, alto á escribillos.—
Yo solo escribiré, señor Burguillos,
Estas que me dictó rimas sonoras.—

¿A Góngora me acota á tales horas?
Arrojaré tijeras y cuchillos.—
Pues en queriendo hacer versos sencillos,
Arrímese dos Musas cantimploras.—

Dejemos la campaña, el monte, el valle,
Y alabemos señores.—No le entiendo.—
Morir quiere de hambre, escriba y calle.—

A mi ganso me vuelvo en prosiguiendo,
Que es desdicha despues de no premialle,
Nacer volando, y acabar mintiendo.

SONETO XXIX.

Juicio astronómico del día.

Tan vergonzosa Vénus, tan mirlada
Iris salió del sol, que parecia
Que zelosa de Dafne daba al día
Escrúpulos de luz anticipada:

Ni agua ardiente frances desentona
Vocal crepusculaba chirimía
Ni despertaba el alba á la poesía,
Ni el pájaro marcial su prenda amada.

Tan ronco un buho del gznate arranca
La arteria en voz con tal agüero en ella,
Que le quisiera dar con una tranca.

Dulce reinaba la amorosa estrella,
Yo finalmente amaneci sin blanca,
Debió de ser que me acosté sin ella.

SONETO XXX.

Ilpérbole á los pies de su dama, que este poeta debió
de nacer en sábadó.

Juanilla, por tus pies andan perdidos
Mas poetas que bancos, aunque hay tantos,
Que tus paños lavando entre unos cantos
Escureció su nieve á los tendidos:

Virgilio no los tiene tan medidos,
Las Musas hacen con la envidia espantos,
Que no hay picos de rosca en Todos-Santos
Como sus dedos blancos y bruñidos.

Andar en puntos nunca lo recelas,
Que no llegan á cuatro tus pies bellos,
Ni por calzar penado te desvelas:

Que es tanta la belleza que hay en ellos,
Que pueden ser zarcillos tus chinelas,
Con bigas de cristal pendientes dellos.

SONETO XXXI.

Envió una dama una bigotera de ámbar á un galan
que no la había menester.

Ocioso, Elena, fue vuestro presente
Para tanto marfil lustroso y liso,
Que los bigotes del galan Narciso
Sostenidos estan naturalmente:

Si vos le presumis barbiponiente,
Muy de mañana madrugó el aviso,
Y si á la cara haceis moldura y friso,
Lo mismo es en la barba que en la frente.

Donde concurren tantos desengaños
Incrédula debeis de ser, Elena,
¿Mas quién ha de creer tales engaños?

El ámbar y el careil no os causen pena,
Que á poderlos vivir de aquí á mil años
Os la podrá volver tal y tan buena.

SONETO XXXII.

Aun no dejó la pluma, y prosigue.

El galán de la linda bigotera,
 Que dicen que sin ella os enamora,
 No es como vos le imagináis agora,
 Pero como quisierades que fuera.

Platos suelen estar en espetera,
 Y espadas en recámara, señora,
 Y así la bigotera mistifora,
 Pues no se queda en tres á la primera.

Debe de ser que agora es jóven tierno,
 Pero si no mandad, si sois servida,
 Que la traiga de noche por invierno.

Para el frío será cosa escogida,
 Que bigotera en un lampiño eterno,
 Es poner parche donde no hay herida.

SONETO XXXIII.

A la muerte del marqués del Valle escribe de veras.

A la primera luz, que al viento mueve
 Trágico rui señor en la ribera,
 Jóven almendro erró la primavera,
 Y anticipado á florecer se atreve:

Pero trocando en átomos de nieve
 El blando soplo al céfiro, la fiera
 Mano del austro en turbulenta esfera,
 Las flores desmayó efimera breve.

Asi mozo infeliz, cuando le advierte
 El valle, el prado en flor anticipada,
 Desmaya ramas y pimpollos vierte:

Siendo de aquella fábrica dorada
 Tan breve el fin, que aun ignoró la muerte
 Si fue con la desdicha, ó con la espada.

SONETO XXXIV.

Los varios efectos de la lengua.

Por convidado un sátiro tenia
 Un hombre, á cuyo rostro estando atento
 Consideró que con un mismo aliento
 Calienta el frío, y la comida enfria:

A las fieras despues, guardaos, decia,
 De un animal que con diverso intento
 Trocando solamente el movimiento
 Varios efectos de una causa cria.

Tal es la lengua si aborrece ó ama,
 Que lo que ama alaba y engrandece,
 Y vituperá aquello que desama:

Julio, ¿á qué fiera Antandro se parece,
 Que porque no se envidia, no se infama,
 Y porque no se ve, no se aborrece?

SONETO XXXV.

A Don Garcia de Salcedo, coronel, caballero
 del serenísimo Infante cardenal.

Compusieron de vos Palas altiva,
 Y la madre de Amor en Delo y Paros
 Un timbre ilustre para ingenios claros
 De salce y roble, de laurel y oliva:

Dulce Apolo español, de cuya viva
 Llama conceptos producís tan raros,
 Que siguiendo la voz por escucharos
 Se detuviera Dafne fugitiva.

Ya no es ella laurel, que tanta suma
 Como se mira en vos la envidia asombra,
 De vuestro coronel Febo presume:

Ninguno como vos laurel se nombra,
 Pues tantos coronéis, honrad mi pluma,
 Que de tal coronel basta la sombra.

SONETO XXXVI.

A la muerte del rey de Suecia, escribe en seso.

El sucesor del Gótico arrogante,
Que fulminó dos veces Cárlos Quinto,
En blanco armado, aunque de sangre tinto
Del sacro imperio presumióse atlante:

Estaba el mundo en acto circunstante,
Si bien el voto universal distinto,
Cuando cayó de tanto laberinto
Con breve plomo el ínclito gigante.

Mesuróse el leon de España, el ave
Del imperio paró las sacras plumas,
Y el gran Melchisedech doró la llave.

Que suelen de olas infinitas sumas,
Pensando altivas contrastar la nave
Nacer montañas, y morir espumas.

SONETO XXXVII.

A la décima Musa Doña Bernarda Ferreyra de la Cerda,
señora portuguesa.

Cuando elegante de los dos idiomas,
Bernarda celestial, versos imprimas,
Con que los montes y árboles animas,
Las peñas mueves y las fieras domas:

Si lira en soledad, si bronce tomas
Del estruendo marcial heróicas rimas,
Rindan á tu laurel remotos climas
Oro, perlas, coral, palmas y aromas.

Pues ya con mas honor que al cisne en Tracia,
O Safo lusitana, á las difusas
Regiones tu valor la fama espacia:

Serás, pues tantas te dió el cielo infusas,
Con la escelencia de la cuarta gracia,
La décima del coro de las Musas.

SONETO XXXVIII.

De algunos prediadores naturales de Madrid, al
Doctor Francisco de Quintana.

Nacieron en Madrid el docto Herrera,
Velasco Eclesiastes, Marquez Cirilo,
Francisco Sanchez, que fecundo Nilo
Inunda el coro de la sacra esfera:

Montero luz en monte, primavera
Soria Basilio, y en florido estilo
Hortensio Fenix, que al eterno asilo
Huyó los ojos de la envidia fiera.

Entre estas luces coronada sale,
Quintana, de esplendor tu nueva aurora,
Porque si no los vence, los iguale:

Que ya tu ingenio que las cumbres dora,
Y por el sol mas encendido vale,
Honra la patria y la virtud decora.

SONETO XXXIX.

Desgarro de una panza un dia de toros, habla el rocin.

Yo Bragadoro Valenzuela en raza,
Diestro como galan de entrambas sillas
En la barbada naguas amarillas
Aciago un martes perfumé la plaza.

Del balcon al toril con linda traza
Daba por los toritos carrerillas,
Y andábame despues por las orillas
Como suelen los príncipes á caza.

Pero mi dueño la baqueta alzada
A un osco acometió con valentía
A pagar de mi panza desdichada.

Porque todos al tiempo que corria,
Dijeron que era nada, y fue cornada,
Mal haya el hombre que de cuernos fia.

SONETO XL.

Encarece su amor para obligar á su dama á que le premie.

Juana, mi amor me tiene en tal estado,
Que no os puedo mirar cuando no os veo,
Ni escribo, ni manduco, ni paseo,
Entre tanto que duermo sin cuidado;

Por no tener dineros no he comprado
; O amor cruel! ni manta ni manteo,
Tan vivo me derrienga mi deseo
En la concha de Venus amarrado.

De Garcilaso es este verso, Juana,
Todos hurtan, paciencia, yo os le ofrezco:
Mas volviendo á mi amor, dulce tirana,

Tanto en morir y en esperar merezco,
Que siento mas el verme sin sotana,
Que cuanto fiero mal por vos padezco.

SONETO XLI.

A una dama que salió revuelta una mañana.

Hermoso desaliño en quien se fia
Cuanto despues abrasa y enamora,
Cual suele amanecer turbada aurora
Para matar de sol al mediodia:

Soliman natural que desconfia
El resplandor con que los cielos dora,
Dejad la arquilla, no os toqueis, señora,
Tóquese la vejez de vuestra tia.

Mejor luce el jazmin, mejor la rosa
Por el revuelto pelo en la nevada
Coluna de marfil garganta hermosa.

Para la noche estais mejor tocada,
Que no anocheceis tan aliñosa,
Como hoy amanecéis desaliñada.

SONETO XLII.

A un zapato muy grande y desaseado de una dama.

¿Quién eres celemin? ¿quién eres fiera?
 ¿Qué pino te bastó de Guadarrama?
 ¿Qué huey que en Medellin pació la grama
 Te dió la suela en toda su ribera?

Eres, ramplon, de Polifemo cuera,
 Bolsa de arzon, alcoba, ó media cama,
 Aquí de los zapatos de mi dama,
 Que me suelen servir de bigotera.

¡O zapato cruel, cual será el anca
 De mula que tiró tal zapateta,
 Y aun me aseguran que el talon le manca!

Pues no te iguala bota de baqueta,
 Este verano voy á Salamanca,
 Y te pienso llevar para maleta.

SONETO XLIII.

A una dama que se llamaba Paz.

Bien pensará quien viere, Paz hermosa,
 Que he de jugar de guerra en el soneto,
 Que pide para vos cierto discreto
 Destos que saben solamente prosa:

Estad segura, Paz, de guerra ociosa,
 Qué yo no sé escribir por mamotreto,
 Solo de vos diré que en su conceto
 Sois Paz de muchas guerras vitoriosa:

No tanta paz, encareced retiros,
 Que os sigue juventud ociosa y loca,
 Y guerra os volverán con perseguiros.

La bella retirada á vos os toca,
 Que temo que vendreis á desluciros,
 Si siendo Paz andais de boca en boca.

SONETO XLIV.

A una dama que llamando á su puerta le dijo desde
la ventana, Dios le provea.

Señora, aunque soy pobre, no venia
A pedir os limosna, que buscaba
Un cierto licenciado que posaba
En estas casas, cuando Dios queria:

Estraña siempre fue la estrella mia,
Que aun pobre parecí desde la aldaba,
Pues ya que á la ventana os obligaba,
Trujistes desde allí la fantasía.

No porque culpa vuestro engaño sea,
Que á tal *Dios le provea* no replican
Mis hábitos, que son de ataracea.

No mis letras, mis penas significan:
¿Pero cómo quereis que me provea,
Si tales como vos se lo suplican?

SONETO XLV.

Madruga á escribir el poeta, y toma por achaque el
enfadarse del mundo para volverse á dormir.

Tomé la pluma, Fabio, al gallicinio,
Pasada la intempesta nocturnancia,
Y no para buscar pueblos en Francia,
Que no tengo historiografo desinio:

Y haciendo de las cosas escrutinio
Deste mundo visible mi ignorancia,
En todo hallé disgusto y repugnancia
Con tanto descompuesto latrocinio.

Intenté comenzar por desengaños,
Del mar de nuestra vida breve espuma,
Que á tantos necios consumió los años:

Pero al mirar la innumerable suma
De invenciones, de máquinas, de engaños,
Dejé los libros y arrojé la pluma.

SONETO XLVI.

Consuela á Tamayo de que todos le maldigan sin culpa.

Aquí del rey, señores: ¿por ventura
Fuí yo Caín de mi inocente hermano?
¿Maté yo al rey Don Sancho el Castellano,
O sin alma signé falsa escritura?

¿Púsome acaso en la tablilla el cura?
¿No soy hidalgo y montañes cristiano?
¿Por qué razon con maldecirme en vano,
No tengo vida, ni ocasión segura?

De oír decir á todos me desmayo,
Sin que haya lluvia, ó trueno resonante,
Que vaya á dar en casa de Tamayo:

Vuesamerced, rey mio, no se espante,
Ni tenga pena que le mate el rayo,
Que solo va á buscar su consonante.

SONETO XLVII.

A la muerte de una dama representanta única.

Yacen en este mármol la blandura,
La tierna voz, la enamorada ira,
Que vistió de verdades la mentira
En toda accion de personal figura;

La grave del coturno compostura,
Que ya de zelos, ya de amor suspira,
Y con donaire, que imitado admira,
Del toscó trage la inocencia pura.

Fingió toda figura de tal suerte,
Que muriéndose apenas fue creida
En los singultos de su trance fuerte:

Porque como también fingió en la vida,
Lo mismo imaginaron en la muerte,
Porque aun la muerte pareció fingida.

SONETO XLVIII.

A Don Francisco Lopez de Aguilar.

Entre las soledades, Don Francisco,
 Donde el último Nilo se derrama,
 Ni vive fiera en campo, ni ave en rama,
 Ni gitano pastor conduce aprisco:

Apenas nace al sol verde lentisco,
 Cuando es ceniza de su ardiente llama,
 Aquí llorando me llamó una dama
 Desde la punta de un escelso risco.

Enternecido yo, piedad humana;
 Mas si queréis que os cuente alguna cosa,
 Sabed que lo soñaba esta mañana,

Cuando el rocío del aurora hermosa
 En copa de cristal teñida en grana,
 Con brindis al jazmín bebió la rosa.

SONETO XLIX.

Prueba que amor quiere que le correspondan con el
 ejemplo de la misma dama.

A Themis consultó Vénus hermosa,
 Viendo que el niño Amor no se aumentaba,
 Y que con otro que esperando estaba
 Se aumentaría, respondió la diosa:

Parió Vénus á Anteros, y enfadosa
 También por lo bizarro grezizaba,
 Pues que correspondencia se llamaba,
 Y crecieron los dos edad dichosa.

Tus dientes fueron ya perlas de oriente,
 Filis, pero la edad ¡cruel sentencia!
 Los de la encía superior desmiente:

No hay verdadero amor, si hay diferencia,[®]
 Porque aun para comer, de diente á diente
 Es fuerza que ha de haber correspondencia.

SONETO L.

Al mismo sugeto de la dama que le dijo Dios le provea.

Vuesamerced se puso á la ventana,
Y luego conoció que era poeta,
Que la pobreza nunca fue secreta,
Sin duda se lo dijo mi sotana.

Si bien no á todos fiera é inhumana
Estrella sigue y saturnal cometa,
A muchos dió carroza, á mí carreta,
Para otros Vénus, para mí sultana.

Soy en pedir tan poco venturoso,
Que sea por la pluma ó por la espada,
Todos me dicen con rigor piadoso,

Dios le provea, y nunca me dan nada,
Tanto que ya parezco virtuoso,
Pues nunca la virtud se vió premiada.

SONETO LI.

A un perro que mordía á quien tomaba la mano
á su ama.

Paso, Amadis, que el reino del espanto
Tiene perro á la puerta, que no el cielo,
Porque las dos figuras de su velo
Si muerden con calor, no ladran tanto:

Dejad la mano, suspended el llanto,
Que mas parece envidia que buen celo,
De lo que no coméis menos desvelo,
O sois perro, Amadis, ó sois encanto.

Con ser melindre presumis de alano,
O en vuestra lana Júpiter se muda,
Que si es de zelos, no ladráis en vano.

Si á mi fuego poneis su nieve en duda,
Basta que tenga su desden la mano,
Que sois muy chico para ser de ayuda.

SONETO LII.

Desea afratelarse, y no le admiten.

Muérome por llamar Juanilla á Juana,
Que son de tierno amor afectos vivos,
Y la cruel con ojos fugitivos
Hace papel de yegua galiciana:

Pues, Juana, agora que eres flor temprana
Admite los requiebros primitivos,
Porque no vienen bien diminutivos
Despues que una persona se avellana.

Para advertir tu condicion estraña,
Mas de alguna Juanaza de la villa
Del engaño en que estás te desengaña.

Créeme, Juana, y llámate Juanilla,
Mira que la mejor parte de España
Pudiendo casta, se llamó Castilla.

SONETO LIII.

Rasgos y horrajos de la pluma.

Lazos de plata y de esmeralda rizos
Con la yerba y el agua forma un charco,
Haciéndole moldura y verde marco
Lirios morados, blancos y pajizos:

Donde tambien los ánades castizos
Pardos y azules con la pompa en arco,
Y palas de los pies parecen barco
En una selva, habitacion de erizos.

Hace en el agua el céfiro inquieto
Esponja de cristal la blanca espuma,
Como que está diciendo algun secreto;

En esta selva, en este charco en suma...
Pero por Dios que se acabó el soneto,
Perdona, Fabio, que probé la pluma.

SONETO LIV.

A imitación de aquel soneto, superbi colli.

Soberbias torres, altos edificios,
Que ya cubristes siete escelsos montes,
Y agora en descubiertos horizontes
Apenas de haber sido dais indicios:

Griegos liceos, célebres hospicios
De Plutarcos, Platones, Xenofontes,
Teatro que lidió rinocerontes,
Olimpiás, lustrós, baños, sacrificios:

¿Qué fuerzas deshicieron peregrinas
La mayor pompa de la gloria humana,
Imperios, triunfos, armas y doctrinas?

¡O gran consuelo á mi esperanza vana,
Que el tiempo que os volvió breves ruínas,
No es mucho que acabase mi sotana!

SONETO LV.

A Bartolomé Leonardo.

La nueva juventud gramaticanda
Llena de solecismos y quillotros,
Que del Parnaso mal impuestos potros,
Dice que Apolo en sus borrones anda:

Por escribir como la patria manda
(Elementos los unos de los otros)
De la suerte se burlan de nosotros,
Que suelen de un católico en Holanda.

Vos que los escribis limpios y tersos
En vuestra docta y cándida poesía,
De toda peregrina voz diversos,

Decid (si lo sabeis) ¿qué valentía
Puede tener leyendo agenos versos,
Copiar de noche y murmurar de día?

SONETO LVI.

Al saco de Mantua por el ejército del César, con el verso de la égloga nona de Virgilio: escribe en seso, porque habla con él.

Mantua va misera niniūm vicina Cremona.

O gran Virgilio, si sangrientas vieras
De tu primera cuna las pizarras,
Y el águila imperial con pico y garras
Morder murallas y romper banderas;

Con trompa, y no con lira interrumpieras
El ocio á sombra de hayas y de parras,
Y la pluma de cisne en las bizarras
Del intrépido Marte convirtieras.

Mejor, viendo que el César los soldados
Germánicos de nuevo galardona,
Hicieras versos de dolor bañados.

¡Ay del verde laurel de tu corona
Entre vestigios de ceniza helados!
¡Ay Mantua la vecina de Cremona!

SONETO LVII.

A Don Gabriel del Corral, en la traducción de los versos latinos de nuestro santísimo padre Urbano VIII, escribe de veras.

Yace á la sombra que la gran montaña
Las dos Castillas, árbitro de hielo,
Divide altiva en el Hesperio suelo,
Florido un valle que Pisuerga baña:

Aquí á tu aurora espíritu acompaña,
Gabriel, tan vivo, que mudando cielo
Pudo tu pluma con inmenso vuelo
Del sol de Italia ser Faeton de España.

Si el carro de oro no conduces solo,
No te aguarde el Eridano Occidente,
Por su eclíptica vas de polo á polo:

Sigue sus paralelos felizmente,
Sol castellano del latino Apolo,
Que á su lado tendrás eterno Oriente.

SONETO LVIII.

A la braveza de un toro que rompió la guardia tedesca.

Sirvan de ramo á sufridora frente
Las aspas de la tuya, osquillo fiero,
No á sepan-cuantos de civil tintero,
Ni en pretina escolástica pendiente:

Jamas humano pie la planta asiente
Sobre la piel del arrugado cuero,
Antes al mayo que vendrá primero,
Corra dos toros el planeta ardiente.

Tú solo al vulgo mísero vengaste
De tanto palo, y con tu media esfera
La tedesca nacion atropellaste;

Pues desgarrando tanta calza y cuera,
Tantas con el temor calzas dejaste
Tan amarillas dentro como fuera.

SONETO LIX.

Al mismo suceso.

Trece son los Tudescos, que el osquillo
Hirió en la fiesta, aunque en conciencia jura,
Que no lo hizo á drede, y me asegura,
Que él iba á sus negocios al sotillo:

Mas descortes el socarron torillo:
Sin hacer al balcon de oro mesura,
Desbarató la firme arquitectura
Del muro colorado y amarillo.

Y como el polvo entre las nubes pardas
No le dejaba ejecutar sus tretas,
Por tantas partes se metió en las guardas,

Que muchos que mostraron las secretas,
En vez de las rompidas alabardas
Llevaban en las manos las braguetas.

SONETO LX.

A un secreto muy secreto.

¡O qué secreto, damas, ó galanes,
 Qué secreto de amor, ó qué secreto!
 ¡Qué ilustre idea, qué sutil conceto!
 Por Dios que es hoja de me fecit Joanes:

Hoy cesan los melindres y ademanes,
 Todo interes, todo zeloso efeto,
 De hoy mas amor será firme y perfeto,
 Sin ver jardines, ni escalar desvanes.

No es esto filosófica fatiga,
 Trasmutación sutil, ó alquimia vana,
 Sinó esencia real, que al tacto obliga.

Va de secreto; pero cosa es llana,
 Que quiere el buen letor que se le diga,
 Pues váyase con Dios hasta mañana.

SONETO LXI.

A un licenciado que le dijo por favor que deseaba
 predicar á sus honras.

Peniso amigo, codiciar mi muerte,
 Y ofrecer que á mis honras funerales
 Harás una oracion como otras tales,
 De que tu ingenio, accion y voz me advierte:

Es amistad que yo quisiera hacerte,
 Todos para morir somos iguales,
 Que por la condicion de ser mortales,
 Tambien te puede á tí tocar la suerte.

No tomo la palabra, aunque me arguyas
 De ingrato á los favores que me hacias,
 Que cuando eternidades constituyas,

Mejor es que yo escriba en tales dias
 Sonetos tristes á las honras tuyas,
 Que no que tú prediques á las mias.

SONETO LXII.

Perdonaron á un regidor sentenciado á degollar, y la guardia por las albricias empeñaba la mula.

Era la mula de un doctor hallada
En un zaguan, y perdonando el credo
Su magestad al degollado, en miedo
Quedó por las albricias empeñada:

Corrió el doctor con alma degollada,
Y dijo al Tasticot: soldados quedo,
Que la crió un canónigo en Toledo
A paja en flor y almíbar de cebada.

Si mientras que yo curo se la llevan,
¿Qué delito á mi mula se acumula?
Pero pues todos la sentencia aprueban,

Sea tambien para la mula nula,
Porque como otros la cuartada prueban,
Probaré la mulada de mi mula.

SONETO LXIII.

A una dama cómica vencida de otra.

Reliquias ya de navegante flota,
Entre los pies de un empinado risco,
Burla del mar, colmena de marisco,
Dorada tablazon descansa rota:

Sin estayes, sin brújula y escota,
Picada de un pequeño basilisco,
La que fue de las nubes obelisco
Perdió del rumbo la feliz derrota.

En este pues desecho anfiteatro,
Que entre las siete maravillas nombro,
Triste voz repitió por partes cuatro:

Yo soy aquella cómica de asombro,
Reina de las acciones del teatro,
Que hoy beso el pie de quien pisaba el hombro.

SONETO LXIV.

A una dama que salió á un balcon cortándose las uñas.

Retira del balcon la gallardía,
Hermosa madre del rapaz Cupido,
Que parece portento haber salido
El sol con uñas, y tan claro el dia:

Lo superfluo del nácar que crecía
Sobre la nieve del marfil bruñido,
Daba temor al corazon que herido
A tan hermosas manos se rendía:

Venid amantes, pretended, que cuando
La espada está sin filos, asegura
Que el duro golpe no será cortando.

Mas qué importa, Leonor, si tu hermosura
Tiene en los ojos uñas, que mirando
Desuellan almas con mayor blandura.

SONETO LXV.

Dijole una dama que le enviase su retrato.

Si habeis visto al Sofi sin caperuza
En dorado cuartel de boticario,
O á Barbaroja el inclito cosario,
Y en nariz de sayon tez de gamuza:

Si habeis visto á Merlín, si al moro Muza,
O á Juan Frances vendiendo letuario,
Si el rostro de un corito cuartanario
Que quiso ser lechon y fue lechuza:

Ese soy yo, que á la virtud atento
Solo concedo á su victoria palma,
Que todo lo demas remito al viento.

Pero supuesto que el argen me calma,
Tengo con ropa limpia el nacimiento,
La cara en griego, y en romance el alma.

SONETO LXVI.

Quejósele una dama de un bofetón que le había dado
su galán.

Para que no compreis artificiales
Rosas, señora Filis, Fabio os puso
Las naturales, si el color infuso
Las puede conservar por naturales.

Ya que no os da regalos, da señales
De que os los ha de dar, galán al uso,
Puesto que en la venganza estoy confuso,
Viendo perlas en vos sobre corales.

Herir al sol en medio de su esfera,
¡Cruel temeridad! matad á Fabio:
¡Mas ay! que vuestros brazos Fabio espera.

Y si amistades son el desagravio,
Tantos zelos me dais, que mas quisiera
Vengar las amistades que el agravio.

SONETO LXVII.

Describe un lindo de este tiempo.

Galan Sanson teneis, señora Arminda,
Toda la fuerza tiene en las guedejas,
Bravas salieron hoy las dos madejas,
Llore Anaxarte, Dafne se le rinda:

¿Qué manutisa, qué clavel, qué guinda
En púrpura con él corrió parejas?
Y mas con los bigotes á las cejas,
Que en buena fe, que no sois vos tan linda.

¿Qué bravo, qué galán, qué airoso viene?
Pero ya vuestro amor en los luceros
De la risa dormida se previene:

Mas es forzoso lástima teneros,
Porque sabed que tanto amor se tiene,
Que no le ha de sobrar para quereros.

SONETO LXVIII.

Desea el poeta que le piquen abispas.

Pensando que era flor una mañana
De abril, meliflua abeja argumentosa
Hizo mayor junto al jazmín la rosa
De la megilla de la hermosa Juana :

Bajó al dolor, para sí sola humana,
Lágrima de sus ojos amorosa,
Bebió la herida aljófara, y zelosa
En punta de zafir trocó la grana.

Juana, el cruel rigor de tus hazañas
De tan pequeño mal tu pecho arguya,
Pues tus ojos por él en perlas bañas :

Y si ha de ser la medicina suya,
Piquenme abispas, áspides y arañas,
Por una de cristal lágrima tuya.

SONETO LXIX.

A la muerte de Soto el de las grandes fuerzas.

Aquel Hércules nuevo castellano,
Que atrás dejaba el vuelo del ginete,
El que barajas quebrantaba siete,
Que no se cuenta del feroz Tebano :

El que delante del monarca hispano
Fuerza no halló que el brazo le sujete,
El que molía trigo en un bufete
Con la robusta palma de la mano :

Soto que á los Titanes aventaja,
Y que luchara con Milon membrudo,
El que los altos árboles desgaja,

Con la muerte corrió una vez desnudo, [®]
Y dándole una echada de ventaja,
Cuando se quiso levantar, no pudo.

SONETO LXX.

Élogo sin imitación de Teócrito, Pomponio, Nemesiano,
Bocacio, ni Calurnio.

Al pie del jaspe de un feroz peñasco,
Pelado por la fuerza del estío,
Dosel de un verde campo, tan sombrío
Que contra Febo le sirvió de casco:

Damon con su rabel, y al lado el frasco,
Para cantar mejor en desafío,
Y Tirsi, claro honor de nuestro río
Con un violín de cedro de damasco.

Juez Eliso, que de un verde pobo
A falta de laurel premio tejía,
Céfiro hizo de los ecos robo;

Mas cuando Tirsi comenzar quería,
Ladró Melampo, y dijo Antandro, al lobo;
Y el canto se quedó para otro día.

SONETO LXXI.

Alaba el poeta lo mas esencial de la hermosura, sin ser
parte de la armonía de las facciones.

Aura suave y mansa, que respiras
En el clavel de Juana, y las lucientes
Hebras de sus megillas transparentes
Con blando soplo esparraces y retiras:

¿Porqué á la rosa y al jazmín aspiras
Desde el coro de perlas de sus dientes,
Pudiendo reparar mis accidentes,
Cuando en su dulce anhelito suspiras?

El humor de sus labios purpurantes,
Para criar aromas bebe Apolo,
Del alba ministrado en los diamantes:

Porque respira tan fragante Eolo,
Que ganara un millon tratando en guantes,
Pues fueran de ámbar con el soplo solo.

SONETO LXXII.

Que en este tiempo muchos saben griego sin haberlo
estudiado.

A DON FRANCISCO LOPEZ DE AGUILAR.

Das en decir, Francisco, y yo lo niego,
Que nadie sabe griego en toda España,
Pues cuantos Helicon poetas baña
Todos escriben en España en griego:

Para entender al Venusino ciego,
Querrás decir, por imposible hazaña;
Si á las lenguas la ciencia no acompaña,
Lo mismo es saber griego que gallego.

Cierto poeta de mayor esfera,
Cuyo discipulado dificulto,
De los libros de Italia fama espera:

Mas porque no conozcan por insulto
Los hurtos de Estillani y del Chiabrera
Escribe en griego, disfrazado en culto.

SONETO LXXIII.

Enfádase con las Musas porque intentaban escribir
un poema.

Señoras Musas, pues que siempre mienten,
Aunque de Memnosina hermosas hijas;
Sepan que se han quebrado las clavijas,
Ya no hay que euterpizar, chanzas inventen.

De las horas perdidas se lamenten,
Que al sol de la opinion miraron fijas,
Desgreñen del cabello las sortijas,
Y de moños donados se contenten.

Miren que llevo errada la derrota,
Por ser á la grandeza lisonjeras,
Pues donde espero siete me dan sota.

Dejemos metafisicas quimeras,
Vuevas mercedes garlen en chacota,
Que no está el mundo para hablar de veras.

SONETO LXXIV.

Da la razon el poeta, de que la boca de Juana fuese rosa.

Tiraba rosas el Amor un día
Desde una peña á un líquido arroyuelo,
Que de un espino trasladó á su velo
En la sazón que abril las producía:

Las rosas mansamente conducía
De risco en risco el agua al verde suelo,
Cuando Juana llegó, y al puro hielo
Puso los labios de la fuente fría.

Las rosas entre perlas y cristales
Pegáronse á los labios tan hermosas,
Que afrentaban claveles y corales.

¿O pinturas del cielo milagrosas!
¿Quién vió jamás transformaciones tales,
Beber cristales y volverse rosas?

SONETO LXXV.

Cánsase el poeta de la dilacion de su esperanza.

Tanto mañana, y nunca ser mañana,
Amor se ha vuelto cuervo, ó se me antoja:
¿En qué region el sol su carro aloja,
Desta imposible aurora tramontana?

Sígueme inútil la esperanza vana,
Como ave zorrera, ó mula coja,
Porque no me tratara Barbaroja
De la manera que me tratas, Juana.

Juntos amor y yo buscando vamos
Esta mañana: ¡ó dulces desvaríos!
Siempre mañana, y nunca mañanamos:

Pues si vencer no puedo tus desvíos,
Sáquente cuervos destos verdes ramos
Los ojos; pero no, que son los míos.

SONETO LXXVI.

Lo que han de hacer los ingenios grandes cuando
los murmuran.

Un lebrél irlandés de hermoso talle,
Bayo entre negro de la frente al anca,
Labrada en bronce y ante la carlanca,
Pasaba por la márgen de una calle:

Salió confuso ejército á ladralle,
Chusma de gozques, negra, roja y blanca,
Como de aldea furibunda arranca
Para seguir al lobo en monte ó valle.

Y como escriben que la diosa trina,
Globo de plata en el celeste raso,
Los perros de los montes desatina;

Este hidalgo lebrél sin hacer caso
Alzó la pierna, remojó la esquina,
Y por medio se fue su paso á paso.

SONETO LXXVII.

Que al amor verdadero no le olvidan el tiempo ni la
muerte: escribe en seso.

Resuelta en polvo ya, mas siempre hermosa,
Sin dejarme vivir, vive serena
Aquella luz, que fue mi gloria y pena,
Y me hace guerra, cuando en paz reposa:

Tan vivo está el jazmín, la pura rosa,
Que blandamente ardiendo en azucena,
Me abrasa el alma de memorias llena,
Ceniza de su fenix amorosa.

¡O memoria cruel de mis enojos!
¿Qué honor te puede dar mi sentimiento,
En polvo convertidos sus despojos?

Permíteme callar solo un momento,
Que ya no tienen lágrimas mis ojos,
Ni concetos de amor mi pensamiento.

SONETO LXXVIII.

Al baño de dos Ninfas Aloques.

Una morena y otra blanca dama,
Siendo por sus riberas y malezas
Manzanares la tabla destas piezas,
De su breve cristal hicieron cama:

La escultura en las dos era de fama,
Compitiendo colores y bellezas,
Si bien de dos iguales gentilezas
Mas la blancura se apetece y ama.

En esta clara y fácil competencia,
Un galan que pasaba por la orilla,
Dijo por sosegar la diferencia:

Buenas entrambas son á maravilla,
La una de jazmines de Valencia,
La otra de polvillos de Sevilla.

SONETO LXXIX.

Encarece el poeta el amor conyugal de este tiempo.

Fugitiva Euridice entre la amena
Yerba de un valle por la nieve herida
Del blanco pie de un aspid escondida,
Pisándola clavel cayó azucena:

Lloróla Orfeo, y á la eterna pena
Bajó animoso, y con la voz teñida
En lágrimas, pidió su media vida,
Así la lira dulcemente suena.

La gracia entonces con tremendo labio
Pluton concede al conyugal deseo.
Del marido mas músico que sabio:

En fin sacó su esposa del Leteo;
Pero en aqueste tiempo, hermano Fabio,
¿Quién te parece á tí que fuera Orfeo?

SONETO LXXX.

De la buena cosecha de poetas, conforme al pronóstico
de los almanaques.

A BALTASAR ELISIO DE MEDINILLA.

Si de poetas la abundancia apruebas,
Elisio, en nuestro hispánico distrito,
A los panes y peces te remito,
Si no sabes el número que llevas.

Año de brevas y de malas nuevas
Nunca le veas, tiene el vulgo escrito,
Mas cierto matritense manuscrito
Dice poetas, donde dijo brevas:

¿Piensas que alguno, en tantos, la campaña
Podrá cantar de Marte en las agencias,
Con las banderas de la invicta España,

Las naves contra Holanda de armas llenas?
Pero de tal accion te desengaña
Sobrar poetas, y faltar Mecenas.

SONETO LXXXI.

Quejase á Vénus el poeta con un poco de mas seso que
suele.

Luciente estrella, con quien nace el día,
Que el oscuro crepúsculo interpreta,
Alma Vénus gentil, luz que sujeta
Cuanto mortal naturaleza cria:

Dulce dispara á la enemiga mia
Flecha sutil en forma de cometa,
Asi de trino estés con el planeta,
Que parece Español en la osadía.

Si sales á la tarde en el safiro,
Purpúreo ya, si al alba en oro y grana,
Siempre me ves en un mortal suspiro:

¡O dulce hasta del cielo envidia humana![®]
Pues siempre al lado de tu sol te miro,
Tú á mi jamas al de mi hermosa Juana.

SONETO LXXXII.

Dándole á una dama un anillo que se le había caído.

Este que en el jardín de vuestra cara,
Céfiro artificial templó la rosa,
Rosa donde yo fuera mariposa,
Si Vénus licenciados trasformara:

Este padre del aire, en cuya clara
Region, tanta cometa luminosa
Sale encendida de la luz hermosa,
Que de esos ojos el amor dispara;

Pongo en mi frente, y doy á vuestra pura
Nieve con el debido acatamiento,
Con que podeis, señora, estar segura,

Que no os podrá faltar este elemento,
Ni faltara jamás vuestra hermosura,
Si fuera el tiempo, como soy el viento.

SONETO LXXXIII.

Juntábanse en una casa á murmurar de los que sabían,
ciertos hombres que no sabían.

Cubre banda de pájaros difusa
Torre de iglesia, ó chapitel de quinta,
De negra baña las pizarras tinta
Máquina chilladora circunfusa;

Pero al primer rumor de voz intrusa,
Cuando más el pirámide se pinta,
Partiendo el aire de volante cinta,
Con descompuesto error huye confusa.

Así cubren, Leonel, los detractores
Tu casa en rudo son, y los espanta
La voz de los canoros ruiseñores:

Chillen en tanto, pues, que los levanta
El rumor de las aguas y las flores,
Para aplaudir que Filomena canta.

SONETO LXXXIV.

Que no hay remedio contra malos vecinos.

Trujo un galan de noche una ballesta
Al sitio en que á una dama requebraba,
Con que de su ventana retiraba
Una vecina, en escuchar molesta:

Entonces ella una caldera puesta
En la cabeza, volvió á ver si hablaba;
Tiraba el caballero, y resonaba
En el herido cobre la respuesta.

En carros, dijo el Momo peregrino,
Que las casas debieran fabricarse,
O como son portátiles al Chino:

Que á quien le conviniere recatarse
De lengua y ojos de un traidor vecino,
No tiene mas remedio que mudarse.

SONETO LXXXV.

Desdenes de Juana, y quejas del poeta.

Si digo á Juana, cuanto hermosa fiera,
Lo que la quiero, ingrata corresponde;
Si digo que es mi vida, me responde,
Que se muriera, porque no lo fuera:

Si la busco del soto en la ribera,
Entre los verdes álamos se esconde,
Si va á la plaza y la pregunto: á dónde?
Con la cesta me rompe la mollera.

Si digo que es la hermosa Policena,
Dice que miento, porque no es Troyana,
Ni Griega, si la ignalo con Elena:

Eres Hircana tigre, hermosa Juana:
¡Mas ay! que aun para tigre no era buena,
Pues siendo de Madrid, no fuera Hircana.

SONETO LXXXVI.

Al nacimiento del príncipe nuestro señor.

Sin pagar nueve meses de posada
Salis á España, hermoso niño Austrida;
Y con tener la bolsa proveida,
Segun afirma una comadre honrada:

Mas no quieren que della gasteis nada,
Sino que la tengais tan recogida,
Que dándoos Dios dichosa y larga vida,
Casado la goceis bien empleada:

Indias y amores os ofrece España,
Y yo os ofrezco á falta de tesoros
Un caballito, regüero y caña,

Con que podais despues, no digo toros,
Que siendo Carlos, es su propia hazaña,
Correr los gallos, y matar los moros.

SONETO LXXXVII.

Al corto premio de un amigo suyo que le merecia.

Pobre y desnuda vas filosofia,
Dijo el Petrarca; luego siempre ha sido,
Fabio, la ciencia en miserable olvido
Desprecio de la humana monarquía:

Llorad la vuestra, que la inútil mia
Ni aun el nombre merece que ha tenido;
Olio, tiempo y estudio habeis perdido,
Tales efectos la esperanza cria.

Dicen, cuando en los males no hay mudanza,
Que la paciencia es premio de la ciencia:
¿Qué hará, quién por ser premio, no la alcanza?

¡Aforismo cruel! ; cruel sentencia!
Recipe para estúpica esperanza
Ayudas de silencio y de paciencia.

SONETO LXXXVIII.

A una virtuosa, pobre y hermosa, que no quería
ser rica.

Sale á la aurora en verde error la rosa,
Y en espinoso manto aumenta el brio,
Bebe la flor de lis luz y rocío
En las hojas de espada mas hermosa:
No pierde en la confusa zarza hojosa
La cándida mosqueta el señorío,
Ni por el sol del abrasado estío
La dormidera está menos pomposa.

Tus rotas galas no te causen miedos,
Puesto que hermosa y pobre al mundo espantes,
Que tu virtud no ha menester enredos:

Porque eres, Flora, tú como los guantes,
Que cortados con arte por los dedos,
Por lo rompido muestran los diamantes.

SONETO LXXXIX.

A una señora manteniendo un torneo con otras damas.

La que venció desnuda, agora armada
Vénus gentil, bordado el tonelete
De corazones de oro, y el copete
Preso del pabellon de la celada;

Cupido por padrino de la entrada
A Juno y Palas mantener promete,
Que el premio de hermosura le compete
A tres del freno, y cinco de la espada.

Palas sin mas respuestas ni preguntas
Con paso airoso la palestra á dentro
Se opuso armada de aceradas puntas:

Retumban cajas de su esfera al centro,
Tercian las lanzas, y las rompen juntas:
¡Quién fuera valla de tan dulce encuentro!

SONETO XC.

A una dama roma y fria.

Contaba, Clori, ayer un estudiante,
Que Hércules os hizo la mamona,
De cuya hazaña el bárbaro blasona,
Como si fuera trompa de elefante:

Que de veros tan frígida me espante,
No me puede negar vuestra persona;
Pero no diré yo que fuistes mona,
Por mas que me lo pida el consonante.

Ninguno con razon en vos se emplea,
Calva sois de nariz, y así no toma
Nadie vuestra ocasion por mas que os vea.

Nacistes cuervo, y presumis paloma,
Muchas faltas teneis para ser fea,
Pocas gracias teneis para ser Roma.

SONETO XCI.

Dijole una dama ¿que para qué escribía disparates?

La locura del mundo me defiende,
(Que del estudio la virtud estraga)
Que la objecion, Lucinda, satisfaga,
Culto me vuelva y el estilo enmiende:

Si escribo veras, nadie las entiende;
Si burlas, vos decís que no las haga;
Si alabanzas, ninguno me las paga:
¿Pues que tengo de hacer, si todo ofende?

¿He de quedarme bachiller en artes,
Sin que halle estilo en que este humor consuma,
Nacido en cuarta luna, aciago un martes?

Mas si escribir es fuerza que presuma,
Écheme el dios Apolo á aquellas partes,
A donde mas se sirva de mi pluma.

SONETO XCII.

Responde el poeta á un elogio que se hizo en Roma á su muerte fingida, y habla de veras, porque en la muerte no hay burlas.

La fama que del Tibre á la ribera
De lenguas de mi muerte mal vestida,
Paulo, llegó, parece que fingida
Me enseña á prevenir la verdadera:

Aunque jamas pensé que ser pudiera
Mas dichosa mi muerte que mi vida,
Si á vuestro sol en fenix convertida,
Con nuevas plumas renacer espera.

La envidia que mis años, como espuma,
Ir á la playa de ola en ola advierte,
No es mucho que ya muerto me presuma.

Dichoso yo, pues me mató de suerte,
Que puedo oír de vuestra docta pluma,
Después de muerto, elogios á mi muerte.

SONETO XCIH.

Desmayóse una dama de ver un raton, y habla con él el poeta.

Vete á roer legajos procesales,
Fiero animal, ó versos de poetas,
Las cartas atrasadas de estafetas,
O las cuentas de sastres inmortales:

Destruye las despensas figonales,
O las farmacopólicas recetas,
Y si otra vez á Filida inquietas,
Fulminante sus ojos celestiales.

No halles queso, bullicioso y triste,
Caigas en ratoneras de lacayos,
Si celada de gatos no te enviste;

Pero también te debo en sus desmayos,
Poder mirar al sol, cuando volviste
Nieve las rosas y cristal los rayos.

SONETO XCIV.

A una dama tuerta.

Habiendo hecho en tí naturaleza,
Julia, el ojo derecho tan perfeto,
Juzgó que era bastante, ó fue defeto
De no acertar á darle igual belleza.

De Antígono pintó la gentileza
Puesto de un lado aquel pintor discreto;
Yo como necio alabo lo imperfeto,
Que no supe tener tanta destreza.

Las partes que en tu rostro se desean,
¿Qué lunar pudo haber que las deshaga?
Que tal vez los defectos hermosean:

Mas quando á la objecion no satisfaga,
Basta que en el matar iguales sean,
Como quien riñe con espada y daga.

SONETO XCV.

Enójase con el amor con mucha cortesía.

Vues amerced se temple en darle penas,
Señor Amor, á un hombre de mi fama,
Que si quiso Aristóteles su dama,
Tambien le desterraron los de Atenas:

Malas comidas y peores cenas,
Y como calle pasear la cama,
Súfralo, Amor, un toro de Jarama,
Que ya no es tiempo de templar Jimenas.

Mande vuesa merced, señor Cupido,
Que Juana me respete como debe,
Y valga el montañés sobre raído,

Si los paños me manda que le lleve, ®
Y alguna rosa de sus labios pido,
Cuanto fuego le doy, me trueca á nieve.

SONETO XCVI.

La pulga falsamente atribuida á Lope.

Picó atrevido un átomo viviente
 Los blancos pechos de Leonor hermosa,
 Granate en perlas, arador en rosa,
 Breve lunar del invisible dieate:

Ella dos puntas de marfil luciente
 Con súbita inquietud bañó quejosa,
 Y torciendo su vida bulliciosa,
 En un castigo dos venganzas siente.

Al espirar la pulga, dijo, ¡ay triste!
 ¿Por tan pequeño mal dolor tan fuerte?
 ¡Oh pulga, dije yo, dichosa fuiste!

Deten el alma, y á Leonor advierte,
 Que me deje picar donde estuviste,
 Y trocaré mi vida con tu muerte.

SONETO XCVII.

Quéjase de que le aborrece Juana, hablando como
 astrólogo.

Si en la parte duodécima tuviera
 De los peces la luna, Juana mía,
 En dignidad de Vénus aquel día,
 Que vi saliendo á luz, la luz primera:

Y tú en la misma, indisoluble fuera
 El amor de los dos; mi suerte impía
 Te dió á Saturno, con que helada y fria
 De tu rigor la causa persevera.

No digo yo que fuerzan las estrellas,
 Que inclinan digo; pero tú no quieres
 Por tu eleccion, ni porque inclinan ellas.

¿Amor, qué se ha de hacer de las mugeres,
 Que ni vivir con ellas, ni sin ellas,
 Pueden nuestros pesares y placeres?

SONETO XCVIII.

A una dama que le preguntó qué tiempo corre.

El mismo tiempo corre que solia,
Que nunca de correr se vió cansado;
Deciros que es menor el que ha pasado,
De mas de necedad, vejez seria:

O mayor ó menor, hay noche y dia,
Sube ó declina, Filis, todo estado,
Dichoso el rico, el pobre desdichado,
Con que sabreis cual fue la estrella mia.

Hay pleitos, y de aquestos grandes sumas,
Trampas, mohatras, hurtos, juegos, tretas,
Flaquezas al quitar, naguas de espumas.

Nuevas, mentiras, cartas, estafetas,
Lenguas, lisonjas, odios, varas, plumas;
Y en cada calle cuatro mil poetas.

SONETO XCIX.

Burla vengada.

Mintió Juanilla entonces, como agora:
Ella me abrió, lo que me dijo callo,
Metióme en un corral, donde no hallo
Ni aun la esperanza con que entré á deshora:

Vuelva de amor la mano vengadora
Por este licenciado su vasallo,
Pues entre cien gallinas, sin ser gallo,
Muerta de risa me miró la Aurora.

Mas yo que ya la burla conocia,
Pesquele dos detras de unas tinajas,
Vino, y abríome al comenzar el dia.

Mas no sé si en la burla me aventajas,
Que del mal pagador, Juanilla mia,
Mejor es en gallinas, que no en pajas.

SONETO C.

A un gorrion á quien daba de comer una dama con la boca, y el poeta por honestidad le llama jilguero.

¿Quién te dió tanta dicha y osadía,
Que en fe de las pintadas plumas oses
Llegar, jilguero, donde el pico enroses
En las rosas que amor enciende y cria?

Confieso, pajarillo, que no había
Creído la comida de los dioses,
Mas ya que en tí la he visto, así reposes,
Que envidio tu ventura, y su ambrosía.

Bebe el cristal que entre el clavel te espera,
Come en el plato mas hermoso y rico,
Que abrió en rosa, y jazmin la primavera:

Pero que no te fies te suplico,
Que á un tiempo te dará la hermosa fiera
Fuego en el corazon, y agua en el pico.

SONETO CI.

Enójase con el pájaro, porque le mordió la lengua.

Desnuda los esmaltes de jilguero,
Y el paño pardo de tus plumas viste,
Villano gorrion, que ingrato fuiste
A tal piedad, y como ingrato fiero:

En vez de agradecido y lisonjero
Entre las perlas el clavei mordiste,
Flecha de amor, é indigno descubriste
El bajo ser y el natural grosero.

Haga de tí con un azor sangriento
El águila de Júpiter justicia
En árbol, en tejado ó en el viento.

¡Mas ay! que es tal la ciencia, y la codicia[®]
De tu siempre lascivo pensamiento,
Que pienso que fue amor, y no malicia!

SONETO CII.

Que desfavorece la patria los hijos propios con el
ejemplo del excelente Camoës.

En esto de pedir, los ricos, Fabio,
Saben muy bien las enes y las oës,
Porque por mas que la grandeza loës,
No topa con su altura mi astrolabio.

Con ser divino, que llegar al labio
No tuvo el fenix portugues Camoës,
Y envuelven su cadáver en aloës,
Despues de muerto contra tanto agravio.

Con dos laureles fue tan importuna
De espada y pluma su contraria suerte;
Que no le dió favor persona alguna.

Decid, si algun filósofo lo advierte,
¿Qué desatinos son de la fortuna
Hambre en la vida, y mármol en la muerte?

SONETO CIII.

A los raguallos de Bocalini, escritor de sátiras.

Señores Españoles ¿qué le hicistes
Al Bocalino ó boca del infierno,
Que con la espada y militar gobierno
Tanta ocasion de murmurar le distes?

El alba con que siempre amanecistes
Noche quiere volver de oscuro invierno,
Y aquel Gonzalo y su laurel eterno
Con quien á Italia y Grecia escurecistes.

Esta frialdad de Apolo y la estafeta
No sé que tenga tanta valentía,
Por mas que el decir mal se la prometa;

Pero sé que un vecino que tenia,
De cierta enfermedad sanó secreta,
Poniéndose un raguallo cada día.

SONETO CIV.

Responde un amigo que sentía que hablase tan mal
de España.

Burguillos, el ragualló no me ofrece
Tanta seguridad, ni os la permito,
Que la lengua en que viene el libro escrito
Peligroso remedio me parece:

Con poco y vil estudio le acontece
Difusa fama al sátiro delito,
Yo al bien hablar los hombres la remito,
Que todo lo demas no la merece.

Los que no saben escribir en ciencia,
Por la sátira van acia la fama,
Que nunca le faltó correspondencia:

Aunque tiene tal vez el que difama,
Con ser para la frente diligencia,
En las espaldas del laurel la rama.

SONETO CV.

La necesidad en las mugeres es disculpa.

Penelope dichosa, no disputo,
Si fuiste casta ó no, porque tenias
Muy gentiles capones, que comias
Mientras faltaba tu marido astuto.

Las tocas bajas, y el funesto luto
Deja la falta de comer dos dias:
¡Dura necesidad, que si porfias
Será traidora Porcia al mismo Bruto!

Las mugeres son todas principales:
Si alguna su valor y ser desprecia,
Necesidad la obliga á casos tales.

No estaba pobre la feroz Lucrecia,
Que á darle Don Tarquino dos mil reales,
Ella fuera mas blanda y menos necia.

SONETO CVI.

Escribe á un amigo el suceso de una jornada.

Claudio, despues del rey y los tapices
De tanto grande y forastero incauto,
No tiene la jornada á ver el auto,
Que te pueda escribir que solenices:

Fue todo cortesanas meretrices
De las que pinta en sus comedias Plauto,
Anduve casto, porque ya soy cauto
En ayunarlas, ó comer perdices.

Ya los ventores con el pico al norte
Andaban por las damas circunstantes,
Que al recibir las cartas se da el porte.

Partióse el rey, llevóse los amantes,
Quedó al lugar un breve olor de corte,
Como aposento en que estuvieron guantes.

SONETO CVII.

A una dama que comia ceniza y sal.

¿No siendo fenix, qué imaginas, dando
Ceniza al corazon en que se queme?
Si eres la reina tú, consolaréme,
Las de su muerto esposo manducando:

Pero Lisena, quien se va salando
Con prevencion, alguna cosa teme,
Que á la mejor oveja, aunque se estreme,
Le da sal el pastor de cuando en cuando.

Memoria es bien tener del Memento homo;
Pero viva anticipas la ceniza,
Y con la sal te volverás solo.

Bien haya mi cabaña, aunque pajiza,
Donde por pascua garrovillas como,
Y por carnestolendas longaniza.

SONETO CVIII.

A un poeta rico, que parece imposible.

La rueda de los orbes circunstantes
Pare el veloz primero movimiento,
Déjese penetrar el pensamiento,
Igüálese la arena á los diamantes.

Tengan entendimiento los amantes,
Y falte á la pobreza entendimiento,
No tenga fuerza el oro, y por el viento
Corran los africanos elefantes:

Blanco sea el cuervo y negros los jazmines,
Rompan ciervos del mar los vidrios tersios,
Y naden por la tierra los delfines.

No sufra la virtud casos adversos,
Den los señores, hagan bien los ruines,
Pues hay un hombre rico haciendo versos.

SONETO CIX.

Que sienten mas los ricos la muerte que los pobres.

Compuso un sabio (cuya pobre suerte
Apenas toga concedió raida)
Un libro en vituperio de la vida,
Y dos en alabanza de la muerte:

La muerte que intamarse siempre advierte,
De tanta exaltacion desvanecida,
Prometióle mostrarse agradecida,
En darle tarde el virotazo fuerte.

Que no lo estimaré, te certifico,
El sabio respondió, ya calvo y ciego,
Tan largo de nariz como de hocico;

Pues por tarde que vengas será luego,
Promete, ¡o muerte! esa tardanza á un rico,
Que yo ni te desprecio ni te ruego.

SONETO CX.

La primera vez que vió la mar.

Válate Dios el charco, el que provocas
Con verte á helar el alma de las venas,
Adan de tiburones y ballenas,
Almejas viles y estupendas focas.

Cerúleo sorbedor por tantas bocas,
De mas naves que vió tu centro arenas,
Teatro en quien oyó trágicas scenas
Sentada la fortuna entre estas rocas.

Tú que enseñaste al Draque, á Magallanes
Lo mas estrecho de tu campo oblico,
A pesar de sirenas y caimanes:

En España nací con solo el pico,
Causado estoy de tragar desvanes,
¿ Díme por dónde van á Puerto-Rico?

SONETO CXI.

Que no es hombre el que no hace bien á nadie.

Dos cosas despertaron mis antojos
Estrangeras, no al alma, á los sentidos,
Marino gran pintor de los oídos,
Y Rubens gran poeta de los ojos:

Marino, fenix ya de sus despojos,
Yace en Italia, resistiendo olvidos,
Rubens, los héroes del pincel vencidos,
Da gloria á Flandes y á la envidia enojos.

Mas ni de aquel la pluma, ó la destreza
Deste con el pincel, pintar pudieran
Un hombre, que pudiendo á nadie ayuda:

Porque es tan desigual naturaleza,
Que cuando á retratalle se atrevieran,
Ser hombre ó fiera, les pusiera en duda.

SONETO CXII.

Que amando no hay dificultad.

Carbon me pide Ines, que la criada,
Dice, que se le fue con un lacayo,
Medio frances, entre bermejo y bayo
Del caballero de la ardiente espada.

Si me pidiera lumbre, la abrasada
Troya del alma le prestara un rayo;
Pero carbon, por Dios que me desmayo
De ir á la tienda, la sotana alzada;

Pero pedirme fuera mas cuidado,
Que asar con él, perdone la sotana,
Perdone lo escolar, perdone el grado.

Todo lo puede amor, todo lo allana,
Pues Hércules se puso rueca al lado,
Y Júpiter las naguas de Diana.

SONETO CXIII.

Que los libros sin dueño son tienda y no estudio.

Fabio, notable autoridad se saca
De escribir el autor por darnos mueca;
Que sacó de su propia biblioteca
La historia de Charlin y Tacamaea:

Articular humana voz la urraca,
Es como remojar la arteria seca,
Porque es llamar al guante quiroteca
Esto de biblioteca ó bibliotaea.

¿Qué librería de orador hispano,
De senador jurisconsulto grave?
¿Qué fenix Escorial? ¿qué Vaticano?

Por libros quiere Persio que le alabe, ®
¡O misera ambicion de aplauso humano!
Que libro es el que enseña, no el que sabe.

SONETO CXIV.

Del crédito que tienen los extranjeros.

A Luis Velez de Guevara,

¿Qué Tomé de Burguillos me llamase,
Pudiendo yo llamarme Paulo Emilio,
Trajano, Octavio, Régulo ó Marsilio,
Qué el crédito al valor anticipase?

¿Qué mi estrella fatal me destinase,
Aunque no fuerzan, sin humano auxilio,
Y del Parnaso el provincial concilio
A ser Tomé, sin que jamas tomase?

Luis Velez, un Luís tuvo Sevilla
Pobre ingeniero, que despues fue rico,
Mudando el nombre, ¡estraña maravilla!

Si Luis fue pobre y rico Ludovico,
Mudémonos los nombres de Castilla,
Vos Ludovico, y yo Burguítomico.

SONETO CXV.

Venció una dama cómica á otra que presumia haberla
vencido delante de sus Magestades.

A breve vida exhalacion sujeta,
Plaza de estrella presumió atrevida,
Y volando en aplausos encendida,
Risa del aire feneció cometa:

Tú fenix, tú Leonarda, tú perfeta
Luz de la accion y de los versos vida,
Triunfaste ilustre al firmamento asida,
Que por estrella fija te respeta.

Vuelve despues de tantas tempestades
Sol del teatro, mas hermoso en ellas,
Desengaña las altas magestades.

Y sepan las que pisas y atropellas,
Lo que va de mentiras á verdades,
Que hasta salir el sol fueron estrellas.

SONETO CXVI.

Decía una dama que no hallaba á quien querer.

Entre tantas guedejas y copetes,
Tantos rizos, jaulillas y bigotes,
Entre tantos ilustres Lanzarotes,
Reservando gualdrapas y bonetes:

Entre tantos sombreros capacetes,
Ambares, negros, rubios, achiotes,
Lampazos, ligas, cuerpos, chamelotes,
Peones de armas, de moelin ginetes:

Entre tantos que van el pico al viento,
Que á que los rueguen por lindeza esperan,
¿No hallais á quien querer? ¡extraño cuento!

¿A tantos vuestros ojos vitaperan?
Señora, ó no tenéis entendimiento,
O vendréis á querer cuando no os quieran.

SONETO CXVII.

A una dama que á todo respondía zape.

Del alma, ó Lidia, son, ó cuerda ó loca,
Las palabras espejos y retratos;
Tanto á la lengua importan los recatos,
Y á quien mayor obligacion le toca:

¿Qué costumbre tan bárbara os provoca
Entre tantos Narcisos y Patratos?
Pienso que todos os parecen gatos
Pues nunca os falta el zape de la boca.

Todos murmuran zape tan grosero,
Aunque por gracia algun galan le escape,
De tantos que traéis al retortero;

Pero porque mejor se encubra y tape, ®
Haced que os den un gato de dinero,
Que con el miz olvidareis el zape.

SONETO CXVIII.

A una dama que criaba un cernícalo.

Filís, verte criar un ave admira
De tan poco valor, y que te falte
Un pardo azor, un noble gerifalte,
Que se pierde en el cielo á quien le mira:

Cazar con un cernícalo retira
Tu grave honor de su primero esmalte,
Una urraca es mejor, que parle y salte,
Y que puedas llamar Sancha ó Elvira.

Dirás que urracas te parecen suegras,
Y que en la caza de tus manos francas,
Mejor con un cernícalo te alegras.

Cazad los dos, pues no las tienes mancas,
El pajarillo con las uñas negras,
Y tú las bolsas con las uñas blancas.

SONETO CXIX.

Conjura un culto, y hablan los dos de medio soneto
abajo.

Conjúrote, demonio culterano,
Que salgas de este mozo miserable,
Que apenas sabe hablar, ¡caso notable!,
Y ya presume de Anfión tebano:

Por la lira de Apolo soberano
Te conjuro, cultero inexorable,
Que le des libertad, para que hable
En su nativo idioma castellano.

¿Porqué me torques bárbara tau mente,
Que Cultiborra y Brindalin tabaco,
Caractiquizan toda intonsa frente?

Habla cristiano, perro... Soy polaco...
Tenedle que se va... no me ates... tente...
Suéltame... aquí de Apolo... aquí de Baco.

SONETO CXX.

Describe el río de Madrid en julio.

Misero Manzanares, ¿no te basta
 Todo el año sufrir tanta fregona,
 Tanto lacayo, y page de valona,
 Tanta ropa servil, tanta canasta?

Agora en julio tus riberas gasta
 Tanto prestado coche, tanta dona,
 Que lo que peca abril, julio jabona,
 Cáfila mas altiva y menos casta.

Escepe rayos de leon la ira
 Feroz, aunque de Alcides fue despojo,
 La ardiente arena por humor suspira:

Mas como el río es viejo, y sin antojo,
 A su primera fuente se retira,
 De ver tantas pescadas en remojo.

SONETO CXXI.

A un coche de damas feas que iban al soto, y habla con el cochero por no hablar con ellas.

¿A dónde llevas, infernal cochero,
 Esa de suegras cáfila enemiga?
 ¿De qué Scitia cargaste, infame auriga,
 Tanta serpiente, y basilisco fiero?

Si desgracia, si imperio, si dinero,
 Faëton de Tragos, á llevarte obliga
 Tanta fiera cruel, que amor maldiga,
 No eres cochero ya, sino leonero:

Pára, Caronte de infernales barcas,
 Y no llesves al soto, ni á las luertas
 Tarascas, muertes, cocos, tigres, parcas:

Que si en ir á las islas te conciertas,
 Y en Amsterdam de Holanda desembarcas,
 Con tales sierpes quedarán desiertas.

SONETO CXXII.

A un maldiciente.

Ricardo, cuando salgas de esta vida,
 Tu lengua y pluma de verdades llenas
 Se volverán dos blancas azucenas,
 Que nunca el cielo de premiar se olvida:

Como tienes la honra tan perdida,
 Envidias y persigues las ajenas,
 Naciendo de saber su nombre apenas,
 El ser de tantas honras homicida.

A todos por cualquiera niñería
 Mandaba un gran señor dar gran dinero,
 Porque jamas dinero visto habia.

Lo mismo de tu lengua considero,
 Que quien sabe que es honra, no podia
 Tenerla en poco, si la vió primero.

SONETO CXXIII.

Intentó el poeta ausentarse para olvidar, y no le aprovechó el remedio, con que parece que habla de veras.

En la Troya interior de mi sentido
 Metió un caballo amor con gran secreto,
 Parto de mas soldados, solo á efeto
 De verme en salamandra convertido:

Salen á media noche, y al rüido
 Despierta el alma al corazon inquieto,
 Y fugitivo yo de tanto aprieto
 Entre la viva llama emprendo olvido.

Mi padre al hombro, que es mi ingenio, intento
 Buscar algun remedio á tanto estrago,
 Embarcado en mi propio pensamiento;

Pero poco mis daños satisfago,
 Pues con mudar de patria y de elemento,
 Me vuelvo á Troya, porque no hay Cartago.

SONETO CXXIV.

Habia duende en una casa, y amaneció preñada una
doncella.

Siete meses, Filena, son cumplidos,
Que este espíritu malo se defiende,
No vos del mismo á vos, por mas que enmiende
El cuidado á los ojos los vestidos:

Disputase por hombres entendidos,
Si fue de los caidos este duende,
O vos la que cayó; sino se entiende,
Que sois los dos espíritus caidos.

Entre tantos conjuros he notado,
Que espíritu sin carne no podia
Seros tangible á vos, si os ha tocado.

No le conjuren mas, Filena mía,
Porque aunque este se vaya, el que ha dejado
Podrá sustituir la duendería.

SONETO CXXV.

Efectos de amor, porque comienza humilde, y acaba
apasionado.

Digna será de vos, señor Cupido,
Digna será de vos tan alta hazaña,
Tantas nieves en mí, ¿soy yo montaña?
Herid á Juana, pues me habeis herido:

No quiero ejemplo contra tanto olvido
De Dafne en lauro, y de Siringa en caña,
Sino que casta la tasteis castaña
Al blando fuego de mi amor os pido.

Mas vitoria es la seda, el oro y randas,
Que dar á vuestras armas por despojos
Estas mis escolares sopalandas:

Y tú, pues, no te duelen mis enojos,
Juana cruel, que en cinco puntos andas,
Caigas, aunque tropieces, en mis ojos.

SONETO CXXVI.

A un amigo del poeta que iba fuera de buena gana.

Galan de verde vas, hermano Alcino,
Pájaro mudas, buenas dichas hayas,
Pues con lo verderon te apapagayas,
Notable comision, bravo camino.

Bien te parece el traje montesino
Para entre cabrahigos, y altas hayas,
Vuelvas mas alto, aunque tambien lo vayas,
Que Lanzarote de Bretaña vino.

Como un Orlando vas determinado,
Lo verde es esperanza, no se pierde,
Y mas en los que viven sin cuidado:

Pero dice que vas, quien siempre muerde,
Mas que para galan, para guisado,
Porque pudieras ser camero verde.

SONETO CXXVII.

Casóse un galan con su dama, y despues andaba zeloso.

Puso tan grande amor, si amor se llama,
Un hombre, aunque no fue de los Catones,
En una gata, en perseguir ratones
Décima de las nueve de la fama:

Que á Júpiter, teniéndola en la cama,
Porque fuese muger dió tales dones,
Que á fuerza de promesas y oblaciones,
Júpiter la volvió de gata en dama:

Estando, pues, en el estrado un dia
Pasó un raton, y apenas la vislumbre
Le dió en los ojos, cuando fue su harpía.

¿De qué tienes, Ricardo, pesadumbre?
Que Cloris ha de ser lo que solia,
Porque es naturaleza la costumbre.

SONETO CXXVIII.

Disculpase cortesmente de no matarse, ni le pasa por
el pensamiento.

Ífis despues de la amorosa queja
De aquella su ingratísima señora,
Hallóle el sol al despertar la Aurora,
Palillo en la almohadilla de su reja :

Luego el tonante Júpiter despeja
Las nubes con la mano vengadora,
Y en piedra la convierte, donde agora
Dentro del mármol se lamenta y queja.

Bien me quitara yo tambien la vida,
Pero debe, señora, reportarme,
Que no quedeis en piedra convertida

Y anímame tambien para escusarme,
Que aun no estareis despues arrepentida,
O me dareis mas vida por matarme.

SONETO CXXIX.

Castiga amor un mal gusto con un mal empleo.

Quien á ninguno amó, cuando podia
Tantas veces querer cuantas fue amada,
De un mico inútilmente enamorada,
Su fiereza por ídolo tenia :

Fatal llegó del dicho mico el día,
Y ella de su desdicha lastimada,
La piel bellosa en pardo hollin tiznada
Colgó llena de paja en su armería.

¡ Qué hermoso salchichon, qué lindo empleo,
Qué Adonis bello, ó capitán robusto,
Sino el mismo retrato de Asmodeo!

Mas fue de no querer castigo justo,
Que fuese un animal tan negro y feo
El Mico-cosmos de su necio gusto.

SONETO CXXX.

La que viene primera no es la mayor desdicha.

Hércules de Alcumena giganteo,
Ganapan de la Grecia musculoso,
Con la nudosa clava el escamoso
Cuello deshizo del dragon Lerneo:

Pero sabiendo muchos su trofeo,
No pudo ser tan presto victorioso,
Como en la muerte de mi amor zeloso
Nuevo principio nace á mi deseo.

No temo las desdichas conocidas,
Que á sierpe que produce mas cabezas
En daño propio se le dan heridas:
Y mis desdichas son como cerezas,
Que voy por una, y de una en otra asidas
Vuelvo con todo un plato de tristezas.

SONETO CXXXI.

A la muerte de Timosea, perra de aguas famosa, matóla
la rueda de un molino.

En esta inútil, si florida huesa,
Yace Timosca; ó peregrino, tente,
Perra, y delfin de agua, cuyo oriente
Flándes, padre frances, madre irlandesa.

Trujóme á España belicosa empresa,
Donde de un golpe ¡oh fertil recipiente!
Parí diez y seis hijos del valiente
Cardona, perro de agua del de Sesa.

Mi muerte fue un molino; mas ya creo,
Que trasladarme al can celeste ordena
Júpiter por muger: ¡qué dulce empleo!
Ay de tí, Manzanares, porque en pena
Haré, si en la canícula me veo,
Incendio tu cristal, polvo tu arena.

SONETO CXXXII.

A una dama que en un balcon estaba cosiendo unos
escarpines muy pequeños.

Con el marfil, que al africano diente
Del animal mas sabio desafia,
Que imaginado como nieve enfria,
Siendo por el efecto fuego ardiente:

En un balcon, envidia del oriente,
La bella Antandra un escarpin cosia
Con hilo, que de perlas parecia,
Y aguja, que al amor flechas desmiente.

Bien hace, si con él en puntos anda,
De darse en acabarlos tanta prisa,
Pues cuanto quiere, con el pie lo manda.

Saldrá la Aurora con su dulce risa,
Y Amor verá en sus pies con breve holanda,
Levantarse azucenas en camisa.

SONETO CXXXIII.

A la muerte de un catedrático de escritura: escribe
de veras.

A tí, si mas la eternidad pudiera
Que tener en sí misma tu memoria,
Con imposible esceso de tu gloria,
Para tu nombre mas eterna fuera:

Cuarenta veces vió la primavera
El vellocino de Jason, Vitoria,
En tanto que te dió la sacra historia
El magisterio, y cátedra primera.

Mas ya la muerte en tu fatal partida
Tu vida en inmortal fenix convierte,
A mejores escuelas reducida;

Para que honrasen de una misma suerte,
A tu muerte la fama de tu vida,
Y á tu vida la gloria de tu muerte.

SONETO CXXXIV.

No tiene por hombres los que no aman, aunque no lo
siente mucho.

Quien no sabe de amor, viva entre fieras,
Quien no ha querido bien, fieras espante,
O si es Narciso de sí mismo amante,
Retrátese en las aguas lisonjeras:

Quien en las flores de su edad primeras
Se niega á amor, no es hombre, que es diamante
Pues no lo puede ser el que ignorante
Ni vió sus burlas, ni temió sus veras.

Yo no me alabaré, que humilde vengo
Al dulce yugo, amor, de tu cadena
Con Sancha Sanchez, y con Menga Mengo.

¡Fuerte vivir por voluntad agena!
Pues no puedo comer, si no lo tengo,
Ni tengo gusto, mientras tengo pena.

SONETO CXXXV.

Discúlpase con Lope de Vega de su estilo.

Lope, yo quiero hablar con vos de veras,
Y escribiros en verso numeroso,
Que me dicen que estais de mi quejoso,
Porque doy en seguir Musas rateras.

Agora invocaré las verdaderas,
Aunque os sea, que sois escrupuloso,
Con tanta metafísica enfadoso,
Y tantas categóricas quimeras.

Comienzo, pues: ó tú que en la risueña
Aurora imprimes la celeste llama,
Que la soberbia de Faeton despeña.....

Mas perdonadme, Lope, que me llama
Desgreñada una Musa de estameña,
Zelosa del tabí de vuestra fama.

SONETO CXXXVI.

Prosigue la misma disculpa.

Señor Lope, este mundo todo es temas,
 Cuantos en él son fratres, son orates,
 Mis Musas andarán con alpargates,
 Que los coturnos son para supremas.

Gasten espliego, gasten alhucemas
 Perfúmenlas con ámbar los magnates,
 Mi humor escriba siempre disparates,
 Y buen provecho os hagan los poemas.

Merlin Cocayo vió, que no podia
 De los Latinos ser él siempre agosto,
 Y escribió macarrónica poesía.

Lo mismo intento, no tomeis disgusto,
 Que Juana no estudió filosofía,
 Y no hay Mecenas como el propio gusto.

SONETO CXXXVII.

Quebróse á una dama el espejo cuando iba á tocarse,
 y escribe de veras, porque no le riñan. Escribe con
 mucho tiento.

Si al espejo venis á enamoraros,
 Romperse es fuerza para no ofenderos,
 O porque en muchas partes podais veros,
 Y él pueda en otras tantas retrataros:

Si á vuestros ojos no buscáis reparos,
 No podreis de vos misma defenderos,
 Que el veros tan hermosa puede haceros
 El daño, que resulta de envidiaros.

La estampa de que fuistes imitada
 Rompió, cuando os formó naturaleza,
 Acción de vuestro espejo reiterada:

Quebrarse fue lisonja y sutileza
 Porque con ser de vos, ni aun retratada
 Pueda tener igual vuestra belleza.

SONETO CXXXVIII.

Reprende el poeta los que hablan enflautado.

Si cumplo con la lengua castellana
 Resolución diciendo, ¿qué concepto
 Es llamarla análisis, ó á qué efecto
 Tópica á la invención, cosa tan vana?

Ampliar la lengua propia, es cosa urbana,
 Adulterarla, es bárbaro defecto;
 Porque su idioma, y cándido dialeto,
 Con voces peregrinas se profana.

Las nuevas frases, como al vulgo ocultas,
 De los antiguos términos abstraen,
 Y así el remedio, Fabio, dificultades.

Unas voces se inventan, y otras caen,
 Pues hasta las mugeres andan cultas
 Hurtando á las naciones lo que traen.

SONETO CXXXIX.

Cuando heredó S. M. estos reinos, intentó escribir
 de veras.

Purpúreo Febo despreciando el suelo
 A sí mismo fatal se anocheceia,
 Cuando con plumas de oro el fenix dia
 Previno á España el generoso vuelo:

El peso del Atlántico desvelo
 En dos altos pirámides confia,
 En quien pudo librar su monarquía,
 Por bien universal, piadoso el cielo.

Salió de la ignorancia, y los agravios
 El imperio á la ciencia, y persuadida
 La fama á la verdad doró los labios.

Hable la guerra, y el estudio pida,
 Tendrán en el gobierno de los sabios
 Laurel las armas, y las letras vida.

SONETO CXL.

Dijo el Bocalino, que un Español que mató un Italiano
en desafío, no traía camisa.

Ya, Becolin, que al Español mataste,
Fiesta que Apolo celebró con risa,
Para decir que andaba sin camisa,
Vestido, aunque mentiste, le enterraste:

A vuestra usanza al Español honraste,
Que por la banda que al sentarse frisa,
Honesta de Españoles fue divisa,
Que en lo forzoso y natural se gaste.

Si él de tu patria, Becolin, muriera,
¿Quién duda que el cambray por todo extremo
Acia la parte occidental se viera?

Mas estimo la burla que la temo,
Que donde no se ve la oculta esfera,
No ha menester camisa Polifemo.

SONETO CXLI.

Preguntóle una dama, qué era el Aureo Número.

Cuando pensé que os daban mas cuidado
Las rosas de Guadix y de Granada,
El Turco de Valencia, la pomada,
Y de Sevilla el resplandor comprado;

¿Ricarda, el Aureo Número os le ha dado?
¿Qué calendario no entendeis, cansada
De buscar en la letra colorada
Las fiestas, que jamas habeis guardado?

César le halló, pero la causa ignoro
De haceros tan curiosa é importuna,
Aunque os parezca femenil decoro:

Que mejor sabeis vos que otra ninguna, ®
Hallar por este número de oro,
La conjunción del sol y de la luna.

SONETO CXLII.

Que unos se mueren para que otros vivan.

Enterraron un mico los Persianos
De la embajada de aquel rey primera,
Dicen que era almizcleño como pera,
Bufon de hocico, y jagador de manos:

Allí supersticiosos cuanto humanos,
Higos y almendras, y una polla entera
Le ministraba el que de todos era
Alcoranista de sus ritos vanos.

Salía un Español de unos olivos
¡O consonantes que faceis de tuertos!
Y hurtaba los piadosos donativos.

¡O terribles del mundo desconciertos,
Que con necesidad los hombres vivos
Coman las honras de los micos muertos!

SONETO CXLIII.

Si se han de tener zelos.

O sean justos, Fabio, ó sean injustos,
Zelos han de tener dos voluntades,
Si justos, por temor de las verdades,
Y por el susto, cuando no son justos:

Si zelos suelen escusar disgustos,
Mejor es no tener seguridades,
Que como son los gustos novedades,
No hay que fiar á novedades gustos.

Siempre quien ama ha de tener recelos,
No ha de vivir la voluntad segura,
Aunque ventura igual le den los cielos,

Amar, y no zelar no fue cordura,
Porque tener un hombre amor sin zelos,
Mas parece ignorancia que ventura.

SONETO CXLIV.

Al cuidado de calzar justo una dama.

¿Qué te han hecho tus pies, ó Clara amiga,
Que en tan estrechas cárceles los prendes?
Los pies encoges, y la mano estienes?
¡Ay de la bolsa á quien pusieres liga!

¿Porqué le das tan áspera fatiga
Á quien te lleva donde tú pretendes?
Que si dar á tus pies tormento emprendes,
En él confesarán lo que te obliga.

De pies viene piedad; suéitalos, Clara,
Que no pierden amores y cariños,
Si de tus pies apelan á tu cara.

No paguen apretados tus aliños,
Pues si los viera Herodes, los matara
Por inocentes, pero no por niños.

SONETO CXLV.

Describe el poeta su Juana en forma de sirena, sin
valerse de la fábula de Ulises.

De dulces seguidillas perseguidos,
Lavando Juana en la ribera amena
Del rio, que entre lazos de verbena
Verdes construye á los gazapos nidos;

De Ulises quise hacer mis dos sentidos,
Pero estaba tan bella de sirena,
Que viendo y escuchando hasta la arena
Los vi anegados, y lloré perdidos.

Allí el deseo y el amor iguales,
Linces del agua en círculos sutiles,
Buscaban bienes, aumentando males.

Y con los ojos como dos candiles, ®
Vengad, dije, mi amor, dulces cristales,
Pues que tenéis allá sus dos marfiles.

SONETO CXLVI.

Responde á un poeta que le afeaba escribir con claridad,
siendo como es la más excelente parte del que escribe.

Libio, yo siempre fui vuestro devoto,
Nunca á la fe de la amistad perjuro,
Vos en amor como en los versos duro,
Teneis el lazo á consonantes roto:

Si vos imperceptible, si remoto,
Yo blando, fácil, elegante y puro,
Tan claro escribo, como vos oscuro,
La vega es llana, é intrincado el soto.

Tambien soy yo del ornamento amigo
Solo en los tropos imposibles paro,
Y de este error mis números desligo.

En la sentencia sólida reparo,
Porque dejen la pluma y el castigo
Oscuro el borrador, y el verso claro.

SONETO CXLVII.

Justifícase el poeta de que no nacen flores, cuando las
damas pisan los campos, porque estima en más la ver-
dad de Aristóteles que el respeto de Platon.

Abria el sol, dejando el alba á solas,
Con manos de oro la oriental ventana,
Y en el primero albor de la mañana
Trinaban filomenas y tortólas:

Cuando cantando jácaras y andolas,
Calva una piedra acicalaba Juana,
Dando á los campos mas jazmin, mas grana,
Mas risa al rio, y mas nevadas olas:

Aunque decir que entonces florecieron,
Y por ella cantaron ruseñores,
Será mentira, porque no lo hicieron.

Pero es verdad, que en viendo sus colores [®]
A mí me pareció, que se rieron
Selvas, aves, cristal, campos y flores.

SONETO CXLVIII.

Al retrato de una dama, despues de muerta.

Duerme el sol de Belisa en noche oscura,
Y Ebandro, su marido, con extraño
Dolor pide á Felipe de Liaño
Retrate (aunque sin alma) su figura.

Felipe restituye á su hermosura
La muerta vida, con tan raro engaño,
Que pensando negar el desengaño,
La vista de los ojos se perjura.

Tú dices que mejor fuera olvidalla,
Octavio, pues ya queda helada y fria,
Que no dejar espejo en que miralla.

Y yo digo, con paz de tu porfia
Que tuvo muy buen gusto en retratalla
Al tiempo que mejor le parecia.

SONETO CXLIX.

A Doña Antonia Clara de Navares saliendo una mañana
al descuido.

Quien amanece al sol, quien al sol dora,
Dejando libre discurrir el pelo
Por el blanco marfil, y debe al cielo
Las rosas que la noche le colora:

Parece, con las gracias que atesora,
Que á la naturaleza dió desvelo,
Y que en las luces del celeste velo
Buscó ella misma su primera aurora.

Si sois amor para robar despojos
En hábito de niña, hoy cesa, hoy para
Cuanto de su rigor causaba enojos:

Que si fuérades vos Antonia Clara
La niña de las niñas de sus ojos;
Rompiera el arco Amor, mirar bastara.

SONETO CL.

Zelos del poeta porque vió á Juana columpiándose una tarde con otras doncellas.

Pára el columpio, que no es justo, para
Que al Céforo que engendras bulliciosa,
Dulce abanillo de tu cara hermosa,
Le pongas cuatro puntos en la cara.

Yo ví tu pie, que me ocultaste avara,
Y la roseta del zapato airosa,
Que á tus megillas trasladó la rosa,
Como si mas que viera imaginara.

Mas ya zeloso de la dicha mia,
Viendo que de otro pudo ser gozada
Diré á tu tia, aunque de tí se fia,

Que andabas mal compuesta, y bien sentada:
Mas ¿ qué sirve decírselo á tu tia?
Que pienso que la tienes preparada.

SONETO CLI.

Sentimientos de ausencia á imitacion de Garcilaso.

Señora mia, si de vos ausente
En esta vida duro, y no me muero,
Es porque como y duermo, y nada espero,
Ni pleiteante soy, ni pretendiente.

Esto se entiende, en tanto que accidente
No siento de la falta del dinero,
Que entonces se me acuerda lo que os quiero,
Y estoy perjudicial é impertinente.

Sin ver las armas, ni sulcar los mares,
Mis pensamientos á las Musas fio,
Sus liras son mis cajas militares.

Rico en invierno, y pobre en el estío,
Parezco en mi fortuna á Manzanares,
Que con agua, ó sin ella, siempre es río.

SONETO CLII.

Aconseja á un amigo como cortesano viejo.

Don Juan, no se le dar á un hombre nada
De cuanto va, ni viene, es cuerdo efeto,
Que toda la quietud del que es discreto
En solo este aforismo está fundada:

¿Qué gobierno? ¿qué ejército? ¿qué armada
Corre por vuestra cuenta? lo perfeto
Es el descuido; y el tener secreto
Cuanto da pesadumbre, y quanto enfada.

Nunca os halleis en juntas ni en corrillos,
Que es cuerdo de las bestias el rodeo,
Ni en estas ruedas de amolar cuchillos.

Haced de la virtud secreto empleo,
Que yo en mi pobre hogar con dos librillos
Ni marmuro, ni temo, ni deseo.

SONETO CLIII.

Reprende los filósofos antiguos.

A aquel filosofar antiguo, Otavio,
Jamás le diera yo tan falso nombre:
Plantar el hombre, sin que el verlo asombre,
Mas parece de bestia que de sabio:

Sacar los ojos, dar silencio al labio
Un lustro, acción de bárbaro se nombre,
Buscar de día con un hacha un hombre,
De cuantos han nacido fuera agravio.

Con propia mano en una fuente un día
Vió un sabio un hombre que bebiendo estaba,
Y quebró la escudilla que tenia.

¡Qué hermosa necesidad! pues se obligaba
A quebrarse la mano si bebía,
Porque también la boca le sobraba.

SONETO CLIV.

Laméntase Manzanares de tener tan gran puente.

HABLA EL RIO.

Quítenme aquesta puente, que me mata,
Señores regidores de la villa,
Miren que me ha quebrado una costilla,
Que aunque me viene grande, me maltrata :

De bola en bola tanto se dilata:
Que no la alcanza á ver mi verde orilla;
Mejor es, que la lleven á Sevilla,
Si cabe en el camino de la plata.

Pereciendo de sed en el estío,
Es falsa la causal y el argumento,
De que en las tempestades tengo brio.

Pues yo con la mitad estoy contento,
Tráigale sus mercedes otro río,
Que le sirva de huésped de aposento.

SONETO CLV.

Á Don Francisco de Quevedo Villegas, señor de la villa de la Torre de Juan Abad, Caballero del órden de Santiago.

Para cortar la pluma, en un profundo
Ideal concepto, y trasladarle en rima
Hallé, peregrinando el patrio clima,
Que érades vos lo mas sutil del mundo:

Atento os miro, y tan valiente infundo
Alma al ingenio, al instrumento prima,
Que á escibir, á cantar, á ser me anima
De vuestro claro sol Faeton segundo.

Para alabaros hoy, pedíle al coro
De Apolo, si es que tanto emprender puedo,
Permitiese mi pluma á su tesoro;

Y respondiome con respeto y miedo:
Burguillos, si quereis teñirla en oro,
Bañadla en el ingenio de Quevedo.

SONETO CLVI.

Lloraba Juana por una camisa que le hurtaron en el río,
y quitóse el poeta la suya porque no la riñesen en su
casa.

¿Perlas, Juana, en tus ojos, cuya risa
Hizo llorar de amor al mas diamante?
Qué holandá, qué cambray, ó qué brabanté
De lágrimas sembró tu manutisa?

¿Mas qué mayor fineza, y mas aprisa,
Como quedarse en cueros un amante?
Asi pintan á Amor, nadie se espante,
Pues menos es que el alma la camisa.

Desnudo estoy, Amor, por hoy te pido
Te dignes de ponerte mi sotana,
Y darme el arco para ser Cupido.

Por dicha (aunque es tan fiera y inhumana)
Viendo tan grandé amor contra su olvido,
Rendirá sus desden mi hermosa Juana.

SONETO CLVII.

Preguntóle un caballero si haria comedias, por el
principio de una que le enviaba.

¿Si harás comedias, me preguntas, Cloro,
Y un acto de Penelope me envias?
¿Qué fama te engañó, que en tales dias,
De Falaris te metes en el toro?

Despues que un autoron cantante loro
Con idiotismos y objeciones frias
La esponga al vulgo, comeránte harpias
El dulce nectar del Castalio coro.

Es el teatro de ámbar un escudo
En un carro de estiércol ó en un coche,
Donde habla el ganso, y está el cisne mudo.

Y cuan lo mas tu ingenio se trasnoche,
Veráste en una esquina con engrudo,
Y no te faltará para la noche.

SONETO CLVIII.

Esclamacion del poeta por un hombre que siempre
andaba diciendo que era muerto.

O tú, buen hombre, ó tú cualquier que seas,
Trágico de mi fin Mercurio alado,
Que sin ofensa, herencia, ni cuidado
La voz en referir mi muerte empleas:

Primero que te goces y la veas,
Pases la barca de Caron tizado,
Y si no tienes óbolos, á nado
Te trasladen las márgenes Letheas.

¿Qué te ha hecho Burguillos, bestia fiera,
Que quitas á la muerte su trofeo,
Quando menos la teme, que la espera?

Déjale honrar el coro Pegaseo,
Que como aguardes á que Dios lo quiera,
Él se lo morirá sin tu deseo.

SONETO CLIX.

Al príncipe de Esquilache.

Si yo en mi vida ví la Poliantea,
Rudo villano me convierta en rana,
¿Qué aplauso pide aquella gente vana,
Que por lo traginado se pasea?

Vuestro claro esplendor, árbitro sea,
Príncipe de la lengua castellana,
Que si goda nació vive tebana,
Y siendo esfinge morirá guinea.

Quando vos fuistes por virey á Lima,
Penelope quedó; mas de aquel cielo
Antártico volviendo á nuestro clima,

Adúltero hallaréis su casto velo,
Y á mí llorando su perdida estima:
¡O patria cuánto debes á mi celo!

SONETO CLX.

Discúlpase el poeta del estilo humilde.

Sacras luces del cielo, yo he cantado
 En otra lira, lo que habeis oido,
 Saltó la prima, y el bordon lo ha sido
 Al nuevo estilo, si le habeis culpado:
 De mi mismo se burla mi cuidado,
 Viéndome á tal estado reducido;
 Pero pues no me habeis favorecido,
 ¿Porque disculpo lo que habeis causado?
 Entre tantos estudios os admire,
 Y entre tantas lisonjas de señores,
 Que de necesidad tal vez suspire:
 Mas tengo un bien en tantos disfavores,
 Que no es posible que la envidia mire
 Dos libros, tres pinturas, cuatro flores.

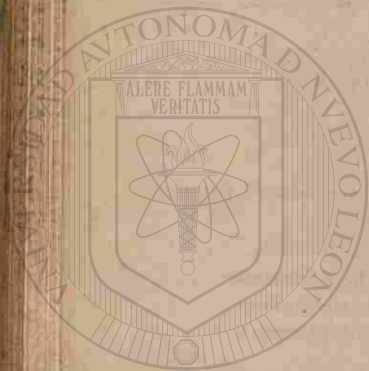
CANCIONES.

SONETO CLX.

Discúlpase el poeta del estilo humilde.

Sacras luces del cielo, yo he cantado
 En otra lira, lo que habeis oido,
 Saltó la prima, y el bordon lo ha sido
 Al nuevo estilo, si le habeis culpado:
 De mi mismo se burla mi cuidado,
 Viéndome á tal estado reducido;
 Pero pues no me habeis favorecido,
 ¿Porque disculpo lo que habeis causado?
 Entre tantos estudios os admire,
 Y entre tantas lisonjas de señores,
 Que de necesidad tal vez suspire:
 Mas tengo un bien en tantos disfavores,
 Que no es posible que la envidia mire
 Dos libros, tres pinturas, cuatro flores.

CANCIONES.



CANCIONES.

Murmuraban al poeta la parte donde amaba por los versos que hacía.

CANCION.

Ya pues que todo el mundo mis pasiones
De mis versos presume,
Culpa de mis hiperbóles causada,
Quiero mudar de estilo y de razones;
Y pues la misma pena me consume,
Tomar la lira menos bien templada.
O vos rubia manada,
Y todos los demas que paso á paso
Paceis los alcaeres del Parnaso,
Prestadme vuestra ayuda sobre prenda,
Para que el vulgo bárbaro no entienda
Por mis necios efetos
El alma de mis versos y concetos.
Que si animando tan humilde estilo,
Segunda vez pretende
Comentar mis desdichas desde agora,

De los que habitan el egipcio Nilo,
 O los que en Etiopia el sol enciende,
 Y en los bordados reinos del aurora,
 Que Febo infante dora,
 Aprenderé la lengua no entendida,
 Dejando escura fama en larga vida.
 Mas yo fío, Pierides, que en tanto
 Aflojareis las cinchas á mi canto,
 Y que en este language,
 El Lete me dará franco pasage.

Riberas del estrecho Manzanares,
 Por donde antiguamente
 Alborotó sus límites postreros
 La que tuvo á Jonas en los hijares,
 Escureciendo su cristal corriente
 La paja y vino del albarda y cueros,
 A fuerza de los fieros
 Dardos y chuzos de la gente armada
 Que por la puente le estorbó la entrada:
 Un soto lleno de verdura y caza,
 Donde prueban los toros de la plaza,
 Cubre la orilla amena
 De chopos, sauces, lirios y verbena.
 En este un martes pardo, aciago y malo

Para casar doncellas,
 Entre la grama y los menudos juncos
 Ví el sol, á cuya vista me regalo,
 Y aquellos ojos como dos estrellas,
 Y es poco si dijera dos carbuncos,
 No desde los Aruncos
 A nuestros montañeses vieron dama
 Tan bella, los antojos de la fama:
 Al fin yo ví su rostro y su aguiluña
 Nariz como remate de cermeña,
 Y aquella boca hermosa,
 Que dejó de ser guinda por ser rosa.
 Mas si Cupido entonces lisonjero,
 En vez de la sangrienta
 Ballesta de sangrar rocines y acas,
 Tiróme con la mano de un mortero,
 Que durmiendo una noche en una venta
 Hurtó para tirar á las urracas:
 Tal en Indias amacas
 Suele desvanecerse ó en la nave
 Quien ni del mar ni del columpio sabe,
 Quedando yo tan triste y descompuesto,
 Como despues de las vendimias cesto,
 Dando mas estornudos,

Que los tabacos dan por los embudos.

No suele el sol mas libre y licencioso

Entrar por un resquicio

En un zaquizamí de tejavana,

Que el rayo ilustre de su rostro hermoso,

Haciendo en mi piramidal solsticio,

Con dulce fuerza de opresion tirana,

Entró por la ventana

De aquestos ojos á mi helado pecho,

Suave ardor de mis sentidos hecho,

Aunque el fuego que el humo interrumpia

En densa nube el aire convertia,

Si alguno me miraba

Del tufo de mi mal estornudaba.

Rapaz amor, ¿qué es esto, quién te ha dado

Fuerza tan poderosa

Desde la roja púrpura al plebeyo

Sayal, que sigue el buey con el arado?

¿Qué Pantheo produce aquella rosa,

Astolfo, del sentido de Apuleyo?

¿Qué César, qué Pompeyo,

Qué pastor, qué rocin rucio ó castaño

No hirió tu flecha, ni rindió tu engaño?

¿Qué Adonis? ¿qué Narciso ó Filomena

En flor ó en pluma no lloró tu pena?

Todos mueren de amores,

César, rocin, pastores, aves, flores.

Allí con los ardores del veneno,

Aunque dulce contrario,

A la quietud del corazon rendido

Quejéme al soto, al prado, al campo ameno

De aquel mortal arquero sagitario,

Desnudo de temor, de error vestido.

El rio condolido

De lástima corrió como solia,

Y las aves con dulce melodía

Animaban los céfiros suaves,

Que tambien en las flores eran aves,

Y patos y conejos

Escuchaban mis penas desde lejos.

Alamo no quedó, no quedó fuente,

Pastor ni lavandera,

Novillo en soto ni borrico en prado,

Que no se condoliese tiernamente

De ver en su ribera

Llorar de amor un hombre licenciado,

Tan docto y tan barbado,

Como si el alma fuese vieja ó niña,

Barbada por los lados ó lampiña,
 Ni es centro el cuerpo del amor heróico,
 Aunque no soy platónico ni estoico,
 Siguiendo en esta tema
 Aquel aristotélico teorema.

Dijo este tal autor que en griego escribe,
 Por no ser de la Mancha,
 Y ser la lengua en que nacido habia,
 Que amor en conyugales lazos vive,
 Y sin ellos tambien, que tanto ensancha
 De su jurisdiccion la monarquía,
 Que fue sentencia fria,
 Aunque la diga el rey filosofante,
 No porque la condeno repugnante;
 Pero siendo júez naturaleza,
 Amable, por ser bien, es la belleza,
 Y sin comunicarse
 Pudiera de Aristóteles quejarse.

Viéndome en fin que por las selvas solas
 Sátiro parecia
 Amante sin dinero, pobre y roto,
 Envidiaba las candidas tortólas,
 Aunque mayor envidia me afligia
 De los que merendaban en el soto.

Mas cuando mas remoto
 De todo bien sin esperanza estaba,
 Ví que la bella Juana merendaba
 Una empanada con Leonor su tia,
 Y aunque era el alba de quien sale el dia,
 Dejando amor antojos,
 A la empanada me llevó los ojos.

Si con hambre no hay Vénus que aproveche,
 Tanta descortesía

Disculpe, si de amor fuere culpada,
 En pan de azúcar un capon de leche,
 Y aunque Juana tan linda parecia,
 De mas sazón estaba la empanada;
 Invencion regalada,
 Y mas que para oír triples eunucos,
 Si merendaran habas ó almendrucos,
 Pudiérase quejar de mi deseo;

Pero entre cuantos platos dulces veo,
 Puede comer el Fúcar
 Tiple de teta en círculos de azúcar.

No de otra suerte gozque hambriento esgrime
 Blanda flexible cola
 En torno de la mesa de su dueño,
 Y con lengua anhelante gruñe y gime,

Ya con ladrido y ya con cabriola,
 Que yo con muda queja el alma enseño,
 Ella con el risueño
 Semblante entonces, me tiró tirana,
 Aunque fue de marfil la cerbatana,
 Del cadáver pretérito la Troya,
 A manera de torno de tramoya.
 ¡O terribles escesos!
 Esperando pechugas hallar huesos.
 Dióme en la nuez el golpe que me hizo
 Sacar toda la lengua,
 Como perro con hueso atravesado;
 Mas el favor la pena satisfizo,
 Que no es amando mengua
 Salir favorecido y agraviado,
 Sentíme consolado
 Del golpe que en señal de mi victoria
 Sonó como quien muerde zanahoria,
 Mas apacible que al villano oído
 El dulce son del rábano partido,
 Y como hirió en lo hueco
 Opuesta resonó la ninfa Eco.
 Mas habiéndole dicho mi accidente,
 Se levantó furiosa,

Como suele perdiz, que del sonante
 Rocin del cazador la estampa siente,
 Formando aquella rueda sonora
 Del vuelo fugitivo retumbante.
 El soto que delante
 Sintió sus careladas zapatillas,
 Tocaba sus azules campanillas,
 Y al pasar cada flor le daba un beso,
 En fe de que era el pie cándido queso,
 Aunque en tales rebatos,
 No sé si eran coturnos ó zapatos.
 No suele algun sardesco de mañana
 De su chozuela pobre
 Salir brioso dando mil carreras,
 Repicando á su son como campana
 Los abollados cántaros de cobre
 Entre las sonadoras aguaderas;
 Ni fueron tan ligeras
 De Dafne las castizas cosetadas,
 Como de mi enemiga las pisadas,
 Y aquel brioso zahareño brio,
 Que allá se lleva el pensamiento mio,
 Dejando á mi deseo
 La pluma que dejó Progne á Tereo.

Yo despechado por la selva fuíme,
 Y hallé en la verde grama
 La hermosa Vénus, y el rapaz Cupido:
 Ella le riñe, y el sollozo y gime,
 Y viendo que al amor, amor desama,
 En la yerba senígena tendido
 Acomodé el oído,
 Cual se suele poner tierno gazapo,
 Y ví que Vénus sacudiendo un trapo
 Limpiaba con sus manos delicadas
 De aquel rapaz las cartas atrasadas,
 Y triste en ser su madre,
 Maldecía al herrero de su padre.
 No soy, decía el niño, sino engendro
 De Marte furibundo,
 De polvo y sangre, y de sudor teñido,
 Bien lo saben las ramas de este almendro,
 Y Júpiter y vos, y todo el mundo,
 Cuando mejor hubiera producido,
 De carmesí vestido
 Vuestro rostro las rosas del Pancheo,
 Si la vid y la risa juntas veo,
 Y no es mucho que yo tenga por mayo,
 Para mayor salud algun desmayo:

Que la ninfa mas linda, y mas mirlada
 Suele estar amarilla y colorada.
 Reíme entonces yo de un licenciado,
 Que en todo su juicio
 Me dijo, que su dama cristalina
 Nunca tuvo tal género de enfado,
 Sabiendo que el timon del edificio
 Consiste en disparar la culebrina,
 Aunque amor desatina.
 O vasallos de Vénus, no os engañe,
 Ni el bien que os venga, ni el rigor que os dañe,
 Que amor es un compuesto de accidentes,
 A quien los zelos dan chazas corrientes,
 Y fenix de sus brasas
 Purga desdenes con ciruelas pasas.
 Amor tuvo razon, y yo lo fundo,
 En que por no ser tales,
 Para pañales del señor Cupido
 Se hicieron muchos versos en el mundo,
 Que como de otros lienzos principales
 Los poetas tal vez los han rompido,
 Y es cosa que ha venido
 A ser fragmento inútil á su dueño,
 Cuando Vénus al niño rinde al sueño:

Quitando el borrador pone el traslado,
 Aunque todo despues queda borrado:
 Dichoso aquel conceto,
 Qué se pudo librar de tanto aprieto.

Cancion, si acaso vas á pasearte
 Al Prado, ó á otra parte,
 Pásate por encas de un alojero,
 Y dile como muero.

A LA PULGA.

CANCION.

Espíritu lascivo,
 De los remos de amor libre tirano,
 Sutil átomo vivo,
 En picar y color mostaza en grano;
 Pára en alguna parte,
 Que mal podré saltando retratarte.
 Por la noche defiende
 Tu vida á tantos dedos alguaciles,
 No huyas, dulce duende,
 Que en tus heridas, á traicion sutiles,
 Como los zelos eres,
 Que picas y te vas por donde quierés.
 En la tórrida zona
 Los bárbaros respetan la hermosura,
 Que aun la muerte perdona;
 Y tú, cruel, inexorable y dura,
 Mas turca que Amurates,
 Campos de aljófar siembras de granates.

¡O punto indivisible
 De la circunferencia de tu dueño,
 Arador invisible,
 Homicida frenética del sueño,
 Que como delineante,
 Te pasas á Aragon tan fácilmente!
 ¿Qué gravedad no encuentras?
 ¿Qué hermosura no asustas? ¿Qué clausura,
 Sacrilega, no entras?
 ¿Qué estrado, qué valor, qué compostura
 No asaltas ni sarpulles?
 Y cuando mas te agarran te escabulles.
 Corrido un elefante,
 Dijo á una pulga: ¡O gran naturaleza!
 Mi envidia no te espante:
 «¿Para qué quiero yo tanta grandeza,
 «Si duermo en la campaña
 «Y esta en la holanda, que en azar se baña?»
 «De yerba me sustento,
 «Y tú de la mas pura sangre humana.
 «En tierra, en agua, en viento
 «Vive todo animal: tú en oro y grana,
 «De donde miras sola
 «Cuanto circunda la terrestre bola.»

Verdad dijo la fiera,
 Pues nunca vió Colon, si se compara,
 En una y otra esfera,
 Y aunque por nuevos climas navegara
 A tanta hidrografía,
 Como suele mirar tu fantasía.

Si la pluma describe
 Tu cantidad, ¿cuál hombre, aunque rey sea,
 Tantos palacios vive,
 Ni en tantas galerías se pasea?
 Pero en efecto eres
 Mala justicia, de torcida mueres.

Hazaña fue de Alcides
 Flechalle las arpías á Fineo:
 Tú, Pulga, que resides
 En la mesa mayor de mi deseo,
 Mira que no te inclines
 Donde te maten flechas de jazmines.

Pero, pimienta viva,
 Que naces en los reinos orientales,
 Tenaza fugitiva,
 Que tienes los candiles por fiscales,
 Abispa, que sin pena
 Vagas ociosa entre la miel agena;

¿Qué venganzas iguales
 Como hallarte en el hurto y retorcerte
 En yemas de cristales?
 Porque parezcas en la dulce muerte
 A los enamorados,
 Que mueren retorcidos y estrujadós.
 No andes por las ramas
 Poniendo en nieve cándida lunares;
 Si bien Pulga te llamas,
 Porque sueles morir entre pulgares;
 Aunque te puso un día
 Hernando del Pulgar su valentía.
 ¡Qué necios anduvieron
 En sus trasformaciones fabulosas
 Los Dioses que se hicieron
 Cisnes, toros, caballos, fuentes, rosas!
 Pues si en tí se volvieran,
 ¿Qué lince Argos sus engaños vieran?
 Filis está enojada
 Porque eres, Pulga, cazador sin miedo
 De la legua vedada:
 Guárdate, Pulga, del puñal de un dedo;
 Mas ¡ojalá yo fuera
 Quien entre puertas de marfil muriera!

Pulga, á los dos nos falta,
 A tí mi humano ser, y á mí tu dicha:
 Pica, repica, salta;
 Y si morir tuvieses por desdicha,
 Troquemos el empleo,
 Yo seré pulga, y tú serás deseo.
 Mas ya que el diente aplicas,
 Purpúreo estamparás círculo breve,
 Seremos, si la picas
 Saltando por el arco de su nieve,
 Aunque á mis ojos fuego,
 Tú el perro, yo el que paga, amor el ciego.

EPITAFIO

Al sepulcro de una dama muy alta y flaca.

Doña madama Roanza

Tan alta y flaca vivía,
 Que mandó su señoría
 Enterrarse en una lanza;
 Y aun hubo dificultad,
 Porque de lo alto faltó,
 Y de lo ancho sobró
 La mitad de la mitad.

TABLA.

A aquel filosofar antiguo, Otavio.	281
A breve vida exhalacion, sujeta.	243
Abria el sol, dejando el alba á solas.	275
¿A dónde llevas, infernal cochero.	249
A la primera luz, que al viento mueve.	161
Al arma toca el campo <i>Mizigriego</i>	107
Al pie del jaspe de un feroz peñasco.	198
Aquel Hércules nuevo castellano.	197
Aquí con gran placer de su heredero.	153
Aquí de amor, que mata la dureza.	144
Aquí del rey, señores: ¿por ventura.	174
A Themis consultó Venus hermosa.	177
A tí la lira, á tí de Delfo y Delo.	131
A tí, si mas la eternidad pudiera.	261
Aurá suave y mansa, que respiras.	199
Bien pensara quien viere, Paz hermosa.	171
Bien puedo yo pintar una hermosura.	135
Burguillos, el raguallo no me ofrece.	232

Caen de un monte á un valle entre pizarras.	138
Carbon me pide Ines, que la criada.	240
Celebró de Amarilis la hermosura.	130
Claudio, despues del rey y los tapices.	234
Como si fuera cáudida escultura.	141
Como suele correr desnudo atleta.	150
Compusieron de vos Palas áлива.	163
Compuso un sabio (cuya pobre suerte.	237
Con dulce voz, y pluma diligente.	126
Con el marfil, que al africano diente.	260
Conjúronse, demonio culterano.	247
Contaba, Clori, ayer un estudiante.	218
Convaleciente ya de las heridas.	21
Cuando el soberbio bárbaro gallardo.	88
Cuando elegante de los dos idiomas.	165
Cuando pensé que os daban más cuidado.	269
Cubre banda de pájaros difusa.	211
Das en decir, Francisco, y yo lo niego.	200
De dulces seguidillas perseguidos.	273
Del alma, ó Lidia, son (ó cuerda ó loca).	245
Desnuda los esmaltes de jilguero.	229
Digna será de vos, señor Cupido.	253
Digna siempre será tu docta frente.	151
Distaba de los Polos igualmente.	38
Don Juan, no se le dar á un hombre nada.	280
Doña madama Roanza.	308
Dormido Manzanares discurría.	139

Dos cosas despertaron mis antojos.	239
Duerme el sol de Belisa en noche oscura.	276
El galan de la linda bigotera.	160
El mismo tiempo corre que solia.	226
El sucesor del Gótico arrogante.	164
En esta inútil, si florida buesa.	259
En esto de pedir, los ricos, Fabio.	230
En la Troya interior de mi sentido.	251
Enterraron un mico los Persianos.	270
Entre las soledades, Don Francisco.	176
Entre tantas guedejas y copetes.	244
En un arco de perlas una flecha.	154
Era la mula de un doctor hallada.	190
Érase el mes de mas hermosos dias.	137
Escelso monte, cuya verde cumbre.	134
Espíritu lascivo.	303
Espíritus sanguíneos vaporosos.	147
Este que en el jardin de vuestra cara.	210
Este, si bien sarcófago, no duro.	125
Fabio, notable autoridad se saca.	241
Filis, verte criar un ave admira.	246
Fugitiva Euridice entre la amena.	207
Galan de verde vos, hermano Alcino.	254
Galan Sanson teneis, señora Arminda.	195

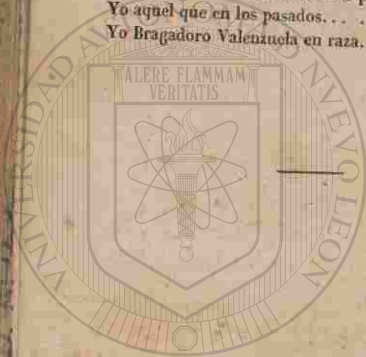
Habiendo hecho en tí naturaleza.	222
Hércules de Alcúmena giganteo.	258
Hermoso desaliño en quien se fia.	169
Íis despues de la amorosa queja.	256
Juana, mi amor me tiene en tal estado.	168
Juana, para sufrir tu armado brio.	149
Juanilla, por tus pies andan perdidos.	158
La fama que del Tibre á la ribera.	220
La locura del mundo me defiende.	219
La nueva juventud gramaticanda.	183
La que venció desnuda, agora armada.	217
La rueda de los orbes circunstantes.	236
Lazos de plata y de esmeralda rizos.	181
Libio, yo siempre fui vuestro devoto.	274
Lope, yo quiero hablar con vos de veras.	263
Los que en sonoro verso y dulce rima.	129
Luciente estrella, con quien nace el día.	209
Llevóme Febo á su Parnaso un día.	133
Mas eres sol que saestre ¡extraño caso!	148
Mintió Juanilla entonces como agora.	227
¡Miseró Manzanares, no te basta.	248
Muérome por llamar Juanilla á Juana.	180

Nacieron en Madrid el docto Herrera.	166
¡No siendo fenix, qué imaginas, dando.	235
Ocioso, Elena, fue vuestro presente.	159
O gran Virgilio, si sangrientas vieras.	184
¡O qué secreto, damas, ó galanes.	188
O sean justos, Fabio, ó sean injustos.	271
O tú, buen hombre, ó tú cualquier que seas.	286
¡O tú, Don Lope! si por dicha agora.	71
Para cortar la pluma, en un profundo.	283
Para el columpio, que no es justo, para.	278
Para que no compreis artificiales.	194
Paso, Amadis, que el reino del espanto.	179
Penelope dichosa, no disputo.	233
Peniso amigo, codiciar mi muerte.	189
Pensando que era flor una mañana.	196
¡Perlas, Juana, en tus ojos, cuya risa.	284
Picó atrevido un átomo viviente.	224
Pleitos, á vuestros dioses procesales.	152
Pluma, las Musas de mi genio autoras.	156
Pobre y desnuda vas filosofía.	215
Por convidado un sátiro tenia.	162
Purpúreo Febo despreciando el suelo.	267
Puso tan grande amor (si amor se llama).	255
Púsose Amor en la nariz el dedo.	136
¡Qué estrella saturnal, tirana hermosa.	142

¿Qué te han hecho tus pies, ó Clara amiga.	272
¿Qué Tomé de Burguillos me llamase.	242
Quien amaneca al sol, quien al sol dora.	277
Quien á ninguno amó, cuando podía.	257
Quien dice que el amor no puede tanto.	54
¿Quién eres celemin, quien eres fiera?	170
Quien no sabe de amor, viva entre fieros.	262
Quien supiere, señores, de un pasante.	145
¿Quién te dió tanta dicha y osadía.	228
Quiteame aquesta puente, que me mata.	282
Reliquias ya de navegante flota.	191
Resuelta en polvo ya, mas siempre hermosa.	205
Retira del balcón la gallardía.	192
Ricardo, cuando salgas de esta vida.	250
Sacras lucas del cielo, yo he cantado.	288
Salé á la aurora en verde error la rosa.	216
Señor Lope, este mundo todo es temas.	264
Señora, aunque soy pobre, no venia.	172
Señora mía, si de vos ausente.	279
Señora mía, vos habeis querido.	146
Señoras Musas, pues que siempre mienten.	201
Señores Españoles ¿qué le hicistes.	231
Si al espejo venis á enamoraros.	265
Si cumplo con la lengua castellana.	266
Si de poetas la abundancia apruebas.	208
Si digo á Juana, cuanto hermosa fiera.	213

Si en la parte duodécima tuviera.	225
Si entré, si ví, si hablé, señora mía.	140
Siete meses, Filena, son cumplidos.	252
Si habeis visto al sofí sin caperuzas.	193
¿Si harás comedias, me preguntas, Cloro.	285
Si pagar nueve meses de posada.	214
Si palos dais con ese palo hermoso.	155
Sirvan de ramo á sufridora frente.	186
Si yo en mi vida ví la Poliantea.	287
Soberbias torres, altos edificios.	182
Sulca del mar de amor las rubias ondas.	143
Tan vergonzosa Venus, tan mirrada.	157
Tanto mañana y nunca ser mañana.	203
Tiraba rosas el Amor un día.	202
Tomé la pluma, Fabio, al gallicinio.	173
Trece son los Tudescos, que el osquillo.	187
Trujo un galan de noche una ballesta.	212
Una morena y otra blanca dama.	206
Un lebrél irlandes de hermoso talle.	204
Válate Dios el charco, el que provocas.	238
Versos de almíbar y de miel rosada.	132
Vete á roer legajos procesales.	221
Vuesa merced se puso á la ventana.	178
Vuesa merced se temple en darle penas.	223

Ya, Becolin, que al Español mataste.	268
Yace á la sombra que la gran montaña.	185
Yacen en este mármol la blandura.	175
Ya pues que todo el mundo mis pasiones.	291
Yo aquel que en los pasados.	3
Yo Bragadoro Valenzuela en raza.	167

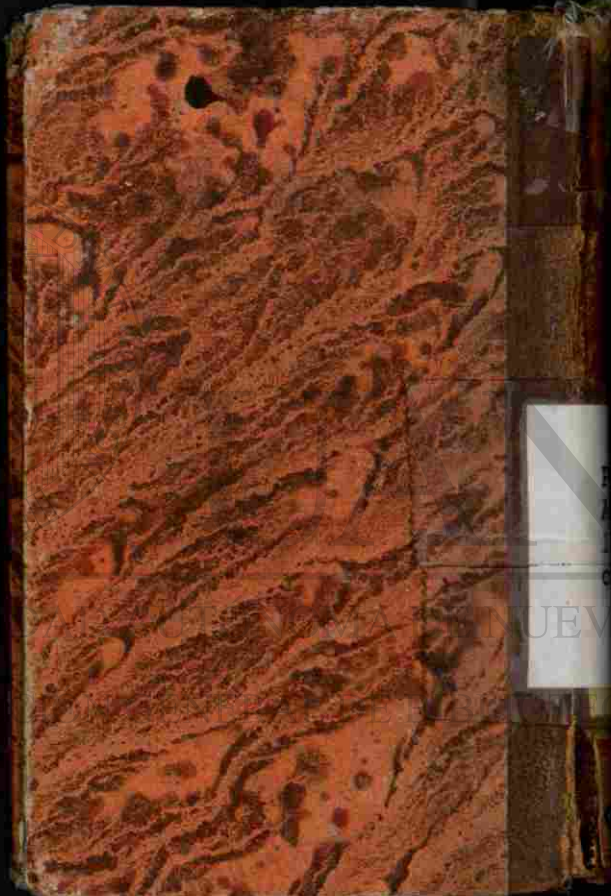


UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

®

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



F
A
L
C
UÈV